

• **La paloma, el sótano y la torre** (1949)

I

PREÁMBULO Y PREMISAS

Cuando la inteligencia es ágil, fina sagaz, escurridiza; y puesto al lado opuesto, el corazón yace pesado, gordo, cegato, obtuso; digo, cuando la inteligencia sabe medio atisbar las cumbres y medio hurgar las sendas por donde se va a las cumbres, y el corazón no ayuda, no responde, ama sólo su lecho, sus golosinas y su comodidad, se engendra un desvalor, un hambre oculta, un amargor guardado. He aquí el origen del desvanecimiento, la altivez, la soberbia. Y sólo porque en ilusión e imaginando, se sabe discernir, llega a tomarse el infecundo y fraccionario *pensar el bien*, en lugar del sustancioso e integral, *vivir el bien*, o sea el sutil ingenio, por la iluminada, auténtica, profunda, verdadera inteligencia.

Pues esto es, poco más o menos, lo que ha venido a acontecerme a mí; quiero decir, es justo que se sepa que yo estoy, que yo he estado casi siempre, ya más, ya menos, dentro de este caso.

Muy engreído anduve de mí mismo durante mucho tiempo, no entendía ser santón de gabinete, recto de escaparate, moralista de feria. Era aconsejador, en todo me ponía de ejemplo a todos; muchos que vinieron y me examinaron quedaron muy dichosos, se encantaron de las soluciones con que supe ir despejando las incógnitas de esta intrincadísima materia que se dice el bien y el mal; pero cuando algunos menos inconsistentes queriendo ir más adelante, pretendieron que además de con palabras los ilustrara con obras, no supe qué enseñarles; me mortifiqué, me encarnicé y multipliqué mis argumentos. No sé si me valieron, si conseguí dejarlos sinceramente convencidos, o si tan sólo por triste cortesía, o considerándome irreductible, necio y sin remedio, acabaron por darme por mi lado. No lo sé; tal vez también a éstos conseguí engañarlos. Sí, es posible, tal vez lo conseguí; pero, ¿con qué provecho? A Dios no se le enreda con dialéctica, y yo quedé frente a frente de mí mismo, mirándome y llorando de despecho, porque, en efecto, no era tan

bueno como yo creía, ni la mitad tampoco, ni tampoco la tercia. Entonces me querellé contra mi corazón; pero él ya estaba hecho a las facilidades, siempre se me quedaba atrás, y no hallé otro refugio que las borrosas nieblas del ensueño, el desvanecimiento, el desconocimiento, la represión y el olvido de lo que no me cumplía.

Y yo creo que de aquí nacen mi —no por inostensibles menos ciertos— irreductible altivez, mi aislacionismo, mi inadaptableidad.

Tuviera yo un corazón tan encendido como despabilada es mi inteligencia, o una inteligencia tan cerrada como los breñales de mi corazón, en paz quedaríamos, tal para cual serían, y, mal o bien, por sótanos, por entresuelos o por torres —no como topo con pupilas de águila, o águila con alas de topo— mi ser iría en concordia, mis piezas en concurso, y no habría necesidad de acomodamientos, simulacros, delirios, autoengaños, en fin, suplataciones de la realidad. Pero ello no es así; por tanto, ando en las nubes, en el sentido en que se dice estar fuera de sí; mi yo, de hecho, en parte acá abajo, y en parte allá arriba, en ambas partes ignorándome y de una a otra traspasado de no saber de mí.

Pues bien, desde esta luna o nubes, desde estos humos altivos, desde estos engreimientos y borrosidades en que digo que vivo, y sobre lo cual debo añadir que he estado viviendo con singularidad últimamente, quiero, por razón de la sinceridad —*sine qua nula artis*— que requiere esta historia, bajar un poco a tierra. De otro modo no podría restituirla, porque esta historia es terrena, se inició a ras de tierra, y como yo en ella hice papel de duende, no nada más malicioso y travieso, sino además, por desgracia, pérfido e insensato, para mí equivale a un “memento” y me hace recordar que soy polvo, negación y vileza.

Tomando como punto de partida este año y esta línea que aquí donde digo: “Tomando como punto de partida, etc., etc.,” transcurre, retorno y no me detengo sino hasta haber atravesado, de las cortinas que el marchar que se realiza sin sujeto colgado ha en el pretérito, las que sea necesario para llegar adonde cumple; quiero decir, allá por los años de mil novecientos diez, mil novecientos once, mil novecientos doce, mil novecientos trece, mil novecientos catorce, o quién sabe qué año, que no sé precisarlo, justamente en los convulsos días en que raspaban al país las escabrosas lijas de la Revolución, era yo un muchachuelo nada revolucionario, debo hablar con franqueza, nada revolucionario, sino de la más mala laya.

Y no se crea que hablo por hablar; para fijar mis puntos y mi gradación en esta escala, básteme con decir que ya no sólo no se me podía llamar así; pero ni siquiera conservador o reaccionario, o retrógrado, que es más expresivo; primitivo sí, y cavernario, y gente de los orígenes también; pues aunque por noticias conocía ya algo de la Revolución, en la nacional localidad, moderna, de Madero, mi corazón se hallaba todavía tan distante como el cero, de llegar a edificarse en los principios —en opinión de algunos pocos, ya un tanto rezagados— de libertad, igualdad, fraternidad. Y los nombres que se dicen, Marx, Lenin, Trotsky, no se diga, me eran totalmente desconocidos. Y ni siquiera en sueños había llegado a parecerme importante el resplandeciente suceso de la Revolución, en verdad deslumbrante, que encendió con su sangre el líder sin segundo del calvario.

Es verdad que ninguno lo sabía. Por fuera, no se vio jamás, en mucho tiempo, nada mejor que yo: mansito como un asno trabajado, cumplido como un péndulo, exacto como un fiel de precisión, sonriente como el alba, dócil como la cera, sensitivo como una sensitiva; pero por dentro, música, muy música.

Qué tal sería la cosa, qué tal, que hasta ciertos rabiosos porfiristas, y determinados otros maderistas de hueso colorado que en mi familia había, mirándome y vaticinando sobre mí, llegaron a augurar que no me quedaría atrás de don Porfirio, ni tendría por qué avergonzarme enfrente del apóstol don Francisco, correlativamente.

Y lo más triste —qué tarde lo comprendo— era que yo entonces pensaba bien de mí. ¡Oh, torpeza! Me conocía harto pícaro y harto mosca muerta y mátalas callando, y precisamente en estas malas propiedades basaba mi satisfacción, y en estas dotes, en rigor negativas, ponía toda mi complacencia.

No puede darse, sin duda, absurdo más absurdo que el de llegar a imaginar que se es bueno porque se es malo, que se es de lo mejor, porque se es de lo peor. Pero pues nadie puede añadir un codo a su estatura, ni sobre lo que ha sucedido de un modo puede la voluntad tener efectos retroactivos, de manera que aplicándose a trocarlo consiga reconstruirlo y obtener que hubiera sucedido de otro modo, no pelos a la mar, preséncienlo los ojos, reconózcalo el pecho, y con buen ánimo soporte la verdad, déla a saber a todos: de este modo fui yo, yo estuve en ello, yo me ufané de ello, yo, por ello, dentro de mí llegué a tenerme por más que los demás.

Es que no es tan sencillo. Muy contados deben ser aquellos que, en un

caso dado, sean capaces de distinguir entre la vivacidad zoológica y la profunda, verdadera humana inteligencia, y mucho más contados aún los que no tomen, por un talento idóneo, las malicias.

En efecto, al ingenuo, al sencillo, al desdoblado, al simple, yo he visto que casi siempre se les denomina tontos.

Eran hermanos míos cinco inocentes, tres hombres y dos mujeres. Tenía, además, unos dieciocho primos, y tenía también padre y madre, y tíos. Y de mis abuelos aún conocí dos, el padre de mi padre y la madre de mi madre. Y de todos mis mayores, con la excepción de mi abuelo y de mi padre, era yo el consentido; pero de todos mis iguales, digo, los de mi edad, era yo la desgracia.

Espécimen de cifra muy plural y muy desparramada por la tierra, es ésta de que yo formé parte, mientras no hubo en mis ojos menos ruin claridad que la viveza de abriantada cuenta de oropel de los del ratón. Apenas habrá alguno que no haya conocido de éstos por docenas. Tienen cara agradable; al igual lo regalan con medianas y superficiales cortesías, al de abajo, cuando no con rudeza, lo tratan desaprensivamente; pero al de arriba, con oro, incienso y mirra.

¿Que quién engalanó el candil del comedor, colgándolo de sapos, lagartijas, cucarachas, grillos, ratones y mayates?

En todos se pensaba, a todos se llamaba, se interrogaba a todos; a todos; pero, a Catito: “Déjenlo en paz, él está preparándose para el examen: ¡Ah, Catito! Habían de aprender de Catito. ¡Si todos fueran como Catito!”

¿Que quién cambió las respectivas posiciones de las imágenes de San Miguel y el diablo, postrando a San Miguel por tierra y exaltando al demonio a que quedase con las rodillas sobre el vientre del arcángel, y lo acomodó en forma que parece que le estrangula el cuello, en tanto que por sus malditos belfos exhala una tirilla de papel en que está escrito: “¡Dígame tío!”

En fin, muchas palizas más se dieron a los otros por mi culpa; que yo era un artista en esto de enfocar las cuestiones de manera que mis culpas se achacaran a los otros. Mientras tanto, para mí sólo quedaban los elogios y las complacencias, y la paz, y las caricias, y los bocaditos.

Mi abuela era... digo, había ido quedándose ciega. Pasábase los días en un rincón de su recámara. Al oscurecer, sensiblemente antes que los otros, merendaba allí, en su misma pieza.

Sobre una charola le traían lo necesario. Con nadie compartía ni una

pizca; sólo a mí sí me daba. Nunca, jamás, mientras yo me encontrara por allí, dejaba de ofrecerme una sopita.

Si alguna vez alguno de mis hermanos o mis primos, hallando coyuntura en un error, en una confusión o en un descuido, se hacía pasar por mí y se aprovechaba, y mi abuela llegaba a conocerlo, se sentía defraudada y anatematizaba con todo el corazón al autor del fraude.

Hasta mi propio padre también —aunque él con cien reservas y excepciones— se sentía muy lleno de esperanzas sobre mí. No era adivino; sin embargo, sospechaba hasta cierto punto con quién se las había. Pero hecho este descuento, todos habían acabado por quedar de acuerdo en que yo era el mejor de todos; mas en todos sentidos, en el intelectual, en el de ser juicioso y en el de tener buen corazón.

Caras vemos, corazones no sabemos.

Abajo hablan los hechos.

Como nos invitaran, acudimos a no recuerdo qué pequeña celebración familiar que se hizo en casa de una familia amiga de la nuestra. ¡Ah, ya hace tanto, tanto tiempo! Las personas mayores se distraían entre ellas, y como consecuencia, a los chamacos, que no éramos muchos, nos habían dejado sueltos, libres, redimidos de toda vigilancia. Para mí, tan sólo con aquella sensación bastaba. La sala en primer término, y el zaguán y los corredores del frente de la casa, en segundo, constituían los focos de la cordial reunión. También se hacía algún tránsito en el patio, y en el comedor no faltaban grupitos. De manera que el resto de la casa estaba totalmente a merced mía. Ah, adorados roperos; oh, papeleras mías, ay, tocadores, alacenas y burós de mi alma. Y entre los objetos que en mi andanza y en el embriagador, minuciosísimo escrutinio a que me entregué, fui haciendo aparecer, ninguno echó tan súbitas raíces en mi alma como una maquinilla que, aunque no me era objetivamente conocida, desde luego identifiqué. Aquello no podía ser otra cosa que cierto aparatito de que mi padre nos había hablado. Efectivamente, en varias ocasiones había él hecho referencias muy encarecidas acerca de ciertos trompos muy singulares, que una vez lanzados a girar, podían sostenerse encima del filo de un cuchillo, sobre el sendero de una hebra tirante, y hasta en las mismas puntas de una lezna o aguja. Ni por un momento se me ocurrió volverlo a su lugar; no ¡qué diablo!, sino que sin lucha ni escrúpulos, en virtud de que cualquiera otra determinación me era imposible, en donde lo creí de menor riesgo, lo guardé.

Y ya no emprendí ninguna otra maldad, pues entendí que era más importante dedicarme a edificar una mentira que me permitiera justificar más tarde, ante mis padres, la aparición de aquel objeto entre mis cosas.

Entretanto lo tuve bien oculto. Y un día, al volver de la escuela, me fingí muy contento, y se lo expliqué a mi padre diciéndole que el maestro nos había mostrado un trompo, que posiblemente pertenecía a la especie de aquellos de que él nos había hablado y dicho que podían ser bailados en el filo de un cuchillo y la punta de una aguja, y que nos había asegurado que tenía pensado regalarlo como premio a aquel de sus alumnos que mostrara haber aprovechado más al término del mes.

Ya después, no tuve necesidad de otra cosa que de aplicarme a estudiar un poco más que de costumbre, y a obsequiar con tonterías al profesor, con objeto de obtener buena nota. No obstante, la obtuve, contra mis cálculos, mediana; pero en mi ansiedad, mi audacia no se intimidó por ello; antes, junto con mi nota mediana presenté mi giróscopo, y ante la ya por mí esperada objeción de mi padre, consistente en preguntar cómo había obtenido yo el trompo, si mi nota no era muy buena, contesté que en efecto, no era muy buena, pero que, con todo, en aquel mes nadie la había obtenido mejor. Y hasta añadí que el profesor, no muy satisfecho, había querido dejar el premio para el siguiente mes; mas que los que nos sentíamos candidatos a obtenerlo le habíamos suplido tanto que no lo pospusiera, que habíamos conseguido moverlo a capitular.

Y así me resultó, y así pude yo gozar ante todos de mi trompo.

No paró aquí la cosa, sin embargo. Verdaderamente son hartos de admirar los caminos que toma la verdad para ir abriéndose paso y conseguir, al fin, aparecer.

Servía de niñera en nuestra casa una muchacha muy característica en su tipo de recién traída del rancho a la ciudad. No creo que tuviera más allá de trece o catorce años de edad; pero sí creo que tal vez, precisamente por eso, por la edad que atravesaba, y por haber venido del rancho, no conocía suficientemente al hombre, y sentía una muy acentuada tendencia a conocerlo. El caso es que un día la encontraron refundida en el último rincón de la casa, y muy absorta y ocupada en el estudio de la punta de la panza de uno de mis hermanos, Mundo, que entonces andaría en los siete años de edad.

Es claro, la corrieron. Y al cabo de algunos días supimos que había entrado al servicio de la familia en cuya casa había tenido lugar la fiesta en que yo encontré ocasión para adquirir el trompo.

El licenciado Dávalos me vio una tarde en la calle y me llamó, y me lo pidió, amenazándome con acusarme si no se lo entregaba, y ofreciéndome mantenerme el secreto si se lo devolvía.

Yo le dije que sí, que era cierto que yo tenía un trompo; pero que no era el suyo, que no lo había tomado de su casa, que me lo habían regalado en la escuela, que él podía, si así lo juzgaba conveniente, venir a acusarme con mi padre.

No llegó a hacerlo. Mientras tanto, yo tomé el trompo y me apliqué a purgarlo de todos sus colores; hasta hacer que el plomo o estaño, o lo que fuese la materia de que estaba hecho el volante, quedara desnudo y reluciente de puro bien pulido y limpio. Luego fui a casa de un plomero y le di una navaja y seis centavos a cambio de que me lo pintara de otro modo. Y además, no conforme con esto, y observando que en los aros de la armazón en que estaba inserto, empezaban a aparecer pequeñas manchas amarillas por los puntos en que se iba desgastando, también de allí lo estuve lijando hasta lograr hacer desaparecer el niquelado por completo y dejar al descubierto y amarillo el latón que abajo había.

Verdaderamente me sentí seguro de que nadie sabría reconocerlo.

Y aun dejé pasar unos días, y con una audacia a que yo creo que hoy no podría llegar, fui nada menos que a ver al propio licenciado Dávalos, a decirle que me había mortificado tanto con la idea que él tenía de mí, que no había podido dejar de contársela a mi madre y que ella me había aconsejado que viniera a mostrarle el trompo que yo poseía, y que así lo estaba haciendo.

Él se hizo un lío, no se esperaba que yo hubiera ido a contar la reclamación que me había hecho; no se atrevía ni a mirar el trompo; no obstante, cuando yo lo saqué de una caja que no era, mas parecía suya, todavía lo vio, y entendiendo que en efecto, era otro, me rogó que lo perdonara, y que ya no dijera, si me era posible, una palabra más; me obsequió una cajeta, un lapicero y un reloj descompuesto. Y aquí paró la cosa; pero la verdad es que sin mi sangre fría no respondo de lo que hubiera podido llegar a suceder.

Y como digo, yo no relato ahora esto para ufanarme de ello; sino únicamente con el objeto de que se vea qué clase de pájaro era yo entonces, y que tenía ardidés y mañas y desplantes suficientes para ascender de un vuelo y sin escalas ni interrupción a los más altos puestos y honras de este mundo; si no me hubiera ocurrido la ventura de que más tarde, madurándose y abriéndose, no mucho, sólo un poco, pero en verdad, mi entendimiento, penetrara en las

cosas un poco más a fondo, y las pudiera ver mejor de como suelen verlas los aparentes talentos en que cree el vulgo, cuando mira a quienes llegan a abrirse paso y hacer carrera aquí abajo.

Pero esto fue mucho después. Y con estas características que apunto y otras que, para no alargarme, dejo estar en silencio, fui creciendo.

Y cuando de las de la escalera de mi vida, subiendo de una en una llegué con mis huesos a posarme en la grada de los once años, yo era un pingo, lo que se dice un verdadero pingo con piel de santo.

Y de las travesuras de la niñez, pasé muy precozmente a las bellaquerías de la adolescencia. Mucho antes de lo que era justo, poseí las malicias de la sexualidad. Averigüé qué cosa es mosco y mosca, consulté en los diccionarios las significaciones de las palabras que suenan a maldad, pregunté a los mozuelos lo que aún no sabía, espí los gallineros, me asomé por las puertas de los dormitorios de las sirvientas jóvenes, observé los ayuntamientos de los canes, fantaseé a las horas en que por las noches se lamentan los gatos, recorrí los arroyos en frustrada y sigilosa búsqueda de bañadoras rústicas; en suma, todo lo supe, todo me envenené y todo me zambullí en los charcos del fango ardoroso y negro.

La Revolución abatía entonces los pueblos. Entraban los villistas, salían los carrancistas; se agarraban los yaquis contra los zapatistas, Cárdenas se posesionaba de una plaza, el general Fierro colgaba presidentes municipales, el jefe de las armas decretaba un préstamo forzoso, Natera volaba puentes, Urbina se llevaba los caballos...

Uno de aquellos días, desde por la mañana, empezó a cundir con gran alarma la noticia de que Pascual Orozco, en compañía de Pérez Castro, venía en camino y ya se dirigía a la población en que vivíamos.

Cada hijo de vecino se dio a tomar las providencias que creyó necesarias, si no para quedar seguro, sí para tener la sensación de que había hecho cuanto en su mano estaba para esquivar el riesgo. Por lo que ve a nosotros, debo decir que ya la mayor parte de la familia conectada con mi abuela materna, por instinto de tribu, y en vista de las irregularidades, había venido a refugiarse en su casa.

De manera que allí pasamos la memorable noche que todavía hoy, cuando se quiere diferenciarla de las otras, es identificada por medio del nombre de Noche del Saqueo de Orozco.

Éramos un chorro; por tanto, en vano se habría pretendido regalar a

cada cual con las comodidades con que vivía de ordinario. Por ejemplo: comíamos unos en la mesa, otros sobre cajones, sin mesa, sosteniendo los platos sobre las rodillas. Dormíamos mal, en parte por virtud del sobresalto y en parte por la falta de enseres.

La pieza en que yo dormía era grande, desproporcionadamente más larga que ancha.

El mejor acomodo que se había podido hacer en esa pieza había sido colocar acaso seis, acaso siete camas con las cabeceras apoyadas a lo largo de la pared, enfiladas, así como se suele acomodarlas de ordinario en todos los dormitorios colectivos, como los de las escuelas de internos y los salones de los hospitales.

Y en las camas angostas dormía un solo individuo, y en las más anchas, dos.

Claro es que aquel arreglo tenía carácter de cosa transitoria y no debía durar sino los cinco, seis, siete, ocho o quién sabe cuántos días que durara el revuelo.

En efecto, como se rumoreaba, a una cierta hora, no después del crepúsculo, empezó en toda la ciudad el corredero y comenzaron a escucharse disparos y gritos y rumores de desorden, e inmediatamente después, palabras concretas, galopes de caballos y vivas y mueras.

A poco, el populacho, que de momento se había escondido, empezó a entusiasmarse, y a asomarse, y a salir y a revolverse con la chusma revolucionaria.

En la casa, todos, a puertas y ventanas clausuradas, estábamos dentro.

Se hablaba en voz baja, se hacían comentarios, se aventuraban suposiciones. De tiempo en tiempo alguno o varios de mis tíos subían a la azotea a echar un vistazo panorámico al contorno, o a aventurar un ojo hacia la calle, y de allá volvían con atisbos y noticias.

Hacia el centro se veían llamas de edificios ardiendo. Era casi seguro que habían pegado fuego a algunas tiendas. También por el rumbo del camino a la estación se veían resplandores rojizos. De la tienda de la esquina empezaba a salir humo. La puerta de la casa de nuestro vecino don Amado Izuzi había sido derribada a hachazos, y la gente del pueblo ya entraba, ya salía. No se podía ver mucho porque había poca luz; pero era casi seguro que las tropas orozquistas y la turba popular se habían entregado al saqueo desenfrenadamente. Un verdadero hormiguero de gente humilde iba y venía de las

tiendas y las casas a sus propias casas, y recíprocamente, cargando con todo cuanto podían.

Y el alboroto duró toda la noche, sin que cesaran los disparos al aire, ni la gritería, ni todos los revueltos rumores que son propios de ocasiones semejantes. Al día siguiente, un poco antes de que amaneciera, sabedores los orozquistas de que los carrancistas volvían —como su verdadera especie era más de bandoleros de coyuntura que de verdaderas tropas— desalojaron la plaza muy de prisa, sin presentar batalla, cuidándose tan sólo de huir y del botín.

Entre las nueve y diez de la mañana entraron los carrancistas, encontrando la plaza ya del todo evacuada. Pero ni aun por ésas se posesionaron de ella disciplinadamente, sino al modo de siempre, en medio de confusión, escándalo y desórdenes, peleando enardecidos con las intangibles rachas del aire, rayando en los empedrados de las calles sus caballos, hasta hacerlos sacar, contra las piedras, chispas inútiles, que con la luz del ya avanzado sol no se veían, incrustando proyectiles en el cuerpo del viento, y lo mismo en los inertes suelos de la calle, en las mudas paredes y en todas las puertas y ventanas que se les ponían a tiro; en tanto que gritaban estentóreos vivas por Carranza y, por Orozco, mueras maculados con jijos y mentadas. Sin embargo, no fue aquella entrada del todo inofensiva. De entre la gente del pueblo muchos hubo que, embriagados o atarantados, o no enterados del cambio de armas que se había operado, siguieron en la fiesta y fueron víctimas de su rezago.

Hubo bastantes muertos. A diez metros de la puerta del zaguán de la casa de mi abuela cayó uno; quedó con una botella medio vacía en las manos, y yo creo que cayó así nada más como se hallaba y sin decir ni pío. A unos quince metros más allá yo pude ver con mis propios ojos a otro, también tendido, que no sólo había sido atravesado por las balas, sino que aparecía desfigurado horriblemente, como pasado y pisoteado de caballos.

En seguida corrió la voz de que los carrancistas estaban en resolución de fusilar a todos cuantos hubieran participado en el saqueo. Empezaron las acusaciones, ya gratuitas, ya provocadas por la indignación de los que se sentían víctimas. Y cada acusado, sin proceso y sin trámites, así como se le encontraba, sin siquiera darle aviso de lo que le iba a suceder, era clareado por cualquier sargento o capitán. Se armó la gran fusiladera. Por cierto que uno de los ajusticiados fue un tal Torres, oficial orozquista, no recuerdo de qué categoría. Ah, y también Pérez Castro. Muchos asistieron a la ejecución. En la Plaza de Armas, revueltos con los de otros dos, esparcidos por las pare-

des del quiosco y por el suelo quedaron sus sesos y su sangre, y muchos los fuimos a ver después.

En poco tiempo se extendió un rumor consistente en que los carrancistas disponían de no sé qué varitas llamadas de virtud, que poseían la de localizar los objetos sustraídos durante el saqueo, y que era en vano esconderlos de un modo o de otro, porque, aun en el caso de que estuvieran enterrados, las varitas sabrían señalarlos. La superstición, sumada al temor que es natural en todos los culpables, hizo su efecto; de manera que cuanto hijo de vecino guardaba algo proveniente del saqueo, espantado ante la imagen que en su imaginación se hacía de las tales varitas, con sigilo lo sacaba de su casa y a hurto lo arrojaba en donde mejor podía. Y entonces se vio un espectáculo que yo no había visto nunca antes, y que creo muy difícil volver a ver después en todo lo que me resta de vida. En las banquetas, en los empedrados, en la Plaza de Armas, en el parque, en la calzada, en la estación, en suma, esparcidos por toda la ciudad, aparecieron objetos de toda suerte; desde piloncillitos de dulce hasta sacos de harina, pasando por las latas de sardina, conservas y jamón y todo género de comestibles. Lo mismo máquinas de escribir, cajas de tijeras, rollos de cintas para orejas de calzado, pieles, cajas de papel, carretes de hilo, botellas de licores, colchones, catres, lámparas. Y aquello nadie lo tocaba. Al menos ésta era la impresión, porque, en honor a la verdad, debo decir que ahora que he ido a mi tierra últimamente, por más que abrí los ojos no pude ver ni tan sólo una mezquina aguja, y esto me ha hecho llegar a la conclusión de que, pues ya no están, alguno los juntó.

Pero hay que meter reversa. El interés de aquellas escenas que a mí me impresionaron con particular viveza, me han hecho salirme del huacal, y me han llevado a hablar de ellas más de lo que es debido y fuera justo para la cabal inteligencia de esta historia.

Estábamos en que yo andaba todo encendido de curiosidades torpes, y de precoces, implacables y melancólicas concupiscencias.

E iba a explicar en qué forma, bajo qué condiciones y en medio de cuáles circunstancias dormía yo en aquella pieza, transitoriamente tan repleta de camas, que apenas se podía pasar, y eso, canteándose, metiéndose de lado, porque de otro modo una persona de volumen normal no lo hubiera podido realizar.

Pues allí nos acostábamos, y a mi padre y a mí se nos había asignado una cama que quedaba en el principio, en el primer lugar, o en uno de los extremos de la alargada pieza.

Y la noche, que si hago mis cuentas resulta ser la del tercer día de los posteriores al de la noche que digo del saqueo, ya la casa en silencio y las estancias a oscuras, sin duda como consecuencia natural y muy justo castigo del siniestro conjunto de los bestiales ejercicios a que me había venido dedicando largamente, empecé a sentirme sudoroso y febricitado. Materialmente veía, materialmente palpaba, como a cuerpos de forma y de materia, las inmateriales y estériles visiones con que me alucinaba y se burlaba de mí, mi fantasía.

Me poseía el deseo como una doble pinza. Toda hambre está compuesta, de una parte, por la representación de una vianda a que se aspira, y de otra, por el torcedor que son en sí las sensaciones del hambre. A lo primero se desea llegar; de lo segundo se desea salir.

Materialmente veía, materialmente palpaba como formal y sólida materia, las inmateriales sombras que la imaginación untaba con roce casi físico, contra mi cuerpo.

Esta propiedad, la de imaginar las cosas con no usado realismo, es en mí congénita, heredada directamente de mi madre. Ella, en momentos, solía suspender en algún punto del espacio sus ojuelos gastados y profundos. Y tras de mantenerlos así algunos instantes, se volvía hacia nosotros y decía:

“Acabo de ver entrar por esa puerta a tu tío Gil, se sentó en esa silla, se sonrió conmigo y desapareció.”

Y de anteriores generaciones, una olla de hacer té, sobreviviéndose, había alcanzado a llegar hasta nosotros. Consistía en una esfera achaparrada de barro inglés, tenía rota la oreja, y sobre la tapa yacía, echada, una vaquilla, la cual servía para coger la tapa y destapar la olla; mi madre varias veces vio que el animalito aquél se ponía en pie y se echaba andar.

Yo también suelo pensar así, vívidamente. Es un modo de ser, no una chifladura. Con bastante frecuencia mis vistas interiores se sobreponen, aun en pleno día, a las de la realidad. En cierta ocasión, Quirino, que en paz descansase, me trajo uno de esos aparatitos de alambre que son de muchos modos, y me encomendó que sacase una cierta rueda que estaba muy metida, entre una espiral y varios rombos, formados en hilera, en dos sentidos. Y yo, que ya lo había vencido muchas veces, acertando con el procedimiento de desensartar piezas de éstas, aquella vez me apliqué en vano a lograrlo, y me di por vencido y se la devolví; pero con mi cerebro continué pensando por dentro, y con las manos de la imaginación logré lo que no había logrado con mis

manos corporales. Y se lo volví a pedir, y ante sus ojos y con tanta facilidad como si yo hubiera sido el inventor del truco, se lo desensarté.

Qué no sería, lo que yo sentía aquella noche; no lo podría dar a entender sino con estos datos. En momentos hasta me parecía ser recorrido por una onda, por una profunda onda que sólo se puede comparar con la corriente eléctrica. Se agarraban entonces mis tejidos, mis músculos se contraían exactamente de la misma manera que cuando con una de esas maquinillas que llaman de dar toques, nos los damos.

Y empezó a evaporarse de sí misma, a disolverse en torno, y a recorrer el mundo en busca de mujer, el espectro de mi carne mendiga.

Mendiga, sí, y más que mendiga, porque, así como no siempre se encuentra un rico en un acaudalado, tampoco se halla siempre un miserable en un desposeído —hay que notarlo bien— sino que el miserable es siempre sólo el que se deja comprar por lo que le pide su apetito. A este respecto, dos son las actitudes del hombre: caridad y egoísmo, generosidad y ruindad —ofrecer y pedir— y no las causan pobreza ni opulencia. En todo pordiosero hay, antes que inopia, concupiscencia, antes que laceria, envidia, y antes que necesidad humilde, regodeo y poltronería, y mimo, regusto y egotismo.

Y como la inteligencia que es, acaso, lo único simple frente a todo compuesto, lo único homogéneo frente a todo lo heteromorfo, lo único terso que espeja en verdad rectamente, sin torsión ni falsía, no puede realizarse sino en la medida en que no sufre intromisiones, la mía, a aquellas horas, ya por tantos, tan extraños a ella y tan confusos y mezclados complejos maculada, todavía continuó empañándose, perdiendo su tersura, que es su homogeneidad, y distorsionándose. De modo que, vagando de extravío en extravío, bajé hasta un punto de demencia tal, que concebí el proyecto más turbio y disparatado que he concebido nunca, y aún pienso que jamás concebiré en mi vida.

Después de macerarme hasta el delirio con quimeras y nonadas, y con llamas y figuras encendidas en falso —la sombra atrae a la sombra—, lo más oscuro mío tomé entonces por guía, y mi nublado vientre levó su antorcha negra que se nutre con sangre y expande una luz negra, y yo seguí su luz quemada y muerta como sangre reseca... y ella me condujo... ¿Diré adónde?

Conmigo, junto a mí, en el mismo lecho que yo, dormía mi padre. Hombre de rectitud, de luz, como yo llamo al que no se desvía. De ingenuidad compacta, sellada, anterior y posterior a la malicia y al triste experimento que es entrar a este mundo y ejercitar la vida. Triste porque, ¿quién, si nos ha

contemplado un poco a fondo, no lo es? De ordinario velaba por la noche, hasta muy noche. Y hasta cuando dormía, se veía que en su frente penetraba una espina, y que su corazón estaba lleno de pensamientos.

Así estaría él aquella noche, digo yo, porque así estuvo siempre.

Ahora duerme en otro lecho. No duerme junto a mí; suele dar sus vueltecitas y quedarse un instante entre nosotros. Si no, pienso yo, ¿quién me daría estos golpes?, ¿quién?, ¿éstos que siento, y que me dan rocío, y agua nueva que endereza mis ramas, cuando me voy doblando?

Y ahora duerme en otra cama, y en otra cámara, y en otra casa, y en otra tierra, en rigor, no distante; y si pudieran arreglarse de nuevo las cosas, todas estas cosas que se han desarreglado, y todo volviera a acomodarse como antes, sería para mí un contento muy caro ofrecerle un espacio aquí en mi casa, y en mi alcoba y mi lecho; pero entonces, en aquella hora tuerta, lo reputaba estorbo.

Inmediata, a menos de medio metro de distancia, se encontraba la cama en que dormían mi tía Lupe y mi madre.

En la tercera no he podido recordar quién estaba; y en la cuarta y la quinta, dos de mis primos, y otra de mis tías y mi abuela.

Entreabierta, la puerta que daba acceso a la siguiente alcoba no constituía obstáculo. Y como en esta alcoba a que digo que la puerta daba acceso, hubiera de ordinario sobre una rinconera, a los pies de una imagen de bulto de la virgen, una lamparilla de aceite encendida, desde acá se veía —y era lo único que se veía— distinta apenas de la sombra, una borrosa cinta vertical, tan alta como la puerta, y su anchura indicaba la amplitud de la abertura de la puerta.

Yo sabía muy bien cuántos y quiénes eran los que dormían allí. Eran cinco personas grandes, y un chiquito de brazos, y una hermana mía de quince años, y otra de ocho, y una parienta de ésas que casi nunca faltan entre las parentelas; que están un poco al margen, porque no son muy próximas, pero que se consideran y tratan como muy de la familia, por el frecuente roce, y por convivencia, y porque por ciertas razones de índole circunstancial, se han venido aproximando hasta acabar por asimilarse.

Y éstos eran los que dormían allí; pero ¿en qué orden?, ¿dónde estaba la cama de cada cual?

Pues lo que yo había decidido era llegarme a la cama de esta tía de nombre, más que de hecho, y a la cual todos los chicos llamábamos tía Lina, aunque no se llamaba Catalina, ni Carolina, ni Marcelina, ni Adelina, sino Andrea.

Y si yo pensé en ella fue sólo porque el diablo es deforme, y porque, en consecuencia, todo lo que él inspira es caótico y confuso, y no posee sentido.

En esencia, el laberinto por donde fui cayendo y enredándome hasta acabar por dar conmigo en el zanjón de este eximio y solemne disparate, fue como los caminos que seguiría, en su delirio, la mente de un envenenado de hambre que se encontrara en sitio en donde no hubiera nada cabalmente propio para el comer, y todavía esto, mucho menos que a medias propio, está guardado en cajas fuertes que él no debe ni pensar en abrir; y como de cosa fina solamente sabe de una manzanita que está también guardada en una caja también bastante fuerte, que sobre ser difícilísima de abrir, todavía amenaza con grandísimo riesgo de estallar y producir una gran explosión al ser tocada.

Pues yo decidí abrirla.

Al carbón mojado y pétreo que no prende, a la mula cerrada y a la hermética fosa me comparo. Ya me veo levantándome, levantándome y levantando con sigilo nada más la orillita de las sábanas que me cubrían. Fui saliendo del lecho, que no me oíría yo mismo si me aplicara a oírme.

Tras de dos mil segundos lentos y medidos, divididos por la atención que aplicaba al riesgo que corría de ser sentido, en fracciones milésimas, llegué a hurtarme del lecho, y ya en el suelo, encorvado, con manos y con pies, a gatas, como dicen, comencé a deslizarme.

Una cama, otra cama, y otra fueron quedando atrás, y no eran más que tres y ya parecían mil. Aquí había que quitar un zapato; allí era preciso realizar la más afiligrada contorsión para pasar por en medio, pongamos por caso, de dos sillas, sin moverlas: más allá se hacía necesario cambiar de sitio una taza de noche. También, si de repente algo se movía, urgía detenerse, suspender el aliento, hacer bajar al mínimo el golpear del péndulo del pecho y escuchar, hasta entender qué era aquello.

Especialmente creí que era preciso andar con tiento, aguzar la cautela y multiplicar por mil la vigilancia, cuando llegó el momento en que tenía que arrastrarme bajo la cama en que dormían mi tía Gila y mi abuela. A ésta no le temía: pero a la tía Gila sí, y mucho, y con terror casi supersticioso; porque ella era una de esas gentes medio pálidas y hundidas que poseen el privilegio de impresionarlo a uno de un modo muy singular, y provocaba ideas que como que se referían y conectaban con cosas de materia distinta de la de las de este mundo. A todos nos constaba que tenía el don de presentir, o como ella decía, de recibir corazonadas. Con esto quería significar, avisos del cora-

zón. Estos avisos los recibía de dos modos: por medio de afirmaciones categóricas, durante la vigilia, o por medio de visiones, en tanto que dormía.

Como ejemplo ilustrativo de la modalidad primera, puedo dar el siguiente: No sé, exclamaba ella, no sé por qué he estado con el brete de que de un momento a otro va a llegar Vicentita. Y como nadie tenía antecedentes, ni había razón alguna para suponer aquello, se dejaba de lado el tema; pero en verdad, varias veces resultó acontecer de cierto el hecho que ella predecía.

De la otra modalidad también voy a ofrecer solamente un ejemplo. Antes de levantarse, mientras se vestía, narraba que en un sueño había visto que el canario se había escapado de su jaula; y dicho y hecho, en su oportunidad se comprobaba que la jaula se encontraba vacía.

Otro más: Aunque era hermana de mi padre, ofrecía con respecto a él un contraste en extremo acusado; todo cuanto en él, su rara inteligencia había producido el efecto de acrisolar su natural ingenuidad, en ella su asimismo nada usual inteligencia, se había aplicado, casi exclusivamente, a tornarla taimada y suspicaz. A mí no me hacen tonta, y otras expresiones por el estilo, eran característicamente suyas. Ella era, de ordinario, la primera en descubrir una falta, en sorprender los móviles ocultos, y en sospechar las determinaciones que inducían a éste o aquél, a proceder de este modo o del otro.

En más de una ocasión sacó los colores al rostro, o hizo palidecer a más de cuatro; pues con dos o tres palabras, soltadas como por descuido y cual sin ningún fin ni propósito, hacía conocer, a quien quería, que había penetrado en sus mecánicas secretas, sin que ninguno otro, fuera del aludido, percibiera el alcance, ni siquiera el sentido de sus insinuaciones.

Cuántas otras, sin siquiera haber quitado los ojos de sobre la costura o labor que estuviera haciendo, había llamado con el mayor sosiego a cualquiera de nosotros, para recomendarle, con absoluta paz, que se salieran de donde estaban él y otros, y se fueran a jugar al patio, y si el llamado hacía objeciones, ella lo amenazaba, por ejemplo, con pedirle las manos para olérselas, y el chico, todo espantado, no objetaba ya nada, y se encendía, e iba a comunicar a sus compañeros de andanzas con Jesús por los rincones, que su tía se había dado cuenta, y en seguida desfilaban dos, o tres, o cuatro, todos avergonzados, sin osar volver el rostro a donde estaba nuestra maga tía, con rumbo al patio, en donde no había rincones, ni escondrijos, ni campo, ni oportunidad para juegos ocultos.

Y así, estando yo al tanto de todas estas propiedades suyas, ¿cómo

podría aventurarme sin especial sobresalto a vadear aquella fracción de camino que amparaba su lecho? ¿Quién me garantizaba a mí, que mientras yo hacía, ella no veía en sueños lo que yo andaba haciendo? O, a la mejor, se había acostado con el brete y no había podido conciliar el sueño, sino que velaba en espera de que me acercara, para sorprenderme e impedir mi aventura.

No bastaron, empero, a detenerme, estas consideraciones, ni bastaron tampoco, aun sumadas a éstas, otras de menor cuantía, ni más dificultades ya de hecho o físicas y de orden material, como, por ejemplo, aquella con que tropecé al intentar salvar el catre último, consistente en que, como los resortes de su tambor estuvieran ya muy vencidos, los dos durmientes que sobre él yacían, con su doblado peso lo colgaban, y hacían que se le hiciera por debajo una gran panza; pero grande, hasta el punto de casi hacerlo comulgar con el suelo. Yo no me esperaba esto, y sólo una casualidad verdaderamente providencial pudo evitar la tragedia de que topara yo con mi masa contra él. Unos cabellos parados —lo que llaman un gallo— que precedían mi frente enhiestos en ristre, fungieron como antena. De esta porción de cráneo a que denominan mollera, surgía en derechura, y se encontró con las laderas de la invertida loma antes que la mole infinitamente más indócil y sólida de mi propia cabeza, y yo lo comprendí, y me detuve, y despacito, premioso por saber qué fuera aquello, lo palpé con las manos, y con pánico y consuelo tan consecutivos y rápidos que me parecieron simultáneos, comprendí, por una parte, el inminente riesgo en que había estado de hacer un desgraciado e irreparable encuentro, y por otra, que por fortuna, tal tristeza no había llegado a suceder.

Ya con este conocimiento cambié de dirección. Y agazapándome y ape-gándome cuanto me fue posible a la pared, y gracias a que siempre he sido de textura en extremo sutil, logré, cual hilo en punta, escurrirme por entre aquella reducidísima estrechura, y fue, en verdad, lo mismo que si un hilo hubiera al fin pasado por el ojo de una aguja.

Ya sólo me faltaba abordar la otra alcoba. Sigiloso, a gatas todavía, y arremadito cuanto podía ser, a la puerta, me aventuré a sacar sobre el filo de la hoja entornada, únicamente hasta un poco más de la mitad de la niña de uno de mis ojos. Y, ¡oh sorpresa! inesperado éxito, corona repentina. Allí, en proximidad, junto a la puerta, tan inmediata a mí que ya estaba en mi mano el alcanzarla, soñaba la tía Lina. Y no sobre catre alguno, sino sólo sobre algo que yo no os sabría decir si era colcha, colchoneta, o alfombra hecha doble-

ces. Y a la luz, sólo por una línea distinta de la sombra, conseguí concluir una probable composición del lugar y obtener una vaguísima representación de la postura, en que la ajena, descuidada e inocente tía Lina se encontraba.

Parecía que todo se trocara en mi favor... pero, ¿sería de cierto la tía Lina? A ver, a ver, veríamos; había que cerciorarse.

La flama de la lámpara oscilaba, dudaba, luchaba, se mecía.

En momentos, juntándose, esforzándose, vencándose, en fin, sobreponiéndose, lograba alzarse, ponerse un poco en pie, sostenerse de puntillas un instante, lanzar un parpadeo, para en seguida caer y hacerse azul, como vencida de debilidad, castigada, deshecha y desmayada.

Y acá, yo, en consecuencia, participaba de su incertidumbre. En vano abría los ojos, la visión no se hacía, había que usar el tacto. A ver, a ver, ¿serían éstas sus botas? Sí, sí lo eran. Fuera de ella nadie usaba tacón bajo. Ah, y allí estaba la almohada, y sobre la almohada algo que semejaba trenza. Sí, sí, era una trenza. Y la cintilla con que se la ataba: una, dos, tres, cuatro orejitas, exacto, no había duda posible, sí era la tía Lina.

Sí, eso era, sí, allí estaba, pero, ahora bien: examinando el caso detenidamente, con ello, ¿yo qué adelantaba?

Hubiera dado uno de los ojos de mi cara por encontrar un medio de sacarla del sueño sin que ella se extrañara. Por seguro tenía que en esto estribaba el mayor peligro, en que ella al despertarse, al sentirse llamada a despertarse inopinadamente, fuera a lanzar un grito o una exclamación involuntarios.

Pensé en adueñarme suavemente de uno de sus hombros, oprimirselo con tiento, y entrar a removerla con movimientos de impulsión imperceptiblemente crecientes, hasta hacerla entreabrirse a la penumbra de una incipiente dosis de conciencia, desde donde podría, ya después, irla haciendo surgir a más cabal vigilia. Y estar atento, atento al instante en que empezara a abrir los ojos, de manera que aun antes de ponerse en contacto con su propia existencia, lo que antes y primero que cualquier otra cosa percibiera, fuese mi boca atravesada ya por alguno de mis dedos, en señal de silencio. Y al mismo tiempo, aprovechando ese sin par micrófono que multiplica sin cuento la sensibilidad de la audición durante el semisueño, con el rumor menos distante del silencio que mis labios lograran, le rogaría que por amor de Dios y por la Virgen santa continuara tranquila.

En seguida desdoblaría las sábanas y las deslizaría de modo que forma-

ran cubierta sobre su cabeza, y yo también introduciría la mía, y ya así, ya un poco aislados ella y yo del exterior, añadiría a la súplica antedicha, la de que me dejara acomodarme junto a ella, y lo demás.

¡Oh, maravilla!, si sólo con pensarlo ya redimía mi vida, incluso de la necesidad primaria del resuello. ¡Oh, maravilla! ¿Qué sensación traidora y subrepticia se me insinuaba solapadamente bajo las apariencias de plenitud y arrobó? Hasta llegué a sentirme limpio, puro, santo, indemne como un niño; pero pensando en esto que creemos que es un niño cuando lo vemos enternecidamente, angelical, ensoñadoramente, no como cuando, con más memoria, mejor inteligencia y más verdad, advertimos en ellos, sinceramente, sin adornos ni sueños, lo que fuimos nosotros cuando niños.

Repegadito a ella, ¡Señor!, repegadito a ella, quizá ya casi sin maldad, hecho un ovillo amante, una apretura de contemplación inofensiva y tierna, el cuerpo mío pacificado e inmóvil, y recibiendo en éxtasis, al tacto, como temperaturas santas, los efluvios de la tersura sin frío y sin dureza de su florida piel, la suavidad de rosa procedente de sus tejidos hondos, la impresión de sus formas y el enlace de sus miembros colocados en amorosa paz sobre los míos, y bajo la dirección delicadísima de su corazón en flor, sin inclemencias.

En fin, el cielo, ¿o no? El que se halle sin culpa, el dueño de la inteligencia, el perspicaz, el santo, el que no se haya dejado sorprender, que arroje la primera piedra.

Amor, riqueza, entrega, generosidad, desinterés, contemplación, ternura... Ah, sí, todo aquello parecía existir, se contoneaba en mí; pero puesto al servicio de mis oscuridades, supeditado a la envidia de un apagado cobro, dado al agio de un interés tan vil que, incluso yo, con ser quien era, había acabado necesitando desconocer, cubrir, huirlo; mas que en verdad, aún seguía siendo el promotor recóndito, secreto, agazapado, hipócrita de las maquinaciones y estrategias que para alcanzar mi objeto, seguí urdiendo.

Me encuentro persuadido de que un golpe de conciencia debía haberme dicho: “Estás fallando; no seas atarantado; ya que las razones de orden moral para ti no existen, comprende estas otras de orden material. ¿Cómo crees que esta mujer, en estas circunstancias, a esta hora, va a consentir o a coincidir contigo en tu propósito?, etc.” Mejor dicho, que iba a decirme esto, fue lo que obligó a mi obcecado yo, a recurrir a la artimaña de esta alucinación hipócrita, con objeto de estimularme y distraerme y no dejarme ocasiones para advertir lo evidente, ni ver la realidad.

Entre mí, yo seguía: Repegadito a ella, ¡Señor! Repegadito a ella, ¡Señor! Repegadito a ella, ¡Señor! Repegadito a ella, ¡Señor!

Exacto, como disco fonográfico sobre el cual la aguja se ha encarrilado en una sola línea, así seguí. Y así, advirtiéndome que ya no sólo no cambiaba de disco sino que ni siquiera lo recorría a lo largo de toda la espiral, hice un esfuerzo y tuve que reconocer que en el fondo no me atrevía a atacar el problema ya en concreto. Que así como todo había resultado relativamente fácil, mientras no se había llegado la hora de arrojarse al agua, ahora que ya la alberca estaba allí, a mis pies, no hallaba la forma de realizar el salto. En efecto, toda aquella informe, pero al parecer tan sólida e inquebrantable decisión que durante tan en verdad azaroso y lento rato no me había abandonado, empezó a tambalearse, como por encanto, a partir precisamente del momento en que ya no me quedaba otra cosa que hacer que llevarla a la práctica. Ciertamente es que más de cuatro me habían dicho que en empresas de faldas todo buen éxito consiste en la sangre fría, en la audacia, en el atrevimiento con que se ejecuta.

“Por ejemplo, si te encuentras tú en compañía de una muchacha, y empiezas alargando el brazo poco a poco y colocas tu mano sobre la de ella con incertidumbre, con vacilación, con timidez, es claro, ella la retira; pero en cambio, si mientras accionas con naturalidad, te acercas con desplante, la sujetas del brazo con resolución, le das unas palmadas sobre el hombro, o tomas su barbilla entre tus dedos, ella te dejará hacer, etcétera.”

También, en discusiones, no había faltado quien me convenciera de que mi idea de que las mujeres son menos incontinentes que los hombres, era una inocentada. Lo efectivo era que todas las mujeres, sin excepción ninguna, aun las que más parecen simular lo contrario, en el fondo sentían una necesidad de hombre, por lo menos tan intensa, como la que nosotros, los hombres, sentimos de mujer. Pero una cosa son pláticas y otra cosa son hechos.

Claro es, me decía yo, que fueran cuales fueran las circunstancias, y modos y maneras con que una mujer se llegara a hurto en la noche a buscarme a mi lecho, yo nunca la rechazaría. Y pues ellas padecen anhelos recíprocos a los del hombre, tampoco ellas lo rechazarán a uno.

Pero, por mucho influjo estimulante que pudieran brindarme éstas y otras muchas razones de éstas que fui hilvanando, el acto decisivo con que mi voluntad debía, por fin, determinarme a obrar, no se efectuaba. Os puedo asegurar que en más de media hora permanecí oscilante, cambiando del sí al

no, del no al tal vez, y del tal vez al sí. Y en mi cavilación, los contendientes no eran solamente los que se suelen enfrentar dentro de nosotros en los momentos que preceden a aquel en que tomamos una determinación: razón y apetito, pues el mismo apetito, escindido en opuestas tendencias, contendía entre sí. Ya tomaba partido en pro de la medida de colarme, suave, imperceptiblemente, que ella no me notara, bajo sus cobijas; empezar a desasosegarla a espaldas de su sueño, sin sacarla de él, con caricias calladas, impalpables, pacientísimas; e irla enlazando poco a poco, con tal arte que, aun antes de que acabara de despertarse, ya se sintiera, inopinadamente y a ciegas sobre el motivo, vagamente turbada; y en esta coyuntura hacerme presente, ponerme en la mano, en forma que, como que le caía del cielo, viera en mí el remedio y el trapito; ya la de despertarla antes; ya la de desistir por el momento, imaginando ser más viable, granjeármela durante el día y concertarme con ella para la siguiente noche. Pero apenas me decidía por un camino, ya me parecía menos bueno que otro, y apenas desistía de todo y ya me volvía a encender.

Muchas veces sucede que lo que más se piensa es lo que es resuelto con menor atingencia.

Ahora me doy cuenta de que, dentro del propósito que me movía, pues éste era disparatado en sí, ninguna solución podía ser acertada; pero yo ahí, no me decidí por la menos mala, ni por alguna de las medianamente malas; sí por la peor de todas; que fue la de echarme sobre ella y cubrirla de besos; y aun sobre esto, la cosa me salió fallida, es decir, salida de lo que yo quería; porque cuando pensé que allí donde fui a poner mi mano, iba a apresar su hombro, apresé lo que menos debería. Es que me confundí, que su posición no era la que yo juzgaba. Ya he dicho que casi no había luz, por tanto, resulta harto explicable el descarrío. Sin embargo, podía haber sido un poco menos crudo. No que lo que fui a coger directamente resultó ser aquello a que se llega a tan sólo hasta lo último. No es sencillo contar ni dar idea del susto que llevé, fue espantoso, espantoso, llegó hasta el extremo de engarrotar mis dedos, de quitarme el control de su gobierno, y de este modo, lo que yo intentaba que fuera una captura, fue una maceración. Vi la figura de la tía Lina levantarse, y vi a la vaga luz, su silueta borrosa enderezarse, lentamente primero, como quien todavía no ha vuelto bien en sí desde un profundo sueño, y así se estuvo un corto espacio, muy pálida y desorbitada, quizá no entendiendo si soñaba o vivía, si era víctima de un suceso de este mundo o de

otro, y, al fin, tornando un poco más en su sentido, intentó arrojar voces que no hicieron salida entre la acalabrada trama de los músculos de su garganta, y simultáneamente, con movimiento rápido, reflejo, se hurtó a mi mano, presta, yendo a salir al otro lado de las cosas que le servían de lecho, y quedando medio encucillada sobre el suelo desnudo, quieta, atenta, callada, confundida, temerosa, inquisitiva, espantada, indecisa, pusilánime, muy puesta en guardia, pero todavía no entendiendo si su atacante era del género natural o de los que uno no se puede defender.

Yo que la vi huir, rauda como un resorte, y saltar casi dos metros, comprendí que el arreglo de su mundo no tenía que ver con el del mío, y temiendo que estuviera a punto de gritar o de erguirse y encender la luz, en suma, de armar una no vista tremolina, me fui echando hacia atrás, y reculando, y sin desviar de ella mis ojos, me hundí en la puerta, y en cuanto estuve tras la entornada hoja, giré sobre las cuatro extremidades que me servían de pies, y callandito, y sin querer ya nada más que deshacer lo hecho, desanduve lo andado sin suceso ostensible de que pueda acordarme, según quedé fuera de mí tras el ejercicio de mi increíble yerro, y ante la expectativa de las probables desventuras a que quedaba expuesto de resultas de mi dislocada andanza.

Ahora entré en mi cama, y como un rayo de luna, silencioso e impalpable fui moviéndome hasta quedar como antes, y todavía llevé mi cautela hasta el extremo de cuidarme no sólo de la posición de mi cuerpo, sino incluso del gesto de mi rostro, de manera tan sabia, que yo ahora pienso que si alguno me lo hubiera contemplado entonces, lejos de exorcisarme y santiguarse, como es de rigor hacer ante el demonio, habría sentido impulso de elevarme un altar blanco, rodeado de velas encendidas y búcaros coronados de nardos y azucenas.

Yo he visto en el campo, entre los árboles, al final de una suave pendiente que va a morir a los pies de la sierra, durmiendo en el hondón sombrío, un espejo de aguas en que se copia el cielo. El que lo ve se siente penetrado por una sensación profunda de limpieza y de paz; se queda absorto y piensa, y a su mente no acuden sino pensamientos lucientes. Qué superficie límpida, qué sosegado fuego, qué vida, en apariencia, tan profunda y serena; pero en el fondo, adonde los ojos, impedidos por el falaz reflejo, no penetran, se arrastran las culebras, se agitan las lombrices, escóndense los sapos y púdrese la tierra.

Yo he visto estas cosas y he visto, asimismo, muchas otras cosas de este

jaez y de otros muy diversos; pero de todo cuanto he visto, con nada me he comparado nunca tanto como con la engañosa ciénaga, y más ahora, mientras voy describiendo lo de aquella entoldada noche. Bajo la superficie amable de mi expresión fingida, lo mismo que debajo de la superficie vana de las aguas podridas, el miedo y la tristeza empezaron a fermentar en mis entrañas y a removerse a oscuras, como lodo poblado de animales inmundos. Porque aquella congoja mía, aquella aflicción que me tomó y ya no me dejó ni un solo instante en todo el resto de la noche, no era la fecunda que depura y renueva, del arrepentimiento, sino que sus tramas eran el terror, las debilidades y la cobardía.

Ya se me figuraba, como a aquel que tiene razones para suponer que va a temblar la tierra, y espera sin aliento los instantes en que empiecen a agitarse las lámparas, a hacer equis los muebles, a agrietarse los muros y a hundirse el pavimento, que la por un momento enajenada conciencia de la tía Lina, readquiría los fueros de su juicio, se paraba por su propio derecho en la vil realidad, y ya de un modo o de otro, tomaba providencias y entablaba su acción.

Válgame Dios, pensaba yo entre mí, válgame Dios. ¿Quién me asegura que en este mismo instante, o dentro de minutos, ella no se encuentra moviendo la cabeza de arriba para abajo, que es como si dijera: Ah, sí, sí, ya caigo. Malhaya el tal Catito. ¡A dónde vino a dar el muy taimado! ¡Quién creyera! Carita de no me olvides, mosca muerta, redomadísimo, colmado, bien consumado hipócrita?

O acaso, con la trompilla que solía hacer, cuando mitad a media voz, mitad medio asfixiada, y como quien da un recado muy urgente después de la carrera que le quitó el aliento, chismorreaba ella aquellas cosas en que veía algo a su parecer inconcebible, estaría ahora, refiriendo a algunos de sus compañeros de alcoba, el portentoso y desmedido punto que yo me había alcanzado.

También veía que comentaban y discutían, enardeciéndose recíprocamente en contra mía, acerca de lo que ella debería hacer.

Lo más probable era que esperase hasta la entrada del día, y sólo hasta entonces, ponerlo por lo pronto, en conocimiento de mi madre.

Yo ya sabía, que si esto llegaba a suceder, se apoderaría de mi madre una profunda, silenciosa aflicción. Cada uno de “sus muchachitos” era para ella una pieza de su alma. Si entendemos por alma una entraña sin masa; pero sen-

sible y viva; más sensible, más viva y más delicadamente lastimable que la carne más viva y más sensible, y si imaginamos que esta delicadísima entraña, es como una tierra, y cada hijo una planta que allí arraiga con raíces de espinas, habremos adquirido una idea de lo que es el alma de una verdadera madre.

Yo recuerdo aún, y nunca podré echarla en olvido, la mía; aquella muchachuela de edad entonces hasta de treinta y cuatro años. Delgadita de huesos, consumida de carnes, apenas sonrosadas sus mejillas, como con una luz de otoño que pronto se apagaría. En sus ojos hundidos, de un color ocre sombrío, nunca murió la lámpara de la alegría; pero tampoco nunca lució su luz desnuda. Una cortina triste, como niebla de llanto antes de condensarse en gotas, la velaba de la misma manera que a un vidrio una cantidad imperceptible de vaho, deshaciéndose. Y su hociquillo plano de indio de estas regiones, muy levemente prógnata, más que por conformación irregular del maxilar, por cierta costumbre que tenía de adelantar los dientes inferiores, hasta poner su filo en coincidencia con el de los de arriba, y, a veces, más adelante. Con esto su labio superior se atirantaba, y el inferior era lanzado hacia adelante, como pico de jarro, como cornisuela, o más exactamente, como curva saliente y verdadera de jarra; y la expresión que adquiría con ello su semblante era de que su espíritu tocaba ese punto de definitiva prueba en que el náufrago caído en el mar del sufrimiento, ya apura los extremos y surge, sin embargo, a la otra orilla.

Vencer el sufrimiento sin huirlo, asimilarlo, convertirlo en sustancia propia, esto es lo que llegó a hacer mi madre. ¿Y sus penas? ¿En qué consistían sus penas? ¿Cuáles eran las causas de donde procedía este sufrimiento? Menores hubieran sido, si no hubiese cuidado estoicamente de que nadie las viera. Quizá ella poseía en la sensibilidad, lo que mi padre en el entendimiento. Quizá, lo que en mi padre era conciencia, don de conocimiento, era en mi madre, endocrinonomía, endocrinopoyesis, humedecimiento, que no sé cómo decirlo, lo confieso; pero entiendo que una causa generatriz de afecciones puede ser colocada en el corazón por la luz de la mente, o puede ser absorbida por los poros, entrar en soluciones secretas, y causar la dolencia. Nunca, antes de que muriera, llegué a sospechar que pudiera poseer ningún talento. Es decir, mientras vivió, la tuve siempre por mujer de alcances hartamente humildes. Y si más tarde he llegado a cambiar esta opinión por la extrema contraria, estoy cierto de que no se debe a que el hecho de su muerte, haciéndomela más cara, me engañe, de manera que haya venido a impedirme el juzgarla, serena, desapasionadamente. Más bien me parece que lo que ha aconteci-

do, es que para comprender ciertas cosas, es necesario alcanzar un determinado punto de madurez, cierta experiencia. ¿Qué importaba que mi padre supiese hablar francés, inglés, griego o latín, ni que entendiera ciencias y ejercitase artes, si no juntara a estos estudios la capacidad de ver el corazón? ¿Y qué, que mi madre escribiera sin ortografía, si estaba siempre próxima y su tacto percibía las formas de las almas?

He aquí algunos hechos que recuerdo. Vecinas a nuestra casa, en las de la acera de enfrente residían dos familias, a las cuales pertenecían, muy contrastadas, dos típicas muchachas.

La una era alegre, explosiva, movediza, ardorosa, ligera.

De ésta decía mi madre: “Me gusta esta muchacha; es muy franca y abierta, muy sincera; tiene el corazón en la mano. Aquel con quien se case va a encontrar en ella una admirable esposa”.

No todos opinaban de este modo; pero el tiempo ha dado largas muestras de que mi madre era la que tenía razón. Por el contrario, de la otra, que era por todo extremo cuidadosa, lenta, que siempre marchaba con los ojos bajos, que jamás descuidaba la manera de sentarse, que unía sus rodillas, que estiraba su falda, a pesar de que con estas afectaciones se llevaba tras ella la buena opinión de muchos, mi madre sentenciaba: “Nunca ha llegado a gustarme cabalmente la tal Lucha; si no fuera porque resultaría un poco violento, impediría a Teresa —una de mis hermanas— todo trato con ella. Nadie es así, ninguno alcanza a ser así como ella pretende mostrar que es; todos somos humanos. Ésta es recóndita, estudiada, ella tiene algo que no quiere que los demás vean”. En efecto, cinco años más tarde, después de aquel en que quedamos huérfanos, resultó nada menos, y no tengo empacho en referirlo, pues se hizo del dominio público, que esta insospechabilísima muchacha, dio a luz unas criaturas sucesivas, no una, dos; fruto, según llegó a averiguarse plenamente, de remotas relaciones que venía manteniendo a sombra de tejados casi desde la infancia, con su propio hermano.

Y por lo que ve a nosotros, su actitud, por dispareja, llegó a ser tachada de parcial, de injusta, de poco equitativa.

Y así, realmente, cómo podrían explicarse los hechos en otra forma. Si mi hermano Edmundo se detenía en volver a casa, y aun en aquellos casos en que se iba presentando a la una o las dos de la mañana, mi madre apenas se lo reclamaba: “Acuéstate, últimamente has dado en regresar muy noche. Las desveladas desmejoran mucho; no sigas desvelándote”.

Por el contrario, si Darío, otro de mis hermanos, no llegaba y ya eran nada más las diez de la noche, se inquietaba hondamente, le era imposible conciliar el sueño, y se lo reprochaba mucho.

Únicamente el tiempo, el tiempo. Nadie ni nada más supo justificar sus actos, ni acomodar sus cosas en su verdadero sitio. Darío no vivió mucho, murió de mala muerte, por ser más macho que otro, en un lío accidental, de inútil riesgo y sin pago de honra.

Y qué contraste entre el desempeño que de sus respectivas facultades de ser casi inengañables, ella y la tía Gila hacían. A fin de que se sopesen bien esa diferencia, quiero traer a cuento los modos de operar de mi madre en relación con uno de aquellos casos en que la tía Gila nos pedía las manos con objeto de olérnoslas y a fin de averiguar por el olfato si habíamos andado poniéndonoslas en donde no debíamos.

Pongamos que se le aproximara alguno con el chisme: “Catito y Lola andan a solas en la azotea”. Pues entonces ella no exclamaba “llámenlos”, ni daba muestras de ir a escandalizar en forma alguna. Se limitaba a comentar: “Así son los muchachos”. “Están jóvenes.” “No debe de ser nada.” “Son puras muchachadas”, o cosa así por el estilo; pero inmediatamente, como quien ha liquidado ya un asunto y empieza a ocuparse en otro, enviaba a la sirvienta a comprar algunas golosinas: fruta, limonadas, galletas, cacahuates o dulces, y entonces si iba gritando a cada uno: “Concha, Darío, Mundo, Mariquita, ¿no quieren limonadas?” Y luego: “También ustedes, Cato y Lola, si no vienen pronto se van a quedar sin limonadas; bajen, bajen pronto, si no quieren que vaya a llevárselas yo misma”.

Ahora aquí quedamos. Se nos ha ido la pluma, y seguiría así, estoy seguro de ello, si no me refrenara de propósito, hablando de mi madre, indefinidamente.

Volvamos ya a la noche de marras. Recordad: había yo vuelto a mi cama y estaba acobardado y temeroso, y una de las cosas que, según mis cuentas, podía suceder, era que la tía Lina acudiera a quejarse con mi madre del desacato de que tan inmerecida e inopinadamente había resultado víctima.

Claro es que yo, entonces, no estaba en capacidad de elevarme a sufrir por comprensión de lo que mi madre o persona alguna otra sufriera por causa mía o por razones ajenas a mí. Lo que yo temía era, no lo que ella pudiera afligirse al saber que yo, su hijo, era una especie de monstruo, no, sino la posibilidad que existía de que ella, movida por la idea que tenía del deber, se

sintiera, aun en contra de su íntimo sentir, movida a ir a contárselo a mi padre. El que haya llegado a disfrutar, inmerecidamente, el goce y las ventajas de una elevada situación y que luego, por sus yerros, se haya visto colocado en trance de perderla, bajando así desde la buena fama y la consideración hasta la infamia y el desprecio, podrá considerarme.

Ya veía yo que de boca en boca empezaba a desparramarse la verdad, que mi abuela empezaba a enfriarse conmigo, que me sacaba del sitio predilecto en que me tenía puesto dentro de su corazón, que sustituía, dentro de sus ojos ciegos, la amable imagen que se hacía de mí, por otra ingrata, deforme y repulsiva; que ya no me dirigía nunca la palabra, que no sólo no me distinguía entre los demás, sino que me ponía abajo de ellos, y aun después de todos, y que cesaba para siempre, de ofrecermme cada tarde el bocadillo que solía de su merienda. Veía a mis tías, a mis tíos, a todos, tratarme de otro modo y de distinta manera que hasta entonces. Y vi también a mi padre, vi que, acercándoseme, me tomaba de la mano y conducía hasta la última pieza, y que cerrando desde luego la puerta, empezaba a arreglar conmigo nuestro asunto.

“Hijito, por allí anda un rumor, un chismarajo, sabes, un enredo que han hecho; no sé qué laberinto que presiento que no va hacerte bien; es decir, si no logramos desenmarañarlo... Espera, espera. Tampoco tenemos tanta prisa como para vernos obligados a proceder sin orden. Déjame hablar a mí; ya después te daré a ti todo el tiempo que tú quieras para contestarme. ¿Qué cosa puedes tú decirme acerca de un asunto que ahora todavía no conoces? Debería empezar por ponerte al corriente; prefiero, sin embargo, obtener primero un antecedente; indagar antes, si crees que soy tu amigo, si piensas que en realidad te quiero, que me preocupo por tu felicidad, o si, por el contrario, tienes la impresión de que te soy opuesto, de que te estorbo, de que la índole con que me muevo es la de perjudicarte. En fin, tomando el toro por los cuernos, deseo que me contestes, en concreto, lo siguiente: ¿Estás conforme en que me mezcle en tus asuntos, o prefieres que de hoy en más me desentienda de ti, te ponga a un lado, y deje en libertad de atender y resolver por ti mismo tus cuestiones?... Está bien. En este caso, dime, ¿eres feliz?... Ah, ¿sí? ¿No necesitas nada? ¿Estás así continuamente? ¿Durante el día no te asedian anhelos, y durante la noche tu sueño es reposado, reparador, sereno? ¿No, indigente, necesitado, te desvelas codiciando algo, suspirando por ello? Anoche, por ejemplo, ¿desde que pegaste los ojos no los vol-

viste a abrir hasta hoy por la mañana? Porque sabes, dicen que anoche, a oscuras, mientras dormíamos todos...”

No solía ser aquel incontrastable, apabullante interlocutor tan serpeante en su modo de hablar, tan preparatista ni tan prolegomenador. Al pan le decía pan, al vino, vino; entraba por la puerta, cogía las alimañas por el cuello, comenzaba por el principio, terminaba en el fin; mas para corregirnos se valía de métodos extraños, sorprendentes, en cada caso nuevos. Durante sus discursos ordinarios movía sus razones llanamente; pero durante el proceso de un castigo, manejábalas, como un ajedrecista experto sus caballos. Especializo y digo: como sus caballos, porque, en verdad, las otras piezas avanzan directamente, y no así los caballos que se mueven en ángulos, y son inagotablemente eficaces para lograr jaques por sorpresa. Y aguardaba un momento, y repetía: “Hijito, ¿eres feliz?” Y ante el silencio, con que él contaba, del culpable, y dentro de un control y enfrentamiento de su propio celo, enmascarado de ternuras semejantes a la proverbial de la leona para con sus leoncillos, iba pasando su mano sobre nuestra cabeza, o tocando nuestra espalda con toques que yo siento que no quedan bien dichos si no digo angelicales, añadía: “Acaso sea una injusticia, una exigencia excesiva, pretender que satisfagas mis preguntas desde luego. Estas cuestiones que te he propuesto son sutiles; merecen más espacio. Te doy todo el que quieras. Medita, piensa en ellas durante todo el tiempo que hayas menester. Volveré de aquí a poco”. Y salía de la pieza y nos dejaba allí con nuestra turbación, y tardaba en tornar ya una hora, ya una mañana entera, según a él le parecía más pertinente.

Yo ya había llegado a averiguar que estas salidas se las daba, no con ningún otro objeto que el de obligarnos a rumiar, a reconsiderar nuestra falta, junto con el de hacer tiempo, porque siempre que le dábamos motivo se indignaba muy profundamente y temía sobrepasarse en el castigo. Así, prefería aplazar la ejecución dejándola para cuando sentía que ya iba cesando la violencia de su indignación. Por tanto, si tenía algún quehacer pendiente, lo desempeñaba en el lapso que dejaba mediar entre las amonestaciones y la ejecución, y si no, se lo buscaba. Con frecuencia, después de hacernos confesar y comprender en toda su medida la magnitud, ya mayor, ya menor, del error en que habíamos incurrido, tomaba, de donde la encontraba, una tablilla, y en seguida se iba y tomaba asiento entre las yerbas, y haciendo uso de una navajuela de bolsillo se entregaba a labrarla. Veamos cómo. Primeramente la alisaba de los filos y los ángulos, luego la dividía, según su inspiración, en

partes, por medio de cinturas levemente marcadas, después acomodaba dentro de estas partes, grecas caprichosas, florecillas u hojas, figuras de objetos, animales o personas, lo que iba, en suma, ocurriéndosele.

Le quedaban bonitas algunas de estas tablas; siempre que había castigo nunca faltaba alguno que viniera a juntar discretamente los pedazos en que paraban al final del castigo.

Mi prima Loreto me enseñó hace días un pedazo de una que quedó de una vez en que el castigado fue mi hermano Edmundo. Tiene un perico adentro de una jaula suspendida bajo un arco como de corredor, y tras la jaula, sirviendo de fondo, unas largas hojas. Es una verdadera filigrana. Debí pasarse casi todo un día en labrarla. Yo, ante la consideración de aquel dulce tiempo en que existió en nuestro país un hombre único, que se ponía a labrar tablillas, para serenarse y castigar a sus hijos ya sin ira, por pura convicción, no pude contener las lágrimas, y Loreto las vio y se conmovió conmigo y me dijo:

—Si he sabido, mejor ni te la enseño.

A veces pienso en mí, materialmente, y ni entonces ni nunca logro comprender el hecho de que de un padre como aquél haya podido emanar un hijo como éste. Porque tampoco es presumible, y nunca me perdonaría si llegara a ocurrírseme, la sospecha de que mi generación fue debida a un suceso penoso, por donde viniera a resultar que yo soy hijo de otro, pues, si bien es cierto que en nada de lo del alma soy semejante a él, en lo físico soy pelitos menos que un duplicado suyo, y mi constitución espiritual tiene todas las características que tuvo una tía mía segunda, primera de mi padre, hermana de mi abuela, a quien yo alcancé a conocer suficientemente, y con quien, a lo largo del tiempo, me he ido descubriendo innumerables, y por tan exactas, verdaderamente asombrosas semejanzas.

“El destino del hombre es su carácter”, dicen que dijo Goethe, y yo no lo aseguro porque no me consta si lo dijo; pero lo traigo a cuento, con objeto de hacer significar debidamente estas semejanzas dichas, ya que, además del estudio comparativo de nuestros caracteres, he hecho otro, también comparativo, pero de nuestros destinos, resultando que entre los sucesos de la historia de esta tía de mi índole, he llegado a encontrar ya algunos, ¡oh prodigio! curiosamente similares, por más de un punto, con algunos otros que me han acontecido a mí.

Cuentan, por ejemplo, que era muy famosa por su recto pensar, que tenía don de consejo y que era muy apta en la conservación de ésta su buena

fama, y que con tal objeto ejercitaba de tiempo en tiempo actos prácticos de virtud. Una o dos veces por semana ayunaba de cena; cada vez que lo creía oportuno, hacía venir a un pobre para socorrerlo, etc. El mal estuvo en que una noche la sintieron que salía de su lecho y se dieron a espiarla, y descubrieron nada menos que iba a la cocina, encendía una gran lumbre, guisaba unos manjares y se daba un banquete tan gustoso y opíparo, como oculto, callado y misterioso. ¿Quién que comparara este suceso con este otro nuevo mío que voy contando, no hallaría semejanzas? Los dos fueron nocturnos, los dos de abandonar el lecho, los dos hechos a ocultas, a ella la descubrieron, yo no tenía esperanzas de no llegar a serlo...

Horror, horror; a las funerarias representaciones que me hacía, relativas a la próxima muerte y entierro ignominioso de mi honra, y al tormento moral y al castigo físico a que me sometería mi padre, se anexaba otra, todavía más cruenta; y ésta era que, forzosamente, sin que cupiera medio de evitarlo, más tarde o más temprano, me tendría que encontrar, frente a frente, con la propia tía Lina.

Muy congojosa y mísera es la posición en que se coloca el alma que cae en los abismos de la culpa. No hay nada más indefenso, más desvalido, más desamparado, más miserable y huérfano que el alma que ha caído en culpa. Basta con una voz, o una mirada y hasta con un silencio, para aniquilarla.

Pienso que un reo condenado a muerte, cuando mira que van a colocar el nudo corredizo de la horca en torno de su cuello, no se desmaya tanto, como cuando se llega el punto de hacerlo comparecer ante la víctima a quien ha ofendido injustamente. Si me hubieran puesto en situación de elegir entre esta última pena sola, y las otras que temía todas juntas, menos ésta; es decir, entre todos los procedimientos de sanción de mi padre, además de una exposición pública de todas las músicas que yo tenía por dentro, y otros más, con la sola omisión de un encuentro con la tía Lina, y sólo esto, no habría hallado qué escoger.

Y ya no digo más, sólo que entre estos pesares, temores, sobresaltos, lástimas y ansiedades, consumí y me consumí durante todo el resto de la noche. Y la entrada en la mañana se me ofrecía como una boca negra, y más negra, y más grande, y más impía mientras más se acercaba.

II

MÁQUINA Y PREGUNTAS

No sabría uno señalar en el punto preciso de la cinta del tiempo la marca que dijera: aquí empieza a amanecer. Los ojos no están hechos de manera que consigan seguir, indiscontinamente, la indiscontinua gradación de acrecimiento o mengua de la luz. Se ve amanecer como a saltitos, como en escalera de escalones, no como en rampa. La luz se agudiza como el sonido que resulta cuando se desliza un dedo a lo largo de la cuerda sobre el cuello sin trastes del violín; pero para los ojos crece como si se hiciera esta misma operación sobre el de una guitarra. Antes de este instantáneo parpadeo, los ojos más atentos, todavía no logran recoger sino visiones nocturnas; después de este parpadeo ya se encuentran presentes, en el mismo fondo de las visiones nocturnas, los primeros bosquejos de las del día. Un parpadeo más, y, como por ensalmo, las visiones nocturnas ya se han ido. La borrosa silueta del ropero, el fantasma denso e inmóvil de un abrigo colgado en la pared, la esfera silenciosa de la lámpara de centro de la alcoba, se distinguen apenas; pero la noche negra ha muerto, ya es de día. Y aunque sólo hay unas líneas de distancia entre la negra noche y esta profundísima penumbra, es como un abismo la distancia que sentimos que hay entre decir: ya es de noche, y: empieza a amanecer.

Era seguro que yo había llorado sin notarlo. Con el rostro hacia arriba, plegadas las rodillas, la cabeza asentada encima de las manos abiertas, colocadas éstas la una sobre la otra entre la nuca y la almohada, y los ojos insomnes, ardorosos y húmedos, miré ir reapareciendo las señales, que la noche deshace, de las cosas. El día, tan temido, llegó con tal dulzura, se fue abriendo tan manso, que yo no pude menos de complacerme en él. Dentro del corazón sombrío de la gran rosa colgada, desplegada, apagada, letal y atormentada de la noche, como por causa de su propia apretura y de la de su gran tristeza, en la entraña recóndita surgieron, condensándose, unas gotas. Éstas luego rodaron hacia afuera, duraron un momento suspendidas al borde de los pétalos, y al fin se desprendieron como lágrimas. La rosa sintióse como lavada, como suelta, como aliviada y libre de su íntima opresión, abrió con movimientos de párpados sus hojas, y el consuelo fue en ellas, no se podría aclarar si semejante, simultáneo, o ya la misma esencia engendradora de la primera luz.

Amanecía; lo mismo que en las cuencas de los ojos de todos los colores

recientemente abiertos del día, en las de los míos había humedad de lágrimas recientes, y consuelo; pero un dulce cansancio me los iba cerrando, me los iba cerrando, me los iba cerrando, mientras el día surgía. Y lo último que conocí y oí ir borrándose, fue una rúbrica fina, un relámpago largo, lento, último, serpeante, cristalino, tembloroso, una flexión candente bañándose de sí, a sí y en sí misma... ya no me sé explicar... no llegué a verlo bien... acaso el manantial era un zentzontle... y sí muy cierto, la casa de mi abuela era muy pobre; pero plantas y pájaros, constantemente había, constantemente.

Hoy digo yo entre mí: dentro del mundo, por mis yerros aleve, de mi sensibilidad, quizá no todo es falso —oh, cuánto lo deseo—, no todo soy traición. Quizá haya algo vivo. El levantamiento ingravido y sin peso de aquel alba, se asimiló en tal forma y con tal equilibrio coincidió, detalle por detalle, con el proceso de mi consolación, que yo no pude entonces, ni después tampoco he podido nunca, distinguirlos, y consolación y amanecer son, desde entonces, para mí, palabras cabalmente sinónimas. La turbación es como noche, el rocío como llanto, y el consuelo que sucede a las lágrimas vertidas, como candor, limpieza, blancura, que aparece por virtud lavandera del rocío.

Y escrutando conmigo, lucubrando, y así como estudiante de alivios, buscador de remedios a mis penas, especulando a tientas sobre mí y sin más instrumentos que esperanzas, paciencias y un fierrito, entiendo haber tocado al fin, un caminito.

Todo dolor procede de una culpa, de un error, de un extravío, de una ignorancia; pero entiéndase bien, todo dolor, sin excepción ninguna. Se pueden ocurrir mil excepciones: esto, lo otro, aquello; mucho hay que parece salirse de esta regla. Nada importa, los años me han hablado claramente, y la voz de los años es la voz de Dios: todo dolor, sin excepción ninguna.

A veces por el día, por la tarde, por la noche, o a la hora de esos tránsitos por donde uno pasa a otro, que llamamos crepúsculos, cuando menos se piensa, empieza a cargársenos una grave, o mediana, o pequeña dolencia. Lo que primero y con mayor frecuencia se le ocurre sentenciar a nuestro juicio, es que somos como víctimas inocentes de la fatalidad, o que nuestra aflicción procede de esto o de lo otro; mas casi nunca imaginamos que de un acto extraviado o de omisión o culpa de nosotros mismos; pero si somos capaces de someternos a un examen más vivo, más a fondo, más sincero, si logramos no dar vuelta ante el temor que es natural que cause la verdad, y no nos detenemos en donde comienza la de nosotros, siempre, siempre acabaremos por

conocer que el punto ulcerado que nos da la dolencia se halla en nosotros mismos, no fuera de nosotros.

A la acción en que consiste la advertencia de esta úlcera, sucederá de inmediato un sentimiento de conmiseración, el cual será tanto más profundo cuanto con mayor realidad nos contemplemos, y tanto más eficaz, cuanto con más profundidad. Y ante este conocimiento, ante esta contemplación, el sufrimiento seco, duro, impío, se humedecerá, se ablandará, se hará misericorde y, redimiéndose por los ojos, nos procurará tal alivio que, si una sola vez lo comprobamos, ya en adelante nunca más dejaremos de acudir a este remedio.

Un dormir hondo y plácido, como de justo sin mancha, con manos aún más blandas que la temperatura de las entrañas del capullo de una planta a la sombra, descolgó las cortinas y curó los capullos de mis párpados, y quedé como un muerto reciente que reposa en el seno del Señor.

Así quedé como digo, sin nexo ni tener que contar, sin noticia ninguna de lo que acaeciera, desde esa hora, hasta la décima, y acaso un poco más de la mañana.

Nadie me despertó. Yo solito volví, bostezando, desde quién sabe dónde, tan lejos y tan hondo, que ni con la memoria ni con la imaginación puedo tan sólo volver a acercarme siquiera a la boca de aquel pozo, o camino, o caverna sin orillas ni fin.

La vuelta consistió en un irse reduciendo de lo infinito, ciego e impalpable. Primero se marcaron mis espacios con límites borrosos como nébula intermedia que casi no se tienta; en seguida, los límites se fueron condensando, y fuese construyendo un escenario cada vez más concreto. Sábanas, dedos, sonidos, suelos, techos, paredes, dientes, tíos, desayuno, zapatos, espaldas y bostezos. ¿Qué hora sería? Miré a mi alrededor, ya todos se habían levantado; el panorama que los ojos recorrían era de catres solitarios. Acaso los ex ocupantes se encontraban ahora desayunando, allá en el comedor. Empecé a vestirme atarantadamente, con cierto sobresalto, con quien sabe qué recelos imprecisos traducidos en una no explícita nerviosidad, en algo como el temor de llegar con retraso a alguna parte y a algo como una obligación urgente. De un punto me acuerdo ahora con rara claridad. Estaba yo luchando ya con no sé qué enredos y trapacerías que en forma de costuras, trabazones y repliegues de mangas de camisa se oponían a la empresa de salvarlos, que intentaban mis brazos; no podía sacar mis manos al otro lado de las embrolladas mangas, y en esto, y de repente, me quedé agarrotado y para-

lítico, en actitud de estatua que aparece parada en el momento en que pretende y no consigue meterse en su camisa. Los brazos en cruz, muy diagonales, apalancados contra las atoraduras por desatorar, la nuca restirada, doblugada la barba, la camisa enarbolada como chaqueta de espantapájaros, y la cabeza a medio asomar por la abertura en ángulo de entre los pechos del trapo. Y me quedé así, porque, como una real pedrada, cayó sobre mi vida el recuerdo de lo que había intentado la noche retropróxima. Y estando así, en esta posición de estatua de metido en camisa de once varas, y sintiendo que también el alma mía, andaba mal metida en camisas tortuosas de muy dificultoso desenredo, alguien, yo pensé que era el diablo que ya venía por mí, posiblemente queriendo aprovechar aquel instante en que mi albedrío parado y mis camisas confusas me impedían escapar, empezó a remover los indescifrables pliegues, hasta llegar a sentar debidamente sobre mi tronco inmóvil mi sepulcral camisa; mas cuando por la ubicación de los botones se enteró de que había sido puesta de revés, se rió y me preguntó si aún dormía.

Ay, comprendí, esta voz es la de la tía Lina, la tengo a mis espaldas, sin duda se propone echarme en cara mi vergüenza; pero no hizo nada, nada, con exclusión de acabar de colocarme la camisa, ir y verter una poca de agua en el lavamanos, e indicarme que, si no me apresuraba, tal vez ya no alcanzara a tomar mi desayuno con los otros.

La figurita tenue y sideral, dejó, al retirarse, una suerte de asombro, una mixtura de sombra y de silencio. Su silueta, adentrándose en el aire encandecido que se encendía allá afuera, se adelgazó invadida por el fulgor del día que acosaba y vencía los contornos. Su sombra, que también imprecisa se tendía sin figura concreta por el suelo, tardó en perderse un poco más que ella, y mientras se desvanecía del todo, acá, dentro del cuarto, un juego como el del movimiento de los haces de luz proyectados por unos fanales inciertos, cruzando y descruzándose, conmovió la penumbra. Y así como, cual de ella, sentí yo que se incorporaba y penetraba en la luz exterior y libre, de mí, me pareció que me quedaba encerrado detrás de una cortina de encerrada zozobra, todo acosado de confusiones y de incertidumbres. Y de aquí en adelante todo fue germinar pensamientos cortados y de aparición y desaparición muy brusca e irregular; surcar estados de ánimo de mínima estabilidad, dentro de los cuales, mal se edificaba un repentino boceto de esperanza, cuando con movimiento de racha o tajo de sable blandido horizontalmente, un filoso temor, asimismo repentino, me lo cercenaba, para dejar lugar a un

hondón de calosfrío y sobresalto. Porque en realidad me resultaba harto desconcertante la manera de actuar de la tía Lina. Largas y minuciosas habían sido las horas que yo permaneciera haciendo conjeturas, me parecía haber agotado y comprendido, dentro del número de mis suposiciones, todas las formas de reacción bajo las cuales, su espíritu ofendido se desenvolvería; pero he aquí, la tía Lina no estaba seria, ni irritada, ni pesarosa, ni cortada, ni indecisa, sino exactamente igual a siempre. ¿Cómo podría yo acertar a formular un pensamiento concreto que me mereciera fe y en el que hubiera probabilidades razonables de que se contuviera alguna realidad?

En el fondo, lejanísimo, embrionario, como desde lo más remoto de su galería en espiral hacia adentro menguante, un caracol iría saliendo; de esta manera el gusanillo de una rudimentaria esperanza, consistente en que, por ventura, acaso la tía Lina no hubiera llegado a identificar a su asaltante, o a volver de su dormir lo suficiente para entender que no había estado soñando, asomaba en el centro de las concepciones mías su cabezuela; mas no asomaba más, porque no hallaba ni la más mínima razón que le diera sustento y la alentara a seguir apareciendo. En efecto, no quedaba lugar a la esperanza, y sin embargo quedaba, y, no obstante...

Ahora, uno venía entrando, uno de quien aún no nos hemos ocupado: Fulán, el cual, a su debido tiempo —así lo espero—, nos dará buenos ratos. Venía buscando un lápiz tinta y un apunte que tenía escrito en un sobre, que no los podía encontrar.

—Qué demonios. ¿En dónde —se decía a sí mismo— habré puesto mi lápiz?

Y luego:

—Tú, Catito, ¿no has visto por ahí uno, casi entero, más o menos doce veces más largo que éste; pero verdecito, con un guardapuntas medio masticado, y un casquillo rojo? Ah, ahora recuerdo; creo que se lo he prestado a Andrea.

Dicho esto, y sin dar lugar a que yo le respondiera, fue saliendo en busca de la tía Lina —no hay que olvidar que se llamaba Andrea—; pero antes que alcanzara a salir, ella entraba. Él hizo por encararse con ella y, desde luego, con llaneza tan grande, como cortesía y respeto, le preguntó por su lápiz. Ella hizo como si no lo oyera y prosiguió de largo. Fulán la fue siguiendo con los ojos, y cuando la vio dar vuelta camino de la sala, hizo semblante mudo de extrañeza.

—Habrás visto —exclamó—; ¿qué tiene que ver que uno pregunte por su lápiz? Si no es que se lo reclame, es que lo necesito.

Luego substituyó este gesto con otro, y el substituyente equivalía a algo así como si dijera: ¡Qué le vamos a hacer, al fin, qué tanto vale un lápiz!

Esto último lo expresó, valiéndose de un ademán que hizo anteceder por otro más ligero y que, como que le sirvió de transición y nexos, entre los dos primeros cargados de extrañeza y untados de contrariedad, y el cuarto ya sin carga, aligerado y casi sonriente, con que daba a entender, sin proponérselo, que no sólo a un efímero lápiz, pero también a una máquina de escribir y aun a un linotipo, sería capaz de renunciar, si los poseyera, sin pena, por la tía Lina, y eso, desinteresadamente, sin esperar en cambio ni el negro de una uña.

Con Fulán ascendía ya a dos el número de las personas a quienes, yo —que ante el sólo pensamiento de topar la primera había temblado y palidecido tanto— miraba frente a mí aquella mañana. Y no dejó, aunque también de extrañarme, de parecerme bien el estado de normalidad que acusaban tanto el cariz de él como el de la tía Lina. Es indudable que si mi buena fortuna no hubiera determinado de este modo las cosas, yo me habría visto permanecer en crudelísimo trance, y no sé cómo ni de dónde habría podido sacar fuerzas para decidirme a salir con mi cara desvirtuada a reunirme con los demás. Pero, pues ya había visto dos, y entre estos dos a la propia tía Lina, y el cielo aún se mantenía arriba, y el pavimento abajo, y los muros en pie, y el aire inofensivo y sosegado, era claro —poco importa que yo nada entendiera—, mi buena estrella permanecía aún conmigo y yo podía confiar en ella. Y me sentí invencible y seguro, y desdeñoso, y no como un culpado ante una muchedumbre, más como un altivo héroe, satisfecho, engreído, y echando piernas y ostentando rostros, salí tras de Fulán y vine saludando a cada uno, a mi parecer, con gran desenvoltura, persuasión y buena gracia.

A la hora de mi entrada al comedor, ya ocupaban la mesa, las personas de la segunda tanda... Perdón, me he expresado como si estuviera hablando con sibilas, o magos, o adivinos, y como si cada hijo de vecino estuviera puesto en antecedentes y poseyera ya los necesarios para entender qué es lo que quiero decir con esto de la segunda tanda. Bien, a este respecto debo decir que la casa de mi abuela no era ningún palacio, no; la pobrecilla de mi abuela era... pues, precisamente ahora mismo acabo de implicarlo dentro de este diminutivo que me ha sido dictado por el cariño y buen recuerdo que de ella guardo, pobre, bastante pobre. Todo su patrimonio estaba constituido por

una casa, ésta en la cual vivía, y un mesón situado en la calzada. Y no tenía ya nada más. La historia de su hacienda fue una de éstas en que a la muerte de unos padres ricos —mis bisabuelos— quedan varios hijos, unos ya maduritos y jugados, y otros todavía muy niños e inexpertos. Esa circunstancia, casi siempre produce como consecuencia la de que la mayor parte de los bienes familiares sea absorbida por los mayores, y que a los más chicos no se les entreguen sino las migajas.

Más tarde mi abuela se casó con un comerciante que entendía su negocio, pero que como gastaba el dinero con tanta facilidad como lo ganaba, al morir no dejó nada, solamente la casa, unos cuantos objetos, algunas mercancías y una nimiedad en efectivo. De este modo quedó mi abuela desde que enviudó, y para mayor quebranto, sobre ella recayó toda la carga de cuatro hijas mujeres y dos pequeños varones; yo no sé cómo pudo arreglárselas para llegar con bien hasta el tiempo en que mis tías fueron casándose.

Para la época en que ahora vamos de esta relación ya se habían casado tres. La menor, ya no tan joven, aún permanecía soltera, según decían las malas lenguas, por su culpa; porque, en honor a la verdad, era bonita; mas estaba muy engreída de ello, y de los tres o cuatro pretendientes regularcillos que se le habían presentado, ninguno había llegado a parecerle bastante para ella. “Seguro espera un príncipe”, oí decir un día, no hay para que mencione a quién, y su interlocutora, a quien tampoco he de mencionar, ya que todos los interesados todavía viven y podría resultar un chisme de mi indiscreción, contestó: “Lo que va a pasar con X es que se le va a pasar el tiempo, y cuando ella advierta que ya no hay quien le haga caso, y se resuelva a casarse con cualquiera, ya no va a encontrar con quién”. No resultaron las cosas de este modo exactamente. Tía X se casó; pero ya muy tarde y con un triste vejete que se murió a poco. Muy merecido fin. Y en cuanto a los dos varones, eran muy jóvenes entonces, esto no le hace; pero ambos carecían de espíritu de responsabilidad. Uno, el mayor, era soltero, tenía novia y con todos sus veintidós años a cuestras, todavía andaba de aprendiz, ganando una verdadera bagatela que ni para vestirse le alcanzaba. Y el otro, yo no sé, parece ser que a los dieciséis o diecisiete años dio un mal paso, no tan solitario que Dios se viera en la imposibilidad de bendecirlo; la prueba está en que lo bendijo, y los padres de la chica —otra persona más a quien tampoco he de nombrar— llegaron a notar la bendición, y arreglaron las cosas, sin disgustos, sin violencias; pero como debe ser, por la Iglesia y el Estado, y he aquí a mí tío que,

cuando yo tenía doce o trece años, y él veinte o veintiuno, ya era hombre de obligaciones desde hacía cuatro, cinco o seis años, y todavía no sabía trabajar, y allí andaba, casi siempre entrado en copas, pasando una temporada en casa de mi abuela, otra en casa de alguna de mis tías, y otra en casa de sus suegros. Y así siguió hasta que murió, precisamente de una enfermedad en el hígado. Dios lo tenga en el cielo.

Pobrecilla, repito, pobrecilla de la ídem de mi abuela. Ceguezuela, muy anciana, sentada hora tras hora en una de éstas que llaman sillas bajas, sobre cuyo asiento de mecate estaba puesta una cobija doblada cuatro veces, y sobre la cobija una zalea parda y negruzca de borrego, con que se amenguaban los cansancios de su larga inmovilidad. No gozaba en su vida sino de una variación: cada tarde, después de la merienda, mi tía la soltera, tomándola del brazo, la ayudaba a ponerse en pie y la conducía a que diera unos pasitos a través de las piezas, con objeto de que se distrajera un poco y se desentumiera. De esta recámara en que digo que estaba ella recluida, compañeras y borrosas se dirigían ambas a la sala sin luz, mejor dicho, sin otra luz que la que iba quedándosele, así como olvidada, a la tarde ya en marcha, ya muy lejos y ya casi perdida a lo largo de la senda irreparable que parece enterrarse y perderse tras los montes, mas que de hecho cae y se empequeñece y evapora, en el abismo sin árboles, ni piedras y sin cosa que se abre tras la espalda del tiempo. La sala era mediana; su mobiliario consistía en un ajuar de sala de asiento de bejuco, una mesa de centro, dos rinconeras, cuatro cuadros de ancho marco dorado, dos espejos y un petate de estrado. (Lo llamo así para usar la misma denominación con que son pregonados por los indios que los fabrican y venden.) En seguida, desandando lo andado, volvían a la misma recámara de donde habían salido, y torciendo un cuarto de vuelta, seguían una línea que con la que habían ya andado formaba ángulo recto, y cruzando la fila de recámaras, que eran tres en total, llegaban a otra pieza, y ésta era el comedor casi jamás aprovechado, porque de ordinario, para abreviar el quehacer, mi tía X, la soltera, y mi tío Lalo, el soltero —y novio y aprendiz—, comían en la propia cocina. Y del comedor tornaban, y la viejecita, sintiéndose más rejuvenecida cuanto más agitada, se restablecía en su asiento y allí permanecía hasta la hora en que se recogían y encerraban para entregarse al sueño.

La casa de mí abuela estaba, en fin, acomodada para la asistencia de sólo tres personas, sin hacer mención de criada, porque, aunque por excepción algunas veces sí, ordinariamente no podían permitirse el lujo de tenerla.

Bien es verdad que el comedor y una alcoba en cierto modo les salían sobrando; pero si ahora recordamos, si todavía no hemos olvidado el asunto en que estábamos, y atendemos de nuevo al número a que ascendíamos los que para aquella sazón nos encontrábamos allí refugiados, fácilmente se entenderá que las dificultades y estrecheces que padecíamos en todos los órdenes, se hacían también sentir a la hora del comer. De manera que era necesario que acudiéramos a la mesa en dos turnos o tandas, como referí, hará unas ciento y tantas líneas, de esta escritura angosta y apretada que vengo trazando con mi propia mano, que, cuando esta historia sea trasladada a las formas de imprenta, no sé en cuántas se convertirán.

...Y yo venía entrando. Y por mucho que lo haya encarecido, el desenfadado con que entraba, no fue, en realidad, tan verdadero ni completo, que legítimamente pudiera comparársele con el que era natural y propio en mí todos los días. Por fuera sí, por fuera bien puedo decir que hasta sobrepasaba al ordinario; pero por dentro venía hecho todo ojos, recelo y desconfianza, ya que por mucho que valieran para tranquilizarme los semblantes de los rostros de la tía Lina y de Fulán, todavía me quedaba por averiguar si entre los de todos los otros no había alguno en que pudieran descubrirse síntomas contrarios. Desde luego, localicé a mi padre. No tenía frente a sí, vaso con leche, ni taza con café con leche; tal vez ya había desayunado. Ahora desdoblaba su navaja. ¿No estaría disponiéndose al trabajo de emparejar y ornar una tablilla? ¿Una que, aunque no se descubría, hubiera, de momento, con objeto de contar del todo con sus manos para abrir sin embarazo la navaja, dejado por ahí, en parte y de modo que la mesa interpuesta impidiera a mis ojos descubrir?

Otra a quien me importaba mucho semblantear era a mi tía Gila. Sería, metida en ropa oscura, el mirar afilado y las manos ocupadas en portar una charola con trastes y cucharas y bolillos, aquí puso una jarra con leche, allí una cuchara, más allá unos vasos, y en todas partes, panes. Mi padre tomó uno, lo acercó hacia sí y lo partió en rebanadas. Tomó después la jarra de la leche, llenó un vaso un punto sobre la mitad, y yo entendí que en todo aquello no había cosa que indicara desdichas ni tablillas.

Ya volvía la tía Gila. Sentóse en una silla vaga que estaba frente a mí, entre otras dos igualmente sin dueño, invitó a Fulán a que se sentase en una de ellas, y la tía Lina, que estaba ya a la mesa, quedó junto a Fulán. Fulán se colocó naturalmente. Traía unos papeles en una de sus manos, y antes de empezar el desayuno, con una colillita de lápiz tan mezquina que apenas se podía aga-

rrar, con mucha aplicación y humildad trazó unas líneas, no más de dos o tres, de escritura. Y parecía dispuesto a escribir más; pero yo creo que le faltó la punta, pues sacó una caja de cerillos y con uno de ellos tatemó la madera de su lápiz. Válgame Dios, era conmovedor el espectáculo que ofrecía Fulán. Por milagro no se quemó los dedos, sólo se los calentó. Y pensar que tenía un lápiz entero, tinta, al cual se le podía afilar todavía, muy primorosamente, muchas veces la punta. Luego tiró el cerillo, enfrió con unos soplos de su boca la madera quemada, y con las yemas de sus dedos remolió el carbón y logró hacer aparecer, como sobre un muñón, una partecita de puntilla. Y lo peor de todo fue que apenas la apoyó para continuar su apunte, la puntilla ya sin sostén se desprendió de la madera, no rota, sino suelta; pero Fulán valía la pena, no se desanimó y con la puntillita sola, como pudo, acabó de escribir lo que quería.

La tía Lina, yo no sé, no lo vio, no quiso verlo o se hizo la desentendida. Quienquiera que fuese, hechas las excepciones de un innato gángster o de un conquistador, habría sentido alzarse, categórico, dentro de sí el imperativo de restituir el lápiz a aquel pobre que, además de estar dando tan patentes muestras de necesitarlo tanto, era su legítimo dueño. Lo debido hubiera sido que la tía Lina se lo devolviera, o ya que lo hubiera perdido, o puesto en un lugar de donde le fuera muy difícil extraerlo de momento, ofreciera a Fulán una disculpa o una explicación. No que se callara o hiciera como que no veía. Lo del comedor no me autorizaba a sentenciarla, porque bien podía ser que ella anduviera en la luna real y verdaderamente; pero no es creíble que cuando en la recámara fue abordada por Fulán, tampoco lo viera ni lo oyera, pues la tía Lina no era ni tantito así, sorda ni ciega, y Fulán estuvo mucho más vecino a ella que a mí en aquel momento, y yo claritas, claritas, como si las estuviera recordando en mi memoria, después de muy bien aprendidas, oí sin perder una sola, cada letra y cada sílaba que dijo. Y mi tía Gila hacía cara de que quería acordarse de algo. Y, efectivamente, lo recordó, y volviéndose hacia la tía Lina, “Andrea”, le dijo, de modo que los soplos que informaban sus palabras pasaron a menos de tres centímetros sobre la nuca de Fulán que la tenía inclinada, para alcanzar a sorber unos tragos del, a juzgar por el tiento y cuidado que ponía en tomarlo, acaso un poco en demasía caliente contenido de la taza. “Andrea, tú me prestaste ayer un lápiz, ¿no es verdad?”

La tía Lina, con visible embarazo como quien se ve obligado hablar de lo que no desea, tardó un poco en acudir con el semblante hacia donde la lla-

maban, y se volvió indecisamente y con marcadas muestras de contrariedad, y sin hablar, como si se tratara de un secreto de Estado, hizo oscilar afirmativamente la cabeza.

A la tía Gila no le pasó inadvertido esto y penetró un poco a través de las capas de la tía Lina. Y quiso ser discreta y no dijo ya más, pero se levantó y no tardó en volver, y antes de sentarse se encaró con la tía Lina, diciéndole.

—Oye, Andrea, yo anoche dejé tu lápiz sobre la papelería de Quirino, y ya no está, ¿tú lo tomaste acaso?

Allá del otro extremo fue saliendo Epaminondas, uno que no cantaba mal, uno que rara vez dejaba de usar lo que encontrara a mano, parecía que toda cuanta cosa ajena se ponía a su alcance, le era necesaria; a una corbata, a una camisa limpia, a un libro, a una regla, a unas tijeras, a un tornillo, a todo le encontraba uso, y lo más curioso era que nunca se quedaba con nada, en cuanto se lo pedían, o en cuanto se preguntaba por el objeto desaparecido, él, Epaminondas, lo devolvía. Ahora dijo:

—Ah, ¿un lápiz?, aquí está, yo lo tomé hoy en la mañana porque se me tapó la pipa, y no me acordé de reponerlo en el lugar en que estaba cuando lo tomé.

Y vino muy solícito y muy atento y zalamero a entregarlo a mi tía Gila:

—No es malo este lápiz; como es delgado y tiene la puntilla dura, no se rompe y cabe perfectamente en el conducto de las pipas.

Mi tía Gila lo tomó, y no le fue posible reprimir por completo una sonrisa, al ver el lápiz que se le devolvía, pues los cuatro dedos de puntilla monda que ostentaba, daban a entender muy a las claras, la veracidad con que se había producido Epaminondas, al declarar el uso en que había usado el lápiz.

Entretanto, Andrea, que no acertaba a salir de su embarazo, como deseando poner fin al incidente, tomó el lápiz antes de que se lo ofrecieran y con visible azoro; pero luego, de acuerdo con la indecisión de que estaba poseída, volvió a ponerlo en las manos de mi tía Gila, y con tenue y vacilante vocecilla, le dijo:

—Si no es mío, es de Fulán; devuélvaselo, por favor, usted misma.

Ah, y cómo quisiera yo, poder trasladar ahora aquí en un fino dibujo, como un leal espejo, o como una cinta cinematográfica, las figuras que iba haciendo Andrea, de modo que el lector pudiera verlas ciertamente, vivamente, exactamente, y que no se perdieran; porque aunque es cierto que mientras tenga vida yo, éstas no han de perecer, también lo es que yo no he de vivir eterna-

mente; pero éste sería asunto, por una parte, de arte distanciado, muy diverso, más concreto y tangible que este mío, y, por otra, empresa para un entendimiento de una altura a la que vanamente intentaría yo alzarme. Ahora bien, era evidente que la tía Lina obraba así en virtud de causas mucho más dobladas y de mayor cuantía que estas sencillas y pequeñas que por fuera se veían.

Miremos a Fulán tomar su lápiz, más bien como un autómeta lejano y sin vista hacia las cosas terrenales, que como un encelado demandante apegado a sus bienes y ansioso de recuperarlos y guardarlos, no parándose a mirar si se lo restituían con o sin guardapuntas y, además, con semejante punta echada fuera y tan pelada como sus propios ojos, que por más que se salían y afilaban, nada de lo que estaban viendo lograban comprender. Nadie osó insistir más sobre este asunto; en este punto lo dejaron todos. Según pienso, mi tía Gila perduraría diciéndose para sus adentros: “Sabrá el Señor qué lío se traigan éstos”; Andrea aceleró sus actos y se ausentó tan pronto como pudo; Fulán, perdido y sin concierto, interrogaba al aire así como diciendo: “Si le pica una pulga, que lo diga, y, si no, ¿qué es lo que aquí pasa?”; y yo, no sé, aunque empezaba a persuadirme de que los vientos que esperaba ya no me turbarían a mí, por primera vez en mi vida me sentí pequeñito, pequeñito y como temeroso de que la carga que correspondía a mis hombros, fuera a cargar su peso en otros que no lo merecían.

Desmadejado y flojo, sin dolencia concreta; pero tampoco alegre, salí del comedor, y, cuando no esperaba, me descubrí acechando por ver si sorprendía en la coyuntura de un descuido algo más definible y que me ayudara a poner un poco más en claro, algo de lo de la intimidad de la tía Lina.

Después de varios trazos, asomos y rodeos; de pie, frente a un espejo portátil, colgado provisionalmente y quizá por ella misma en el saliente del pestillo o pasador de la ventana, la localicé en la sala, a través de la puerta casi totalmente entornada que daba al corredor. Y lo extraño era que a aquella hora todas las mujeres andaban trabajando; con mayor o menor celeridad, cuáles en la cocina, cuáles en el lavadero, cuáles en alzar la casa, cada una se afanaba y no había una sola ociosa. Hasta a más de un varón vi ayudando a acomodar las colchas. Sólo la tía Lina se exceptuaba, sólo ella, en vez de cooperar, se divertía. Qué casualidad, además, que de todos los lugares de la casa, ella había ido a elegir el único en que se podía permanecer hurtado y con probabilidades de no ser advertido.

En efecto, en casas como la de mi abuela, en donde por todas partes se

ven las dentelladas que la pobreza ha ido tirando silenciosa, en donde no hay un ajuar completo, una cortina sin remiendos, una alfombra sin agujeros, un candil al cual no falten algunos prismas, un marco sin desdoros; mediante un mecanismo en que obran paradójicamente las vanidades y las resignaciones, se acaba casi siempre, de una parte, por guardar en la sala lo mejor que ahora resta, y de otra, por cerrarla. Así, dentro de lo posible, queda a salvo el decoro, y las visitas, todas estas personas y grupos de personas que ahora ya no vienen, se irán, no conociendo que aquí hay sillas sin patas, mesas flojas, tibores remendados, catres rechinadores y espejos oxidados.

De este modo, la sala de la casa de mi abuela, no obstante haber llegado a ser prácticamente superflua, era tenida en cuenta y atendida con singular esmero, tanto que por no gastar, mejor dicho, por ver de prolongar la duración de sus enseres, solamente era limpiada una o dos veces por semana. Y de esta tarea se ocupaba siempre mi tía la soltera, en persona, y con sus propias manos de modo que hecha su excepción y la de mi abuela, nadie podía entrar allí sin causar la impresión de estarse saliendo del huacal. Y así, quizá creyendo poder pasar inadvertida, la tía Lina había compuesto allí su provisional y elemental *boudoir*.

Razones que, si llega a presentarse la ocasión, iré haciendo saber, me tienen persuadido de que la tía Lina escogió aquel lugar, no irreflexivamente o por azar, mas persiguiendo un fin, con cauteloso ánimo, y con propósito consciente y bien determinado.

De momento no hagamos más trabajo ni nos metamos en otras investigaciones, que acordarnos cómo encontré la puerta. Ya está dicho, la encontré casi totalmente entornada, abierta en medida a simple vista insuficiente para dejar paso al cuerpo de la tía Lina. Sin duda entró y desde dentro volvió a juntar las hojas. Ciertamente después —ya se verá cuándo— a mí me fue posible entrar sin removerla; pero no es lo mismo. La tía Lina también era delgada, sí, no puede negarse que también era delgada; mas en ninguna manera como yo. A mí me decían *el Popote*, y ella, a lo más, podría equipararse con un junco. Debo añadir también, que así como la alta hierba no puede estar al viento sin mecerse, a ella le era materialmente imposible ejercitarse en más de un paso sin cimbrarse; al andar ondulaba, ondulaba muy melódicamente, y, es claro, un objeto que oscila, que no puede sustraerse al vaivén mientras camina, para poder colarse a través de una abertura necesita una más amplia que uno rígido, inelástico, carente en absoluto de flexibilidad. De

otro modo no entra, y si está dentro, es que después de entrar volvió a juntar la puerta. Tomemos un ejemplo práctico, objetivo. Se me ocurre un borracho, uno de estos que encontramos a veces que van haciendo cruces. Recojamos su anchura, traslademos su cifra a la franja dejada entre las movibles hojas de una puerta; apuntemos el cuete (como les llama el pueblo) en derechura hacia la puerta, soltémoslo. ¿Qué acontece? Sería insensato imaginar que gana el otro lado sin ampliar la abertura. No sé explicarlo más; pero insistiendo sobre el punto que pretendo aclarar, o sea que la tía Lina penetró en la sala, no con simplicidad o por candidez, sino a hurto y proponiéndose impedir ser vista o importunada, añadido el argumento de que en dicha sala la iluminación era har-to vaga y muy escasa e impropia, y desde cualquier punto de vista, insuficiente para los requerimientos de una dama que va a hacer su tocado.

Otrosí: no desató sus trenzas, no hizo uso del peine, no se untó crema, no alisó sus cejas, no peinó sus pestañas, no abrigó sus labios ni se apartó un espacio del espejo para darse a apreciar en su conjunto el bien que obtenía con su labor, nada más una vez.

Yo anduve vigilándola durante quién sabe cuánto tiempo, y aunque desde fuera no la podía acechar a todo mi sabor, a causa de la idea consistente en que, desde el momento en que ella dejara de sentirse sola, se conduciría ya sin espontaneidad, y, asimismo, de no sé qué íntimo tabú, me resistía a entrar. Y como tampoco podía pensar sin recelo en que alguno llegara a sor-prenderme e imaginar que andaba espionando, con mira de evitarlo, de tiempo en tiempo me retiraba un poco de la puerta, y hacía como quien sólo pasea, e iba ya a una parte, ya a otra, para luego tornar, y si lo creía oportuno, echaba un vistazo, y, si indiscreto, dejaba atrás la puerta y no usaba mi vista sino hasta la siguiente vuelta.

Ya he dicho que no sé cuánto tiempo transcurría entretanto. Y así es la verdad, ya que teniendo yo embargada toda mi atención por mi acecho, el tiempo pudo darse el gusto de pasar sin ser visto ni oído. Y según entiendo, debió pasar bastante; ya hasta empezaba yo a distraerme en actuaciones de menor cuantía, cuando, en medio de uno de los lapsos, se me ocurrió una idea, la cual se apoderó de mí en tal forma y de manera tan instantánea y cate-górica, que no oso distinguirla de su conversión en acto. Y lo que hice fue entrar a hurto, y colocarme sin que ella me notara, junto a ella.

De la puerta, en línea recta, aprovechando, a fin de no mover la luz, la variación causada por una nubecilla que durante un parpadeo y pico se inter-

puso entre el sol y el terreno que ocupábamos, sin titubear un punto, llegué y tomé asiento en un entre banquillo y silla, que como no tenía respaldo también solía usarse como mesa de centro y que justamente con tal carácter se encontraba a la sazón en medio de la estancia.

Suponiendo que yo haya alcanzado al caminar la velocidad de dos brincos y medio por segundo, o pongamos que de dos, para usar números redondos y simplificar la cuenta, a contar del momento en que violé la puerta, no habrían pasado completos tres segundos, cuando yo ya me hallaba allí sentado. Y parecía, según supe asimilarme a la inmovilidad e idiosincrasia del ambiente del sitio, que era natural, nativo y familiar de allí, y que allí me tenían puesto desde el primer principio.

Quizá no habían transcurrido cabales, seis minutos desde que me situé allí, cuando a un movimiento del mal sujeto espejo, la tía Lina me vio aparecer copiado en él.

Ella había desatado sus trenzas por enésima vez, yo la observaba con tensa y tirantísima atención, como esperando llegar a condensar y convertir en perceptibles para mí las realidades subjetivas que sólo ella vivía. ¡Oh, si sus cabellos castaño-claros como la caoba tierna, fueran irradiaciones, o al menos emanaciones de humo del hogarcito de sus pensamientos! ¡Oh, si yo pudiera, a sombra de tejados, penetrar dentro de ella, como el espíritu de una de esas palabras que sin ser oídas entran, y entrar por un oído suyo sin que llegara a oírme, escurrirme a lo largo de todos los pasillos de su laberinto, mirar lo que allí había, salir por el otro y no abandonar la sala sino hasta cuando ya supiera con las que contaba y, por ende, a qué atenerme. No que, su cabeza y sus cabellos y sus manos y su pecho me eran impenetrables; pues por más que pugnaba, los rayos de mis ojos jamás llegaban a subir a rayos X, ni podía ver otra cosa que los movimientos de una que se peina. En momentos el peine se atoraba en algún enredijo, ella halaba entonces con más fuerza, y sus manos y el peine se disparaban un poco, con ese irse en seco que resulta cuando alzamos una cuba, imaginando que pesa mucho más de lo que pesa en realidad, o como cuando al saltar a montar sobre un caballo, calculamos mal y tramontamos y vamos a caer en desdichado ocaso al otro lado. Y en uno de estos zafamientos llegó a golpear un tanto las maderas de la ventana, y entonces fue precisamente cuando cabeceó el espejo, y dio lugar a que ella advirtiera mi presencia.

Los fenómenos de reflexión, que a éstos es a lo que es debida la pro-

ducción de las imágenes especulares, están sujetos a leyes un poco fuera, no creo que del alcance, pero sí del conocimiento de la mayoría. No ofrece ni una pizca de dificultad el comprenderlos; sin embargo, su explicación quedaría aquí un poco fuera de lugar. Lo que hace a nuestro caso podría resumirse con decir: En un espejo, si me ves, te veo. Y esto es de una condición de forzosa muy semejante a la de lo siguiente. No puede ser que tú veas que te veo, sin que al mismo tiempo yo mire que me miras.

Así, yo supe que ella me había visto en el espejo desde que yo la vi a ella. Fue un relámpago. “Será mi otra vida”, supongo que exclamaron al unísono los varios yoes en que se descompuso la unidad del suyo, a causa del espanto. “¿Cómo es que todo ha dado en sucederme como por vía encantada?” Y atónita y con álgido resuello, como si atrás tuviera un tigre, y sobre el seno, ante el peligro un hijo de su vientre, se volvió encubriendo y defendiendo con los brazos en cruz, como de un zarpazo el agitado pecho.

Y ahí me vio, y yo me hallaba, si así puede decirse, emanando inofensividad —mis eternas dos caras.

Tratando de reproducir ahora en mis ojos la mirada que entonces adopté, la sensación que logro es la de que en ellos estaba el modo de mirar de la pollina sobre que entró Jesús en Jerusalén, el Domingo de Ramos, según la plasmó la angelical ternura de Fray Angélico, y mi boca, por fuera, apenas una línea más sonriente que los paisajes infrapolares doscientas horas antes de la primavera; pero por dentro, como un costal de arroz a punto de romperse y soltar toda la innumerable copia de remedos de dientes de sus granos.

Dios me ayudó, y entre los dos logramos que no se me escapara ni uno solo. Y a su tiempo, después que se cumplieron los movimientos de reajuste y acomodación adentro de su espíritu, la tía Lina me preguntó perpleja:

—¿Cómo es que estás aquí?

Yo no había pensado antes en lo que me preguntaría, ni tampoco, es claro, tenía preparada una respuesta, de modo que con el sólo instinto y la rara habilidad para mentir con que yo cuento:

—Tía Lina —le repuse—, me persigue Fulán. Aquí a este lugar, adonde no debemos entrar, he llegado, porque temo encontrarme con Fulán. He roto uno de los frascos con sulfato de cobre que él usa para sus ejercicios de telegrafía. No sé qué cosa hacer. Él anda regalándome siempre chacharitas, y yo he roto uno de sus frascos. Tía Lina, a ti él te quiere mucho. Yo lo he notado extrañamente triste últimamente. ¿Cómo no le dices que tú se lo rompiste? Ya

has visto lo del lápiz; todos en este asunto, están de parte suya. Todos dicen que tú no has hecho bien. Pero él está contigo; nada menos hoy en la mañana, hablando a medias para sí y a medias para mí, estuvo suspirando que si tuviera dinero y tú se lo pidieras, te regalaría no sólo un pobre lápiz, sino una pluma fuente de oro, dos lapiceros de platino de esos que tienen goma de borrar y todo, tres máquinas de escribir y tantas imprentas como tú quisieras.

Mientras hablaba, estaba yo mucho más atento a brujulear su ánimo que a hilvanar lo que iba escurriendo de mi boca, y fácilmente comprendí que la tía Lina no se interesaba en mi fingida cuita, y acaso, por de pronto, tampoco en las referencias que le hice de lo privativo de Fulán; un poco abrió los ojos a la alusión que, como no queriendo, deslicé, relativa a nuestra entrada a aquel lugar vedado; pero lo concerniente al lápiz la obligó a engullir un delator traguillo de saliva.

—¿De manera —exclamó— que se ha hecho motivo de conversaciones el suceso del lápiz? Y dime, ¿qué es lo que saben del lápiz?

—Saben, le informé, que Fulán te prestó un lápiz tinta fino, casi nuevo; que tú, siendo dueña de la mitad de un rancho, y conociendo que él es un pobrecillo que no tiene un centavo, todavía te oponías a restituirlo; que si el lápiz volvió a las manos de Fulán, fue en contra de tu voluntad y sin recibir, de parte tuya, la más mínima muestra de cortesía ni de reconocimiento y que, sobre todo esto, aún no le has devuelto el guardapuntas... Ah, y otra cosa, todos están conmovidos con el espíritu de renunciación que ha permitido a Fulán no reclamarte ni decirte nada acerca de la desnuda punta.

—Pero es que... pero si... Y ese... bueno; ese Fulán, ¿qué dice?

—Nada; ya te he explicado cómo anda extrañamente triste. Hoy en la mañana, un poco después que abandonaste el comedor, mientras todos hablaban, opinaban y se deshacían en conjeturas, él permaneció callado, absorto y como suspendido en otros más preciosos y más graves y tristes pensamientos. A su tiempo, uno tras otro, fueron saliendo todos; y Fulán permaneció ahí todavía por largo rato. Entretanto sucedió lo del frasco. Él miró los pedazos del vidrio, y el líquido, esparcidos por el suelo. Y lo malo es que cuando él entraba, yo salía. Y no supe qué hacer y vine a esconderme aquí; entré de espaldas, y no te vi, sino hasta cuando ya estaba dentro. Así que tú dirás. He oído preguntar por ti. ¿Que dónde estarás tú? Y que ¿por qué razón ahora que hay tanto quehacer, te escapas y te encierras, en lugar de ayudar a trabajar?

Asegurado que estuve de haber puesto en movimiento aquel espíritu, puéstole el dedo en la llaga y conseguido, en fin, quitarle algunos pelitos en que aparecía patente y ya incontrovertible que el resentimiento por lo que yo debía, tomando un sesgo erróneo no me apuntaba a mí y se enderezaba injustamente recto en contra de Fulán, del mismo modo que el que ha tomado un limón, y luego que ha exprimido el jugo que desea, lo pone al margen, di por terminado allí aquel trámite, y en seguida salí y fui a buscar a Fulán.

Ya sabía en dónde hallarlo, allá en el cuarto de las cosas viejas, que por estar situado en la azotea y ser muy reducido, se llamaba el altito. Dicho y hecho, a su umbral, lo encontré. Se hallaba sin zapatos, se los había quitado a fin de remendarlos y recoser las descosidas suelas. Ya había arreglado uno, trabajaba en el otro, y mientras martilleaba, silbaba aquella canción tan de entonces, llamada *La Valentina*.

Valentina, Valentina,
yo te quisiera decir;
una pasión me domina
y es la que me ha hecho venir.

La melodía de esta canción es medio irónica, muy acomodada al carácter zumbón de sus letras. Finge ser dulce; pero su dulce sabe un poco a burla:

Si porque me ves borracho,
mañana ya no me ves,
pues si ahora tomo tequila
mañana tomo jerez.

Muy bien, no tiene caso. Hay gentes cantadoras; aunque no canten bien, se entretienen cantando.

A Fulán le quedaron perfectamente sus zapatos. Parecía que los hubiera compuesto un zapatero. Verdaderamente, Fulán sabía de todo. En rigor, era un sin oficio, un medio vago, trabajaba sólo en ocasiones; aquí enmendaba una descompostura de la instalación eléctrica, allá lo llamaban a que reajustara una mesa, mas allá le encomendaban el arreglo de un despertador, en otra parte aderezaba una piñata, y no faltaba donde una señora le rogaba que llevase unos paquetes al exprés. Carecía de taller y poseía muy insuficiente

herramienta. Sólo algunas limas viejas, una garlopa, varios martillos, ciertas pinzas, un cacho de serrote, un berbiquí y algunos cuchillitos diferentes; pero él se acomodaba. También escribía versos, y tenía muy buena letra y sabía dibujar. Él propio hacía sus trajes, le quedaban muy raros; pero siempre era un mérito. Una vez se puso a tejer una corbata y no le quedó tan mal. Así, él vivía y se sostenía en un nivel intermedio entre la clase media y la de los sirvientes. Y como no tenía ambición era uno de esos que cantan mucho. Así hay que ser; sino que ahora la lucha es más difícil. Cada uno lo quiere todo para sí. No importa que no quede nada a los demás. No creo que ahora pueda nadie vivir por tal manera, y sobre ello, cantar.

Era ya el mediodía. El sol y no otro alguno, solito y sin concurso, asociación ni ayudantía, desempeñaba a conciencia su misión de iluminar y calentar el mundo. Todo aquel calor y toda aquella deslumbradora luz, que impregnaban el éter y transían el aire, procedían en total del sol, que en la punta del cielo, de cara hacia la tierra, se hallaba colocado, justamente colocado en el centro de los ejes de la bóveda celeste, por puntos tan exactos, que si se le entregara un hilo de plomada al sol a que lo tuviera entre sus dientes, éste, descendiendo, vendría a posarse con sorprendente precisión, precisamente encima de nuestras coronillas. Reverberaban las bardas y las azoteas; dondequiera que giraran los ojos, detrás de las cortinas de aire desigualmente calentadas, sólo hallaban objetos en temblor.

Fulán calzó sus pies, guardó sus herramientas, y yo carecía de inspiración y no acertaba a maquinar diálogo alguno; tan sólo logré sacar en claro, con relación a los asuntos que a mí me preocupaban, que Fulán era materia virgen, y que a pesar de los desdenes de que Juana Andrea lo había hecho blanco durante la mañana, no guardaba recelos, ni amargura, ni huellas, ni actitud, sólo inocencia. Por entonces, su ánimo no difería de la paz absoluta, o perfecta pureza y cabal simplicidad de la blancura de una hoja blanca en blanco, sino por la torsión de minúscula ironía y el sentimiento de leve suficiencia con que lo habían tocado, el éxito obtenido en la restauración de sus zapatos y el humor de la canción *La Valentina* que había estado cantando en tanto que los componía.

Y mi sueño de oro, la única agua con que creía poder calmar entonces “esta sed no saciada”, hubiera sido disponer una escena de contacto, entre el turbado golfo del alma de la tía Lina y las “corrientes aguas, puras, cristalinas”, de la de Fulán.

Pero en vano me devanaba los sesos; sería el calor del sol, lo cierto es que mientras él, en primer lugar y yo en segundo, descendíamos la escalera, la única imagen y las solas palabras que aparecieron por mi pensamiento, fueron ajenas, de Fray Luis, no mías:

Del monte en la ladera
plantado por mi mano tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

No siempre es dable rastrear ni se consigue aprender siempre las conexiones que puede haber entre la aparición de ciertos recuerdos y la situación o condiciones en medio de las cuales aparecen:

plantado por mi mano tengo un huerto.

¿Qué andaba haciendo aquello en mi memoria? Nunca lo hubiera descifrado, nunca, si, en seguida, al mirar a Fulán que tropezaba levemente y se veía obligado a bajar los postreros cinco o seis escalones con algún desequilibrio y precipitación, no prosiguiera yo, mi al parecer desconectada rememorización:

Y como presurosa
de ver y acrecentar tanta hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Estaba claro: ¿No hacía un instante que acaba de comparar el alma de Fulán con “aguas corrientes, puras, cristalinas”?; ¿no es una escalera, en cierto modo, una ladera, mientras se va bajando, y una azotea, un monte?; ¿quién, si está al rayo del sol no sueña “aguas corrientes”, huertos, árboles y “brisas que por los árboles caminen”?; ¿y no, finalmente, desde que tropezó podía decirse de Fulán, como de la fontana, “hasta bajar corriendo se apresura”? Y además, ¿no ahora convenía a mi propósito comparar a la tía Lina con

un huerto a donde, escurriendo del monte, bajarán las aguas —Fulán—, ya que yo deseaba que Fulán y ella se pusieran en contacto, a efecto de recrearme en las escenas que por esta virtud se produjeran?

Fulán logró llegar al suelo de pie y sobre sus pies; su primera providencia consistió en acudir con sus manos a registrar su calzado, por ver si no se habían perdido en un solo mal paso sus trabajos de casi toda una mañana.

Bendito fuera Dios, estaban como nuevos, no por su aspecto, por su resistencia. Con aquel arreglo tenía para no pensar en zapatos por lo menos durante cuatro meses. Él, lo que quisiera ahorita, sería hallarse en el principio de, y frente a una larga carretera y dedicarse a andar hasta apurar el goce de la satisfacción que era comprobar lo buenos que estaban sus zapatos. Lo que sí tenía que reconocer era que le faltaba un buen sombrero. Y esto sí, ni modo el que poseía ya no lo podía componer. Todo tiene su término: “Ven, Catito, tú eres testigo de que no lo estoy ponderando por pereza; mira, toma, acércate; mira qué sombrero tengo. ¿Piensas tú que un sombrero como éste sea susceptible de compostura?”

¿Cómo fue que aquella alusión, por medio de la cual Fulán dejaba traslucir los sentimientos de su inopia, y al mismo tiempo su deseo de no parecer del todo un pobrecillo, me hizo pensar en el demasiado espacio que la tía Lina había invertido en su tocado? No lo sé; pero advertí que entre ello existía una remota conexión, una conexión acaso tan remota, como la sutil, y por tan sutil y profunda, inaprehensible, que en teoría se dice que liga los diferentes sueños soñados por un mismo sujeto en diferentes épocas.

—Vamos a ver, Fulán —le dije procurando poner en mis palabras tal acento, que le diera a entender lo insignificante que me parecía (y esto con la intención de que él se desbordara) la falta de su sombrero—. ¿Y qué te importa a ti que tu sombrero esté un poco más o un poco menos maltratado? Yo siempre he visto que tú nunca piensas en tu ropa.

—Sí, eso es, a mí no me importa —dijo—; pero siempre, no te creas, si anda uno mal compuesto, aunque no deba nada ni se meta con nadie, lo desprecian a uno. Y, claro, ya sé que soy un pelagatos; pero de todos modos, una humillación, especialmente si es inmotivada, causa pena.

Allá venía Andrea, al parecer, chulísima, según ella misma. A leguas se advertía el singular esmero con que se había aplicado a su toaleta. De ordinario, cogía su pelo en una sola trenza, y sin otro que alguna delgada cinta de color, entremezclándola la remachaba, y con lo que sobrara de la cinta, hacía

un pequeño moño que servía juntamente de ornamento y nudo que impedía que la trenza se soltase. Ahora no, ahora traía partido el pelo con raya por el medio, y en vez de una, dos trenzas, y en lugar de sueltas y pendientes, se las había atado en corona a modo de guirnalda en torno a la cabeza, y en lugar de una cinta cualquiera de no importa qué color, usaba dos de muy selecta tinta y muy brillantes, morado obispo la una, y verde, ligeramente más alimonado que esmeralda, la otra, y ambas se entreveraban a lo largo de casi todo lo visible del elaborado círculo o corona, y tal vez a causa de haberse apretado y restirado con exceso el cabello, parecía que hoy tenía un sesenta por ciento del que ayer, y sus sienes se veían un poco más alzadas, y sus ojos un poco más oblicuos, las cejas parecían más acentuadas, más altas, más arqueadas y más brillantes, sus pestañas más filosas, sus mejillas más sonrosadas y su boca más diminuta y roja.

Y en cuanto al vestido, traía uno acabadito de cambiar, muy plisado, encintado y limpiecito, las medias muy restiradas, y las botas muy cucas.

Cada uno estará pensando que esto que estoy haciendo aquí es un panegírico; y no, nada más estoy tratando de expresar que se había arreglado un poco exageradamente, que se le pasó la mano, que se veía un tanto apayasadilla, algo así como una moza que del pueblo viene a la ciudad, y con tal virtud se arregla y hace tanto por ponerse catrina, que acá se nota, sin posibilidad de engaños, su real procedencia y tenía, no diré un viento, ni siquiera un aire, sólo un cefirillo suavísimo de personaje de pantomima, aunque como digo, no muy acusado, no; pero siempre algo.

Y traía un trapeador, y lo que hacía con él era hacer como que trapeaba. Yo creo que se conducía así para disimular, porque temía el qué dirán, a causa de lo que yo le acababa de decir que decían de ella, esto es, que en lugar de ayudar en las labores de la casa, se estaba oculta en sabe Dios qué lugar.

En cuanto vio a Fulán, dejó a descansar el trapeador en una esquina, y como Fulán quedaba de espaldas hacia ella, y ella suponía que de mí no tenía por qué cuidarse, no nos quitaba los ojos. Veía y veía a Fulán como enhechizada. En momentos, tal vez en aquellos en que se recrudescían en ella las vivencias y recuerdos de la imperdonable ofensa que se le había inferido, mediante un visible esfuerzo, miraba hacia otra parte, y se dedicaba, pongamos por caso, a arrancar las hojas ya del todo secas, y las semimarchitas, que manchaban con su tinta polvosa o amarillenta el verde juvenil y limpio de las

otras que formaban las plantas; pero a mi penetración no se escapaba, que por encima del sentimiento de haber sido lastimada cruelmente en su decoro, era fuerte el de interés, curiosidad, fascinación, asombro o lo que fuese, el que la llamaba a mirar hacia aquel hombre que, según su desleal saber y entender, había sido capaz de semejante intento.

Y yo, entre la conversación que sosteníamos, lo mismo que el que no lo advirtiera, empecé a desplazar mis pies con cautos y propuestos movimientos, procurando avanzar sólo mitades o fracciones más cortas de ladrillo a cada movimiento. Y Fulán, inocente, dejándose arrastrar, servía a mi propósito, que era aproximarle cuanto posible fuera al punto en donde a la sazón estaba Andrea. Y cuando él ni lo pensaba, en un espacio del largo y estrecho corredor, en donde las macetas estaban colocadas en tal disposición que no dejaban sitio al paso simultáneo de dos personas, se sintió tan junto a la acorralada Andrea, que, aun sin saber todavía qué cosa fuese, notando que algo le estorbaba detrás, volvióse y advirtió que se encontraba a menos de media vara de distancia de ella, y se puso a mirarla con la mirada del perrillo que, sin saber la causa, comprende que ha caído en desplacer con su Señor. Entretanto, y con un instantáneo movimiento, Andrea desvió los ojos —que a mí me consta que no le había quitado de encima— nada más un milímetro y, además, cambiando foco, retrayendo el vértice de su mirar, quiso dar a entender y dio a Fulán tal idea de que lo despreciaba, que no sólo no lo rehuía ya, como había hecho en la mañana, sino que no lo advertía, y que aunque lo tuviera enfrente de sus ojos, para ella, su presencia era de igual y aun de menor importancia que las basurillas del pequeño plato de alpiste sobre que sopló, sin cuidar si caían o no sobre el cuerpo de Fulán.

Fulán, que se vio bañar de cáscaras de alpiste, no tuvo hiel suficiente siquiera para sacudirlas, en mínimo reproche contra ella, sino que sólo se hizo a un lado a fin de evitar ser bañado por el siguiente soplo, que la aspiración profunda de aire que hacía Andrea, anunciaba inminente.

Las cascarillas echadas a volar por este segundo soplo, cayeron, pues, al suelo, y lo mismo las de otros tres que subsiguieron.

Y Lina, después de volver a poner la cazuelita en la jaula de donde la había tomado, tuvo, inclusive, la crueldad de tomar una escoba, y curar de las cáscaras el suelo, desentendiéndose en cambio, hasta de pronunciar una sílaba de desagravio en relación con las que había arrojado encima de Fulán; y en lugar de un dispénsame, le dedicó una mueca, que yo interpreté pensando

que quería decir: “Quién te lo manda por intruso”, “así acontece a los que se ponen de estorbo”, o “mucho ayuda el que no estorba”.

En la siguiente jaula hizo la misma operación, y además removió el agua de otro traste. De este modo siguió, jaula por jaula, hasta acabar con todas. Y Fulán no nada más suspiró con paciencia; se elevó hasta la fineza de ocultarse detrás de un pilar, para evitar que la tía Lina lo viera quitar de sobre sí las basurillas.

Nunca, antes de aquella escena que me llegó hasta el alma, había tenido yo ocasión que me moviera a parar mientes en la existencia y magnitud de esta anchura, en verdad como abismo, que separa y pone aparte los espíritus del hombre y la mujer.

No cabe duda que de uno a otra va tanta diferencia, como de vía ya buena o regular o mala, pero siempre abierta, marcada, manifiesta, a vereda silvestre, serpeante, muy vistosa, pero, aunque sea con velo de lindos árboles, tierno musgo y encantadora hierba y florecillas, siempre escondida.

Por Fulán, buscándole los ojos, contemplando su frente, o simplemente pidiéndole palabras, se podía caminar y penetrar, si no muy hondo, sí hasta donde llegaba, y ya que no entre primores, también fuera de riesgos y a salvo de asechanzas y extravíos.

En Lina, por contraste, oh, qué aventura, qué incertidumbre y riesgo a cada paso. Dudo que alguien a excepción de mí —y ello sólo gracias a que poseía en secreto un dato de infinito valor indicativo—, con inclusión de ella misma, pudiera orientarse y entender algo claro, ya sea acerca de los móviles o las finalidades que por entonces la movían.

¿Podría ella acaso, explicarse por ejemplo, la naturaleza de los impulsos internos que la movieron a gastar casi toda una mañana en acicalarse?

Yo creo que ella, de sus sentimientos, en mucho tiempo, a partir de entonces, no llegó a enterarse de otro que el de su abominación hacia Fulán. Desconociendo, en cambio, sobre todas las cosas, y rechazando desde su raíz como a hierba maldita e inaceptable, todo conato de afloramiento o tentativa de aparición ante la conciencia, de los instintos genésicos. Porque la educación tradicional era a este respecto, en nuestro medio, característica e inhumanamente inhibitoria, y producía como efecto el de conducir, en especial a la mujer, a adoptar una actitud cerrada dentro de la cual no podía darse cabida al reconocimiento del menor vislumbre de manifestación de lo sexual, sino bajo la consiguiente sensación de una infinita culpabilidad.

Cada uno de los que según y bajo aquel implacable sistema nos formamos, debe haber llegado a saber, más tarde o más temprano y muy a su propia costa —no importa que no todos se lo hayan confesado—, que lo más a que alcanzó fue a llegar a aprender a esconderse bajo una máscara de simulación, a una hipocresía tan acabada y afanosa como cobarde e inútil, y a mantener tras el semblante una muy confusa, enervadora y dolorosa conciencia de pecado.

He aquí que, por una parte, habíamos aprendido a tener por nefando y reprochable, no sólo cada sensual acción, sino en conjunto y sin excepción ninguna, todo aquello que de cerca o de lejos se relacionara o provocara asociaciones de ideas relacionadas con la sexualidad; y por otra, las vidas y semblantes de quienes nos rodeaban, jamás nos mostraron otra cosa que impasibilidad, alejamiento, inexistencia en ellos de lo concupiscente. Era, pues, forzoso, inevitable, que advirtiendo a través de una comparación ingenua, la actuación y expresiones aparentes de los demás y nuestra genuina realidad individual de turbación y tentaciones, llegáramos, cuando no a entristecernos, a caer en la resignación porque éramos viles, y de que nuestra vileza, sobre ser muy profunda, existía solamente en nosotros y era excepcional, y por ende, aún más abominable.

Y así como el que cree ser entre muchos el único marcado, y que entre todos nada más él padece aborrecidas llagas, se entristece, avergüenza y disimula más que el que se sabe entre muchos enfermos, así yo, creyendo mi torpeza una excepción, me cuidaba y llevaba hasta el escrúpulo el cuidado que ponía en no ser conocido, y así, midiendo ahora a los otros con mi propia vara, sospecho e imagino que se cuidaban y ocultaban todo los unos a los otros.

Mientras me expreso así, no olvido, sin embargo, que cada cabeza es un mundo, y doy por sobrentendido que aun dentro de un mismo complejo causal de circunstancias, cada sujeto debe ser considerado como otro dato o factor que interviniendo, con la sola presencia de su singularidad, modifica los efectos resultantes que le atañen; de manera que aunque participa de las mismas influencias que todos, él viene a recorrer una órbita que es solamente suya y a edificarse en una estructura diferente.

Por tanto, yo no he querido significar que a todos sucediera exactamente lo que a mí, menos todavía a las mujeres y singularísimamente a la tía Lina, cuyo espíritu no había vivido entre nosotros en forma indiscontinua, sino sólo durante algunos lapsos, que si se calcularan en suma, pienso que no ascenderían a una tercera parte de la edad suya de entonces. Todos nosotros,

digo, todos estos de que he venido ocupándome, habíamos vivido siempre muy concordes y unidos, y no nada más en la misma ciudad, sino en casas tan vecinas entre sí, como las coyunturas, ocasiones y demás circunstancias lo permitían.

En cambio, la tía Lina había nacido en el campo, y tengo entendido que su primer venida a la ciudad no tuvo lugar antes de que ella cumpliera ocho años.

Y estuvo con nosotros, digo mal, que yo aún no nacía, nada más de pasada, como una visita.

Después, más grandecilla, iba y venía. Puede decirse que la mitad de sus días los pasaba en la ciudad y la mitad en el campo. Andaba siempre con su padre, sin madre y sin hermanos. De esto yo ya guardo recuerdo. En uno como mar de oscuro y quieto olvido, distingo fracciones recortadas, sin continuidad de tiempo ni de espacio, separadas las unas de las otras, como islotes.

Lo primero, primero de todo cuanto puedo traer a mi memoria, es un animalejo, acaso un corderillo o cabrito que sonaba con muy largos y tristísimos balidos, en tanto que yo, no acertando a distinguir el zapato derecho del izquierdo, pensaba con admiración en mi hermanilla, porque ella sí poseía ya el secreto, y sin consultarlo con nadie, era capaz de ponerse las botitas correctamente.

Un poco más acá, menos ahogada en lo remoto, más redimida que ésta de aquel hundimiento en que tornando abajo se desconstelaron y volvieron a su limbo y a la debilidad las vagas formas que pugnaron por recrearse en mí antes de tiempo, aparecen ya escenas más coherentes, mejor estructuradas. He aquí una relativa, cogida entre las más lejanas, como muestra. No bien distinta aún la atmósfera, semidormido el aire y casi ciego todavía en los rincones, la flámula de la farola del zaguán en vela, desmañanándose leal; pero ya casi innecesariamente, las hierbas empapadas, la puerta de la calle, el charro viejo, que era el padre de la tía Lina, ya en el coche, aguardando tan sólo a la mozuela, para emprender el viaje de regreso al rancho de Los Sauces, adonde yo quisiera ir. Pocas cosas habrá habido en mi vida que me hayan despertado tanto a la ilusión, como aquellas mañanas en que mirando al viejo don Valente y a la breve tía Lina disponiéndose a partir, quería que me llevaran.

¡Oh, el coche, el caballo, el aire húmedo y fresco, el campo, el ojo de agua, el monte!... Pero yo era pequeño, demasiado pequeño, y tenía que consolarme oyéndolos prometerme que si al siguiente viaje que hicieran ya había

crecido yo los seis centímetros que siempre me faltaban para adquirir la estatura a que era necesario que los niños llegaran para poder ser llevados a los ranchos, me llevarían.

Más tarde, ya en los tiempos en que empezó a dejarse sentir la intranquilidad que precedió a las pugnas revolucionarias, Lina perdió a su padre, y el mío fue por ella, y ella se quedó a vivir definitivamente en la casa de mi abuela.

Sí, así es, o por lo menos, esto es algo muy aproximado a la verdad. Bien que contada en globo, trazada con muy desconectados rasgos y resumida muy imperfectamente; pero aún hay mucho más, quién sabe cómo anda todo esto. Yo estuve en el rancho de Los Sauces una vez. Fue dentro del tiempo en que ella ya era huérfana; pero mucho antes de las noches de nuestra convivencia en torno del suceso del saqueo de Orozco.

En vano he procurado ordenar esto, en vano me he esforzado por hilvanar congruentemente los imprecisos recuerdos y vagas impresiones que conservo relativas a la historia, que ahora se me representa como de cosas encantadas, o vividas en sueño, de la tía Lina. Haré empero un esfuerzo, al fin que no me importa tanto lo que haya sido objetivamente la realidad exacta, sino que más bien quisiera reproducir lo que viví de aquello. Quizá lo que aparezca en lugar de la cruda realidad, guarde con ésta la misma relación que existe entre un arroyuelo igual a todos, y este mismo, cuando incorporado más o menos en la sustancia de nuestra imaginación, resulta ser una cinta de plata, o no sé qué culebrita que huye a esconderse entre los árboles del monte.

III

SEMBLANZA IDEALIZADA

La casa en que vivía, el paisaje que solían contemplar sus ojos, los objetos que la rodeaban, el fondo, en suma, sobre el cual se desplazó su vida, son, supongo, las cosas de que debo hablar primeramente.

Pues la casa era extensa, monótona, constante, uniformal. Exactamente iguales, repetidas, coherentes entre sí, dispuestas en hilera se sucedían las piezas.

Antes que todas, en el primer lugar, al frente, estaba la primera; después de la primera, la segunda; después de la segunda, la tercera; en seguida la cuarta; más allá la siguiente, la siguiente, etcétera, y, a la postre, la última.

Colocándose en la sala, y desde cierto lugar y en cierta posición, el hilo

de la vista, proyectado adecuadamente, podía ser lanzado hasta tocar la pared, ya sin puerta en ese punto, de la última estancia, después de haber cruzado sin obstáculo, bajo todas las puertas que unían una con otra todas las estancias.

Y todas las estancias de la casa estaban amuebladas con muebles semejantes, difiriendo tan sólo, sin embargo, como es natural, en razón del objeto a que estaban destinadas. No todas eran, por ejemplo, sillas, ni todas puras mesas; sino que en la sala había muebles de estrado; y en el comedor, muebles de comedor; pero una relación de forma, de estilo, de carácter, los unía; los hacía hacer, como dicen, juego.

En cada alcoba había una cama, un ropero, una mesa de noche y una silla.

Los muebles eran vastos, rústicos; empero, las piezas eran, en proporción, todavía más vastas, y se veían vacías.

Por todas las ventanas se veía lo mismo, se veía la llanura monótona y pareja, interminable, y unos borrosos montes lejanísimos, casi fuera del mundo. Hacia estos quietos montes caminaban los días. Teniendo al sol por núcleo, rodeándolo, siguiéndolo, subían por el Oriente. Al caer la tarde el cielo perdía un poco su intensa candidez; a veces se teñía ligeramente de amarillo y, al fin, caía la noche.

Una variación la constituían las nubes pasajeras; blancas, amarillentas, grises y hasta sonrosadas. A veces grandes, tocadas de inmensidad, compactas y monstruosas, de apretadas y cándidas esferas, sobre esferas y esferas menos cándidas, y anillos, y espirales ya cándidas, ya pardas, siempre en recompostura y moción y remoción nunca acabadas. Y las largas atravesadas como lienzos. Y lo otras estáticas, parejas, que apagaban el cielo como un párpado. Y las atormentadas que culminaban en lluvia, borrascas y relámpagos.

No todas las noches había ausencia de luna y muy frecuentemente había en el cielo, gordas como garbanzos, tal número de estrellas que era miseria el monto del tesoro de granos de trigo de las trojes.

Juana Andrea tenía un solo vestido, un vestido muy simple, color azul añil, con puntos blancos del tamaño de un disco de confeti, distribuidos equidistantemente.

Cuando se le acababa uno cortaba otro nuevo, lo cosía, y con él sustituía el gastado, ya todo constelado de remiendos, transparente de los codos, de las rodillas y de todos los lugares en donde, con el uso, se adelgazan las telas de los trajes.

Tenía una cabellera rala, suave, fina, lacia, de color castaño, que a la luz

producía apagados reflejos y vagos semitonos mortecinos. Todos los días se la arreglaba sencilla y cuidadosamente; echaba sus cabellos para atrás y los cogía en una trenza, o bien los tomaba en dos partes, hacía una raya con el peine a la mitad del cráneo; luego la componía en dos trenzas que ataba con dos cintas de color azul añil con puntos blancos y, finalmente, sobre la sien izquierda se prendía una rosa roja, casi siempre de trapo.

Sus cejas eran de color castaño, un punto menos claras que sus tenues cabellos, y arqueadas, delgadísimas, trazadas como por un artista que la quisiera mucho y hubiera puesto todo su corazón en su trabajo. Eran especialmente altas, distantes de los ojos, y puestas, de ordinario, en esa posición en que se ponen a la mitad de un suspiro.

En sus ojos balaba el mirar de los corderos. Y la boca era como el centro, como la razón de ser de aquella cara.

Su cuerpo no existía.

Viéndola caminar se sentía uno al borde de lanzar ese grito que se lanza al advertir de pronto que un objeto de vidrio va a caerse.

Pero ella trabajaba todo el día; sin darse cuenta, se pasaba las horas trabajando. Su cabecita automática no se daba cuenta de que su cuerpo y ella trabajaban mucho; pero por la noche le dolían los brazos, le dolían las piernas, le dolía la espalda, se juzgaba enferma, y al verse en el espejo se encontraba demasiado pálida.

No eran, sin embargo, sus naturales ojos, su material visión, sus máquinas visuales, los que esto le decían. Ni siquiera los mantos de su cansancio, ni siquiera, de la pieza de su cansancio, la fracción procedente de su trabajo corporal; era su espíritu, su ser rarificado por esta hora vana, por esta baldía casa, por este ilimitado paisaje despoblándose, por esta soledad, y por los antecedentes que determinaron que, como ondas que van abriéndose en una agua monótona y sin límites, la de esta soledad fuera creciendo.

Y al mirarse se sentía a sí misma, no recogía su copia como el espejo la hacía y se la daba, sino la proyección del opaco símbolo expresivo bajo el cual se constelaba lo que vivía en su alma, y éste era como una nebulosa de núcleo imprecisable, una semicondensación de colores de fatiga, necesitados, muy necesitados, ya que no de una poca de más lumbre, de un poco de descanso.

A veces, durante las noches, precisamente durante la noches que tuvo por más largas, reproducía y volvía a tomar el cáliz de aquella sucesora de la tarde en que, siendo ella todavía muy niña, pusieron adentro de una caja, lo

mismo que si se tratara de un objeto, el cuerpo que en verdad ya no era otra cosa, los residuos mortales de su madre.

Ya avanzada la noche, adormecido el mundo, la casa en silencio y la estancia sin luz, el tierno entendimiento de la muchachita que acababa de perder a su madre, muy quebrantado aún, casi a rastras, cayendo y levantando todavía, empezó a poder pensar.

Hasta entonces todo su valimiento le había alcanzado apenas, y no había sido bastante, para aplicarlo a debatirse, a amurallarse, a comprimirse, a repe- ler, en suma, la implacable embestida con que la cruenta realidad de aquel suceso pugnó por insertarse en ella, hacérsele presente y ser reconocido.

Pintan a la verdad desnuda, inofensiva, indefensa; la conciben inerme, pequeñita, seguida, perseguida, acosada, acorralada, fugitiva; dicen de ella que ha sido arrojada del mundo por los hombres, que vive en desamparo, condenada a la impotencia y a la soledad, en un inocuo exilio.

Quién sabe en qué razón, o suelo, o fundamento se apoyarán aquellos que así, de esta manera y con tan lastimosos trazos nos la pintan, o quién sabe qué fin perseguirán. A veces pienso que es sólo una forma de consuelo con que algunos, mirándose caídos y no alcanzando a distinguir, o no teniendo valor para confesarse a sí mismos el yerro y el engaño o defecto de verdad porque cayeron, necesitan fingir y creerse víctimas vencidas junto con y a causa de la verdad, por la mentira.

Porque lo cierto es que la verdad no es así, ni cosa alguna que ni aún con la más nimia ni remota semejanza sea semejante a esto, lo cierto es que la verdad es fuerte, terrible, poderosa, incontrastable.

Por ahora ahí estaba, ahí. Aquella realidad particular, aquel jirón de la verdad universal, ubicua, eterna, relacionándose por un instante con lo transitorio, se había manifestado ahí, y ahí estaba, al parecer pasiva, inofensiva, abandonada, indefensa, consistente tan sólo en que algo tutelar, amante, amable, muy amado, indispensable, después de unas horas mínimas de fiebre, se había quedado quieto, quieto, eso es, quieto y ya, sobre su lecho.

Cierto es que hubo lucha, falta de inteligencia, imposibilidad de entendimiento.

Si todavía antier, nada menos que antier, la madre andaba ahí, cercana, atenta, afanada, cariñosa ¿cómo podía ser pues, que ahora se hubiera convertido en una ciega, sorda, muda, inmóvil, impía cosa que no la oía más, que no la entendía más, ni hacía más caso de ella que las ropas, las paredes o el viento?

Sí, sí muy cierto que hubo lucha; pero fue la de la hormiga frente a la inmovilidad de la montaña, la del que quiere adelantarse a su sombra, la del que pretende elevarse sobre el suelo tirándose de los cabellos.

Toda la rebeldía, toda la desesperación, todas las negaciones y todo el hermetismo atrás del cual se pudo abarricar su entendimiento, no hicieron otro oficio que martirizarla, fatigarla y desgarrarla más. Y así como el ojo que es crudamente herido por el agudo rayo de un fanal deslumbrante, en vano se contrae y sin salud se obstina en impedir las ígneas manchas que traspasan los párpados, así el entendimiento, la tierna y lastimada inteligencia de la muchachita que acababa de perder a su madre, fue entregándose, y cojeando, cayendo y levantando, casi a ciegas, distinguiendo muy poco todavía, empezó a poder pensar.

En la recámara adjunta, siguiente hacia adentro, la misma en que pasó su fulminante enfermedad y entregó su cuerpo la difunta, encima de la mesa de planchar, cubierta con varios lienzos negros, en defecto de uno solo que alcanzara a cubrirla por completo, y dentro ya de la caja en que había de ser bajado a la tierra, fue tendido el cadáver.

Andrea veía las patas de esta mesa, que ahora, cercadas por los filos de los lienzos, alumbradas por la luz amarilla y palpitante de los cirios, soportando ramos de flores y flores sueltas y esparcidas encima de la mesa y caídas sobre el piso, tenían un sentido imposible de aclarar, captar o definir; pero muy enemigo, cruento y doloroso.

Eran cuatro estas patas, cuadradas, regulares, bastas, sólidas, de madera corriente y sin ninguna pintura —hacían pensar en huesos—. Cuatro patas de mesa, esto era lo que habían sido siempre y lo que eran ahora; con todo, ahora producían un efecto, desempeñaban una función que no hay palabras para traducir. ¿Chupaban, absorbían, vaciaban? No se sabe. Algo había de esto; pero también parecía ser que emanaban algo, quién sabe qué inexplicable especie de sustancia contraria al corazón.

Cuando se atiende con tristeza, y toda la memoria se concentra en una lejanía o en una ausencia, y no queda memoria para ninguna otra cosa, y el olvido llega a apoderarse de nosotros de modo tan profundo que llega a adormecerse hasta la función vegetativa de la respiración, suele suceder que de pronto nos notamos sin aire, y la necesidad de respirar se hace profunda, y se realiza el suspiro. El suspiro hincha el pecho y tiene un sabor reconfortante, un sabor que juntamente alimenta y consuela. Pues bien, podemos pensar en un suspiro

negativo, en un suspiro que no sustenta, sino que mina, en un suspiro que ahoga, una toma profunda de una sustancia que es opuesta a la carne, a la mente y al espíritu, una toma profunda cuyo nombre es acaso de la misma familia de nombres que el sollozo, un sollozo fallido, un rebote, un fracaso.

Madre, mi madre, madrecita, ¡ay! No hay otras palabras con que pueda hablarse entonces, no hay otras palabras.

—Mejor me hubiera muerto yo —exclamó la niña de pronto, sincerísimamente, con todo el corazón, aunque sin haberse puesto a medir completa ni incompletamente el alcance de lo que decía.

Se hizo una pausa, una suerte de receso del sentir, y de hundimiento de la conciencia y de la sensibilidad. En seguida vino una entre sensación y aparición del contenido de lo que acababa de exclamar. En lugar de la vida de su madre, lo que había sido tragado por la muerte, era el ser de ella misma. Muerta ella, con respecto a su madre, era lo mismo; es decir, tampoco existía su madre; perdía, además, a su padre; la casa no existía, no existían asimismo los paisajes, ni su corderito sancho, y todo había acabado para ella; y la sobrecogió un espanto infinitamente más frío y seco que el de la orfandad, y le pareció muy grave, muy injusto, muy falto de igualdad lo que había ofrecido.

Bueno, siguió adelante, rectificándose, que no me hubiera muerto yo, que se hubiera muerto mi papá.

¿Qué más podía ofrecer? Su padre era un hombre íntimo, interior, encubierto, caviloso, compacto como un árbol de madera muy dura, casi pétrea, pero viva, que usaba trajes semejantes, por los tonos de sus tintas, a la tierra. Sus ojos ordinarios eran áridos; pero para ella se encendían de mansedumbre o de humedad, sin excepción. Cierto que le imponían respeto con orillitas de miedo, y que no impelían a acariciarlo como a una flor; pero su presencia era ancha, firme, beneficiosa, y esparcía la sombra tutelar y protectora de un bien plantado árbol.

Allá tomaba el hacha, la sierra, etc., y se iba al monte él solo con su alma y volvía cubierto con una capa o manto o atmósfera de desaliño en que bien se conocía que había trabajado de verdad. Astillas de madera que se le enredaban, solían permanecer en sus barbas cortas, grises; pero todavía mucho más oscuras que ya claras. Siempre traía alguna hoja seca, lodo o jirones de breña en alguna parte, sobre los vestidos que cubrían su cuerpo. A su modo, casi era un paisaje, no un pensil de violetas y de dalias, ni un huerto de limoneros, sino un rincón del monte.

En ocasiones cargaba con ella.

—¿Quieres venir al monte, Juana Andrea?

Seguro que quería. Sin contestar se disparaba a encasquetarse el sombrero ancho, para el sol, se ajustaba las cintas del calzado, y cuando el invitante salía, la invitada ya estaba esperándolo en las trancas.

No hablaban palabra en los caminos. Si acaso una tercera parte de lo muy necesario. Se entendían sin hablar. En momentos, durante la marcha, el padre pasaba su mano dura de madera viva sobre la cabecita dócil de la niña, y ésta sentía fresca si hacía calor, y tibieza, si frío, y se acercaba a emparejar sus pasos a los de su padre a fin de facilitar que éste la alcanzase.

La niña corría, jugaba, trepaba con mil dificultades a una piedra, quería mover un tronco y casi siempre acababa confesándose a sí misma que no podía con él.

En tanto, el padre trabajaba despreocupadamente, sin ningún embarazo, hacía lo que tenía que hacer, sin ser importunado, lo mismo que si estuviera solo.

Todos estos recuerdos, pensamientos y reconsideraciones surgieron sin palabras, lucieron en escenas y figuras superpuestas, como fotomontajes; y transcurriendo con independencia de este tiempo exterior, sensible, cronométrico, rígido, se desarrollaron dentro de ese otro que no puede medirse y que difiere del primero, principalmente, en que posee una infinita elasticidad.

Suele suceder así: que nos dormimos y soñamos cosas y acontecimientos con duración de un año y, sin embargo, en el reloj la manecilla ha avanzado tan sólo dos minutos. Por esta razón no ha sido posible describir estos pensamientos de Andrea con la rapidez necesaria para que el lector no se desvinculase y ahora le parezcan extrañas las palabras: “No, que no me hubiera muerto yo; mejor que se hubiera muerto mi padre”. Pero para la niña ausente de este tiempo que digo —el físico o de la mecánica física— no se entrometieron, ni el tiempo en que discurrieron bastó para distraerla, así como a nosotros nos han, acaso, alejado y distraído. De manera que entre la primera vez que lo dijo y ahora que lo estaba repitiendo, no hubo parche, ni puente, ni desvío, ni laguna, y lo repitió sin darse cuenta de que esta vez en su mente se pronunciaban las palabras con voz mucho más baja, como con timidez, y como con conatos de contrariedad, desaprobación y desconocimiento de su voluntad.

Con todo, cuando acabaron de salir, ya habían salido. Ya no tenía reme-

dio. Quién sabe cómo fue, por segunda vez, y aunque ya no resultaban concordantes con la posición de su espíritu, se le escaparon y después de abrirse y huir en círculos rodando hasta perderse en el confín de las tinieblas, rebotaron allá en los fondos de un abismo sin fondo y volvieron a clavarse en ella misma, lo mismo que si en vez de un recurso de su desesperación, hubieran sido un crimen. Entendió entonces, más bien dicho, el dolor la hizo comprender entonces, que también su padre tenía en ella raíces. Y como sobre las palmas de las manos de una sombra —no en el sentido de un fantasma, sino de una oscuridad—, las manos de la sombra acababan de ponerle enfrente de los ojos la caída de su padre, el cual, doblegado por la fuerza de la sinceridad con que ella había emitido la primera vez su pensamiento, que se desplazó a la manera de una onda de viento lento, pero poderoso, se fue inclinando rígido, hasta caer horizontal sobre estas manos de esta sombra que se lo estaban presentando caído, con crueldad, como diciéndole: “Aquí, aquí tienes, aquí está lo que has querido, lo que has pedido, lo que has hecho”. Era exactamente lo mismo que si con su deseo lo hubiera asesinado. Horrorizada se hizo para atrás, se encogió, se arrepintió, se desdijo. “No, que no se hubiera muerto tampoco mi papá. Mejor que se hubiera muerto... la criada”.

Otra vez un rebote, vacío, un reproche, un remordimiento. La sombra en que se abría un círculo borroso, desvaído y de claridad incierta, y la figura humana de la sirvienta.

Por dicha empezó a acordarse descarriladamente, de cierto animalito, no sabía si tuza o ardilla, que tuvo y llegó a ser tan mansito que comía en su mano y se subía a sus hombros.

Una mañana amaneció tendido, y cuando ella se llegó a decirle: “Sal, Viruta”, se negó a obedecerla. Entonces acudió a su padre con la queja, y él le contestó: “¿Cómo quieres que salga, si está muerta? Lo que hay que hacer es tirarla antes de que se corrompa”. “Tirlarla, ¿y por qué han de tirarla?”, objetó ella. Y se echó a llorar, y lloró tanto, que su padre acabó por conmovirse y le ofreció llevarla a la casa de un hombre que vivía en el pueblo próximo y sabía disecar. Y así lo hizo, y el animalito volvió a su poder. Sólo que desde aquel día se hizo tieso, quedó inmóvil y se volvió desobediente.

Por el camino de estas reminiscencias, la niña fue vagando, vagando, y cuando no lo supo ya había acabado por urdir una traza, con cuya realización todo se remediaría. Nada más fácil que llorar, y llorar, y llorar hasta conseguir que su padre se ablandara y consintiera en llevar a su madre con el disecador.

Pero sólo por un breve momento paladeó este consuelo; pues ya no era tan niña que pudiera existir proyectando, como cuando sí lo era, a su antojo, su propia vida en todos los objetos. Ciertamente, había existido un tiempo en que para ella vivían las muñecas, los dibujos y las figuritas; un tiempo en que si ponía un trapo, un palo, una botella, una charolita o un sombrero al revés, sobre su cabeza, y gritaba: “Pan caliente”, verdaderamente portaba una canasta atiborrada de bolillos, hojaldras, alamares, torcidos, amantecados, roscas y teleras; un tiempo en que si ella tomaba un baldecito de lata, o un pozuelito de madera de naranjo y lo acercaba a los labios de su rorro, el rorro se empinaba la leche y engordaba real y verdaderamente; pero ahora esta idea de poseer una madre como una muñeca no la podía sanar, y sólo había acudido a servirle como un sueño, y la había consolado nada más mientras la había tenido separada, por este medio, de la realidad. Pero la realidad volvía, volvía y con un soplo de muerte disolvía el delirante bálsamo de esta pueril quimera transitoria.

“Ay, entonces... pero es que yo no puedo, que no es posible, que yo no puedo.”

Y tomó a examinar si no habría un sacrificio que ella pudiera hacer a trueque del retorno de su madre a la vida: “¿Su propia vida? No. ¿La vida de su padre? No. ¿Que mejor muriera el hermano, que ni siquiera vivía con ellos? No, tampoco. ¿Y la sirvienta? Tampoco, pobrecilla, no; que no se hubiera muerto nadie, que mejor se hubiera... muerto, roto, sí, eso era, sí, mejor roto una taza”.

Y como un vaso hecho agua, como una agua hecha noche, la niña se esfumó, perdió el sentido, se quedó dormida. Y todavía dormida, de tiempo en tiempo, de la misma manera que esa saliva que se escapa por la boca cerrada y que es un síntoma de determinados padecimientos del estómago, por las comisuras de sus párpados ya cerrados, se le escurría una lágrima. Así transcurrió la noche, y germinó la mañana, y precisamente en el momento en que entornara ella sus ojos, un rayo de la luz del sol naciente, brillante y poderoso, alanceó una hendedura que se hacia en la puerta, y con su espada de oro le diademó la frente.

Sucesos como éste, debo decir, de esta índole y de esta sobrehumana magnitud, huelgan comentarios, ya se sabe, doblégan a cualquiera, sin que sea dable oponer excepciones de persona, de modo o circunstancia; pero yo estimo que deben representar distintas cosas, y trascender con diferentes con-

secuencias para el que los sufre en la ciudad, que para aquel a quien lastiman en el campo, máxime cuando en un lugar aislado, de muy pequeño pueblo y en el seno de una familia reducida.

Porque desde luego las formas que toma y la disposición en que se pone el alma del ser cuya existencia ha transcurrido en simpleza y soledad, son de realidad menos compuesta, más firme y más profunda que las del que tiene la costumbre de sentirse muy vinculado, acompañado y rodeado de gente. En este último caso las sollicitaciones continuas, las escenas variadas, las figuras diversas, la frecuencia de los acontecimientos, la movilidad, en suma, en cierto modo suplen y tienden a llenar esos vacíos que cada muerte va cavando en el alma.

Pero allá en la Loma del Macho, en el minúsculo ranchito, en la fracción de la hacienda de Los Sauces que lleva este nombre, y que es cabalmente el punto en que nadó y en donde había vivido hasta entonces Juana Andrea, la vida es monótona, anchurosa, solitaria. No llegará tal vez ni a ocho el número de las casucas habitadas, ni el de los jacales que de ordinario humean, esparcidos en un manto de terreno de dos o tres kilómetros cuadrados, al de doce.

Los mismos hombres, las mismas mujeres, los mismos animales, los mismos trabajos cada día. Sólo las sustituciones y fugas naturales; algunas relativamente rápidas, como las de los años, las de las aguas del río y las de las nubes y el viento; otras lentas, relativamente lentas, como las de las horas por las horas y las de los padres por los hijos y, finalmente, las ya casi inaprehensibles, como son las de los árboles por los arbolillos. Unos nuevos perritos, un becerro que nace, una cabra que se extravía en el monte, un coyote rondador, nocturno, que asalta un gallinero, constituyen para la atención sin gasto, no diré que tanto como un acontecimiento, pero sí que como un tópico, un pretexto, siempre algo sobre qué poner los ojos más abiertos que sobre las cosas iguales, y para mover la lengua algunos ratos.

De este modo, sólo de este modo y trayendo al cuento estos considerando, resulta inteligible que muchos días después (unos mil o mil quinientos días después) durante las ocasiones en que yo empecé a conocer de primero a Juana Andrea, el porte de ésta fuera todavía el de una muchacha que atraviesa la crisis de un duelo reciente. De dichas ocasiones yo conservo la nota de que ella no iba vestida de luto riguroso. Tengo la impresión de que su aspecto de enlutada no era aquel formal, convencional que resulta de una

premeditación, de un propósito en el que deliberadamente se desea demostrar que se está de luto, sino de este otro que es el simple resultado de una leal y auténtica aflicción. Su traje sí era todo negro, lo mismo su calzado; pero sus medias eran pardas y el color de las cintas de sus trenzas (de sus eternas trenzas) tiraba hacia el matiz amarillento de los rastrojos secos.

Mucho es que pueda hablar de esto; en rigor, si dijera que lo estoy recordando con translación inmediata, mentiría. Hace tiempo no me hubiera importado; el mentir y el engañar llegaron a ser para mí, incluso, documentos de ingenio y de capacidad; pero hoy pienso otra cosa, hoy la mentira es, en mi concepto, enemiga del hombre y de la literatura del hombre; cierto que en comparación de la inmovilidad y de la esterilidad del pensamiento y de la imaginación, es una mejoría; pero por mucho que se conceda que es, siempre hará papeles tristes, pálidos, y la habilidad para mentir jamás merecerá la gracia de poder llegar a ser parangonada con la capacidad de intuir realidad y valores verdaderos.

Pues es cierto, ya ahora no recuerdo aquel vestido, aquel calzado, aquellas cintas. El recuerdo con que las recuerdo ya no es una recordación directa, no me acuerdo de ellas; pero me acuerdo de cuando me acordaba.

Ahora bien, volviendo a Juana Andrea, repito que su vida de soledad y de simplicidad, le permitió conservar a lo largo de mucho tiempo, viva su aflicción, y casi intactas las vivencias que se dieron en ella de resultas de lo que la dejara huérfana. El tiempo transcurrió casi en vano, no, como suele; fue entonces retirando, empañando, sumergiendo, borrando la dolencia, y sólo una polarización, una concentración de sus afectos hacia su padre, hicieron posible en alguna medida la cicatrización de aquella lastimadura sin tendencia a sanar. Y a su padre le aconteció algo muy semejante. También él se vio inducido a emplear lo que de su corazón había quedado sin empleo, y así las fuerzas de su vida, su vivir se enderezó por entero hacia su hija. De este modo llegaron a soldarse y a complementarse, a unificarse en una medida que lindaba, y sólo por un pelo no llegó a confundirse con lo patológico.

De entonces data la época en que Juana Andrea empezó a venir a la ciudad. Estas traídas, aunque en el fondo obedecían a la necesidad que el padre tenía de no separarse nunca de su hija, él les daba el aspecto de mimos, de regalos, de deseo de procurar algunas alegrías a Juana Andrea.

Así las cosas, sin cambiar casi en nada, llegó el tiempo en que Juana Andrea, dejando la niñez entró en la juventud, y apenas iba entrando en ella,

su padre empezó a hundirse en la vejez. Y cuando Juana Andrea cumplía diecisiete años, el viejo ya iba tres meses más allá de los setenta, y a los setenta y tres murió.

Durante otros tres años más, Juana Andrea siguió viviendo en su rancho y en su casa. Finalmente llegamos a los días de la Revolución y Juana Andrea vino a refugiarse entre nosotros, y se quedó a vivir definitivamente entre aquellos a quienes como más de su casa consideraba, y por quienes, en reciprocidad era asimismo como tal considerada.

IV

CRISIS Y CRISTALIZACIÓN

Fulán es el nombre con que se designa a un cierto sujeto, a quien, si el lector no recuerda, por el momento no hay razón que nos apremie a identificar; pero que existe en realidad, y vive aún, y puede ser hallado, físicamente hallado, mirado con los ojos, palpado con las manos, ya aquí ya allá, en una parte física, o en otra, sencillamente como tú y como yo.

Y Fulán, como tú y como yo, sino que muy largamente más, es ávido del espectáculo del mundo, se interesa por todo. Enumeremos: se interesa por la luz del sol, por los táctos mensajes que recorren el mundo aprovechando los sueños de la noche, por los adelantos a que va ascendiendo la civilización, por los récords humanos, por el saber antiguo, por las teorías modernas, por lo que ocurre aquí, por lo que allá acaece, por la cercana gente, por los lejanos pueblos, por el drama del átomo y por las ágiles, inconmensurables, serenas evoluciones del universo entero. Oh, mundo, oh, mundo, oh, mundo, oh maravilloso mundo. “Ni los ojos se cansan de ver, ni los oídos de oír.”

Su situación sobre la tierra, digo, la situación de Fulán sobre la tierra, es de lo más extraño, de lo más extraño. Imaginad la sombra, la sombra sin más nada, sin siquiera ser vista —admítase esta expresión— ni conocida. La sombra solitaria, sin relación, sin ciencia, muerta. La que no hay quien la advierta y en la cual no hay quien piense. Y luego, de repente, al golpe de un instantáneo, inconcebible chispazo taumatúrgico, ésta, la solitaria sombra, es sustituida por un vivo palacio iluminado. Y no exagero un punto, de ser sombra invisible, cerrada, inadvertida, cielo ciego, entró Fulán de golpe a ser luz

advertida, mirada y admirada. Ya ahora, a aquel golpe, se ha encendido, no tan sólo el paisaje, sino también los ojos que lo miran. El ojo no existía, hace un momento no existía, y ahora ya existe.

Fulán no sabe más. Lo único que sabe es que ahora se halla aquí. Desconoce su origen y no acierta a concertar su suerte; y se pregunta: “¿En dónde estaba yo antes, en dónde estoy yo ahora, a dónde iré después?” Es semejante al desmayado a quien mientras no siente, trasladan a otra parte, y que cuando despierta, sin memoria de nunca, abre tamaños ojos y pregunta: “Eh, ¿qué pasa?, ¿en dónde estoy?”

Fulán mira sus manos, las voltea, cierra los dedos y se espanta de ver cómo se cierran. Fulán nota sus brazos, recapacita acerca de sus piernas, desliza su mirada por el suelo, recorre las campiñas, asciende a las montañas, cruza entre los poblados, ve el sol nacer, palpitar las estrellas, adormecerse el campo, y grita, y se espanta de su voz, y yo tengo a milagro que no se haya vuelto loco.

De lejos, por la noche, llegan veladas músicas, mensajes sin sonido se abren y se alejan, fantasmas de mil formas lo acometen sin materia y se deshacen sin sustancia y sin sentido. Ya, no sólo fuera, también dentro; ya, no sólo a la luz, también en las tinieblas; ya, no sólo el rumor, también el silencio significa, le habla, pugna por declararle algo que él no entiende. Quietud y soledad, barullo y compañía, luz y tinieblas, todo balbuce algo; pero Fulán aún no comprende, y todo él es pregunta: “¿En dónde estoy? ¿En dónde estaba ayer? ¿Dónde estaré mañana? ¿Qué soy yo? ¿Y esto, todo esto también, qué es todo esto?” Lo pregunta a las cosas; mas las cosas se mueven, van, pasan de prisa, no pueden detenerse a contestarle. Lo pregunta a las gentes. Las gentes aparecen y desaparecen, y desde que desaparecen no vuelven a aparecer ya nunca más.

Por ahí, algunos, algunos temerarios, otros o vehementes o posesos, otros alucinados, otros boca de ganso y algunos otros más, tratado han de iniciarlo; pero él no mira claro.

Sí advierte la mecánica; pero es que detrás de esto, detrás de lo mecánico (de lo mecánico que es lo único inteligible) hay un soplo de magia, un soplo milagroso, un chillón de misterio.

Cada objeto posee sus propiedades y a estas propiedades se reduce y juntamente se encierra y se abre a su destino cada objeto. Pero, ¿y las propiedades, la ley, de dónde emanan? ¿O es que en el principio era el Código? ¿Y el caos entonces, la pasión, el desenfreno, esta sed no saciada?

Le sobran a Fulán aquellas flamas de vida y ardimiento que arrastran a los hombres a tomar por verdadero lo que los alucina. La atención —facultad de entregarse—, el éxtasis y aun el delirio son los estados de ánimo a que tiende preponderantemente su genio natural; pero, conjuntamente, existe dentro de él el movimiento coercitivo, las fuerzas frenadoras, la advertencia, las nociones a juicio, el espíritu crítico, en suma el psíquico complejo en donde tiene origen la facultad azul de la razón y nunca lo abandona por completo, y llama siempre a cuentas, tanto a Fulán mismo, cuanto a cada cosa que ante él se presenta o que él entra a captar. Los testimonios que le ofrecen los sentidos, las inspiraciones que se abren en lo oscuro y se le acercan como obsequios extraños, la enseñanza que le ofrecen los libros, a todos estos los detiene, a nadie abre la puerta sino hasta que siente que ya lo ha cumplidamente examinado.

Así Fulán vigila, vigila de continuo, y el resultado ha sido que no puede estar enteramente del lado de las afirmaciones de su sensibilidad, ni puede sentirse en íntegro concierto con las edificaciones que suele levantar su entendimiento. Porque con su pasión se aleja, se derrama, diluye y desdibuja, y su criterio es cárcel y no basta a complacer la infinita amplitud de su pasión.

Pero había que pensar.

Para Fulán, pensar no es ni fue nunca un deporte; fue una necesidad, fue un imperativo. Y mucho más que un designio, una carga inherente, un estigma, una cruz.

Él no ganó su vida, la recibió de gracia.

Él no labró su cuerpo ni concibió su ser. Lo agarró la aventura. Inopinadamente se sintió ya arrebatado por largos movimientos, por corrientes innúmeras, por confundidos bandos, por invisibles ruedas de giros infinitos.

Fulán iba y venía, semejaba una pluma cogida entre un motín de soplos inconstantes que se lo disputaban a la vez todos contra todos y cada cual para su santo.

Era precioso aquello, lindo como montaña rusa, vertiginoso, preñado de emoción. Pero también tenía sus sufrimientos, su aflicción, su tristeza. Es cierto, deleitaba, emocionaba, sobrecojía, embargaba. Sin embargo, a la larga, ¿qué cosa acontecía? Era como si todo se hubiese ido apagando, haciéndose pesado. No se sabe qué hambre, qué ceguedad, qué sed, qué empañada nostalgia iba extendiendo una letal caligine sobre la flama antes tan viva, compañera de la carne, de los ojos, del oído, del tacto.

Y los ojos veloces, el oído atentísimo, el tacto fulgurante iban tornándose así como si esmerilados, sombríos y somnolientos.

Fulán no comprendía. Su lengua estaba seca, sus miembros lasos, su vientre encanijado, marchito su semblante, su fantasía parada.

No he de meterme a detallar el cuento. Seguir en pormenor los largos y hondos hilos del proceso a través del cual llegó Fulán a encontrar al fin una pequeña luz, sería interminable; sería asimismo temerario, y sobre temerario e interminable, inútil, porque por este proceso muchos hemos pasado ya personalmente.

Para el hombre maduro, ciertamente maduro, madurado no al fulgor caricioso de la luna, sino entre los ardores y los fríos, entre las inclemencias y asperezas directas del vivir, es casi un lugar común que el que se entrega a sus alas sin freno, se deseca.

El impulso originario, genuino, ingenuo, generoso, de conservación genérica —sin duda por causas debidas en principio a artificiales circunstancias singulares que con el tiempo se han pluralizado hasta el extremo de llegar a constituir la regla y lo ordinario— ha sido sustituido por el de satisfacción individual, y, ay, todos nacemos hoy descaminados, todos nacemos hoy con el sentido de conciencia de especie —lo psíquico supraindividual— ya atrofiado; en tanto que el de conciencia individual se nos ha ido, patológicamente, exacerbando.

Egoísmo de muerte, encastillamiento, poda y amurallamiento del alma, disecación y atrofia de algo que se ha apergaminado; acaso azolvamiento de las vivificantes nervaduras de la red de lo intersíquico cuya función consiste en concertar la actividad vital de cada uno con las profundas fuentes de renovación y vida de la especie. Esto es lo que mutila, inutiliza, determina, desvía y restringe nuestro impulso. Esto es lo que de cada hombre actual hace un tronco consumido, estéril y sin jugo, que jamás reverdece plenamente. Esto es lo que convierte al mundo en un erial, y esto es también, en fin, lo que provoca este estado de cáncer en que la humanidad se agita, este estado de disolución y rebeldía, pues no es siquiera la actual una lucha de algunos contra algunos, ni de algunos contra todos; mas, mucho más amargamente, de cada uno en soledad, contra todos, que a su vez, uno por uno luchan en soledad. Y aún más, porque ya ni los que escapan a la herencia de esa hambre enfermiza de dominio o riqueza, y que por ende no tienen por qué atacar a nadie, ni cosa material que defender, consiguen evadirse a la tragedia.

¡Ay del que está solo!

Por ejemplo, Fulán. Volvamos a Fulán. ¿Qué mal hacía Fulán con no haber guardado tiempo para nadie, por no bastarle el tiempo que tenía para ir maravillándose de todo aquello que se iba poniendo ante sus ojos? ¿A quién quiso dañar con sus actitudes, primero de espantado y después de inquisitivo? Sin embargo, Fulán llegó a sentirse triste, triste, remordido, lleno de sensaciones inexplicadas de culpabilidad. Ya no lo conmovieron las auroras, dejaron de sobrecogerlo los fantasmas nocturnos, el agua que bebía se le hizo insípida, el pan insustancial, floja la música e inexpresivos los mantos del silencio.

De mañana se alzaba de su lecho sin estímulo, de día obraba por inercia, por costumbre, como ausente, cansado y sin aliento, y de noche se recogía paciente y dolorido, sintiendo cada vez que dentro de él se renovaba algo como el dolor de haber perdido el día, de no haber hecho nada, de haberse desgastado inútilmente.

Él mismo lo confiaba, lo confiaba a unos papelitos que escribía por los dos lados, con lápiz tinta y letras menuditas, de una triste tinta tímida, borrosa, amarrotada. Y los papelitos dicen que él entonces no sabía ya atribuir funciones al futuro, que el futuro llegó a ser para él solamente como una gaveta con ceniza sin valor, que había que ir malgastando, y no como un tesoro adonde puede, en el mal tiempo, ir a corroborarse el triste, a través de la mágica esperanza.

Y así fueron las cosas largo tiempo, sumando meses, años.

Hasta que un día adquirió conciencia de su soledad, y el presentimiento, la sospecha de que acaso su soledad era su yerro.

Y cómo todo se juntó en un día.

Era una sosegada media tarde. Íbase él externando del poblado, por entre lo semiurbano, con rumbo a unas colinas, sin intento preciso, buscando sólo mover los pies un poco, y si la luz duraba lo bastante, leer algunas piezas de crítica sobre arte, insertas entre el material de una revista que acababa de comprar.

El paisaje, aunque para él era desconocido, le interesaba poco, ya que más bien se entretenía en mirar ojos adentro.

Su espíritu se abría a una expectación no usual en él, a una actividad introvertiente, a un revertimiento autónomo, espontáneo.

Y esta actitud crecía, tendía a redoblar; era como la del que en un

momento dado se sorprende a sí mismo empeñado en la búsqueda de algo, no entrando a acordarse de qué cosa es la que busca. Necesitaba algo, sentía que existía algo de que él tenía necesidad extrema, y tenía además la sensación de que ya lo iba a encontrar.

Tomándolas de sus apuntes, transcribo aquí unas líneas que me parecen útiles para aclarar el punto: “Comisionario soy, comisionario, y tengo que cumplir con una comisión que no conozco”. Y estas otras: “Ya se agita mi alma, se levanta en mi vientre una gran ola cuya raíz remueve mis arenas, y siento que en su último vuelco quedará manifiesta y visible para mis ojos, mi raíz”.

Empezó haciendo hallazgos de cosas pequeñas y deshilvanadas. Luego lo insignificante e incoherente se fue uniendo, uniendo, uniendo...

He aquí el itinerario:

Allí, dentro de él había todo género de cosas: cosas de la tierra, cosas del aire, cosas del agua, cosas de los cielos.

Se le iban presentando preponderantemente por medio de figuras. Sólo de tiempo en tiempo irrumpían, mezclándose entre las figuras, vagas palabras, bosquejos de ideación, sombras de pensamientos.

Vio surgir los rincones de una casa; en uno había un escritorio al que faltaban dos cajones; en otro estaba una maceta con zacates y helechos silvestres, de los cuales ninguno bastaba a justificar el desperdicio de una maceta; en otro había una jaula, no colgada, puesta como ocasionalmente sobre un bote de lata, y en el otro, no pensó, no se fijó en lo que en él hubiera. Los cuatro rincones existían sin interdependencia y no podía saberse si pertenecían unitariamente a un solo cuarto o si pertenecían a dos o más cuartos o patios diferentes. El resto de la casa cuyos eran acaso los rincones, no surgió. Quién sabe si hasta se diera el caso de que aquellos rincones pertenecieran a distintas casas y no formaran un complejo en sí, sino que fueran elementos más o menos independientes entre ellos, convertidos en una unidad sólo plástica y únicamente merced a la atención. Y no era difícil que ésta fuese la verdad, pues junto con ellos se presentaba también un anuncio de viajes en avión, que sí era memorización de algo auténtico, de cosa que estaba recordando ciertamente y que si se lo propusiera, podría llegar, incluso, a localizar el sitio, la ocasión y demás circunstancias entre las cuales lo vio.

Surgió también un monte que no era todo de orégano, ni todo de otras hierbas, pues tenía toda clase de plantas de las del campo, y además algunas

de orégano, y hasta arbustos pequeños, y dos árboles altísimos, espantosamente grandes. Y el uno de ellos era sólido, que contra su tronco se mellarían las hachas, y el otro, excesivamente frágil, tanto, que un colibrí, no mayor que un insecto medianamente grande, que —cosa que no usan hacer los colibríes— se posó en sus ramas y llevó el susto de su vida: desgajó una rama del grueso de una pierna de buey.

Se vino el pajarillo atorado entre las hojas, al suelo, con la rama; y al fin salió del suelo con miles de trabajos, apretando las alas contra el cuerpo y haciéndose angostito. Y ya fuera, tendió el vuelo; y mientras se alejaba torcía el cuello por encima de sus alas, ya invisibles a causa de la velocidad con que las vibraba, para mirar al árbol con enojo, tal como si estuviera resentido por la pesada broma, y haciendo el propósito de no tornar a posarse nunca sobre árbol, veleta, pararrayos, ni sobre cosa alguna que a aquel maldito árbol se pareciese o no se pareciese.

Surgieron asimismo unos suburbios. Con movimiento opuesto al de sus pasos corporales, que del poblado lo iban conduciendo hacia lo despoblado, se veía acá en su mente ir dejando atrás lo despoblado e ir empezando a entrar en una población.

Allí la tarde estaba ya en ese punto en que después de haberse hundido el sol detrás de la línea del horizonte, empieza a percibirse la mengua de la luz. El cielo todavía iluminado alumbraba todavía intensamente; pero ya no había sol en las bardas ni en los edificios, ni aun en las torres más altas. Sus últimos oros apenas eran recibidos ya por la porción más alzada de unos grupos de nubes que coronaban la tarde.

Abajo había, pues, una luz envolvente, pareja y de extrema suavidad. No se hacían sombras. El cielo, como a esa hora suele, aunque del lado del Poniente estaba todavía encandecido, hacia el del Oriente empezaba a pardear; pero las nubes, cuya posición se cargaba hacia el mediodía, también intensamente iluminadas emparejaban la luz hacia ese lado. Y además, ya se sabe que la luz del lado norte es la más fija.

En suma, de las cosas, sólo las caras que miraban hacia el Oriente recibían en menor dosis el vespéral reflejo, aún vivo pero ya decreciente, suave y triste.

Iba entrando Fulán por entre la primeras casas. La línea imaginaria de la mitad de la calle imaginaria, era su vía. Ya más adelante, en el lugar donde empezara a haber banquetas, Fulán se habría sentido raro e impropio, en

este acto de ir por en medio de la calle, como burro; pero como en aquellos principios no había aún banquetas, Fulán iba por donde iba con toda desaprensión.

En algunas de las casas las puertas y las ventanas aparecían cerradas, en otras abiertas las ventanas y cerradas la puertas; en otras, por el contrario, las cerradas eran las ventanas y las abiertas las puertas, y en otras, tanto las puertas como las ventanas aparecían abiertas.

Es decir, abiertas unas y cerradas otras, así estaban sin regla alguna, totalmente sin norma, como en cualquier ciudad.

Fulán seguía avanzando. Aquí ya había banquetas, las casas iban mejorando. Al llegar a una esquina Fulán volvió los ojos a su izquierda. Qué calle más bonita. Ancha, no mucho; empedrada con piedras parejitas y ornada con árboles simétricamente colocados. Árboles pequeños, frescos, de follaje inmóvil, no todos iguales, y en su mayoría eran laureles.

Y a la margen de las dos filas de árboles, las casas eran casi todas blancas; pero también las había azules, amarillas, rojas y rosadas. Añádase a esto que el terreno sobre el que se extendía la calle, era pendiente. Con inclinación suavísima, subía primero un poco, y en seguida se le veía descender, hasta llegar las crestas de las casas últimas a ocultarse detrás de la pequeña cuesta.

Fulán deseó entrar en esta calle. La tomó, y al llegar al dorso en donde terminaba el ascenso, la miró panorámicamente desde allí hasta su fondo. Moría en una plaza, en un jardín. Desde acá el jardín se dominaba libremente, era un rectángulo cortado en prados por medio de callejas divisorias; podían verse también algunas bancas, un monumento a Hidalgo y una fuente.

Fulán deseó bajar a esta plaza. Durante el trayecto, a través de una ventana vio una sala en la que había un espejo. Fulán no vio este espejo, se asomó por la ventana y no distinguió casi nada.

Bien vistas, vistas con claridad, nada más vio las cortinas, porque las tenía casi sobre sus narices. Parecía que había sillas, parecía que allí en el centro se veía un candil de prismas, parecía que había un espejo —esto que él tomaba por un espejo era una puerta—, parecía que había, hacia allá, una ventana y que allí estaba un sujeto. Era el espejo. En el espejo se vio él a sí mismo, creyó que era un sujeto; pero no vio el espejo.

Por el jardín erró con modos de novato; y con espíritu de niño, de payo, de fuereño, y de curioso, por allí anduvo enterándose, sin finalidad teórica ni propósito práctico, de todo cuanto iba poniéndose enfrente de sus ojos.

Era un jardín bastante pintoresco, singularmente hermoso; aunque no tanto, ni esperanzas que tanto como la calle por donde acababa de bajar.

En proporción directa del tiempo transcurrido a partir de su entrada en el jardín o jardinzuelo, crecía el interés con que su alma se entregaba a los objetos. Incluso el deseo de posesión, primero, y luego el de propiedad privada, fueron por él sentidos. Esta fuentequilla, compuesta de una taza cilíndrica y de un simple tubo de hierro por donde brotaba el agua, aquel pradecillo cuyo pasto parecía no haber sido rasurado en varios meses, aquel otro rincón que se hacía al fin de una doble fila de asimétricos laureles, y la roja callecilla empedrada con guijas blanquecinas, como de marfil terroso, estrecha y levemente comba, para que el agua se escurriera a los lados y rodara en dos hileros laterales inagotablemente; todo esto, y otras cosas con que no quiero recargar la paciencia del lector, las iba deseando para sí, para insertarlas en un jardín que fuese suyo.

Poco a poco empezó a retraerse, a concentrarse y —debo decirlo aun a riesgo de parecer pleonástico por un momento— a introsubjetivizarse; es decir, encima de hallarse ya abstraído de la realidad externa e ir dentro de sí y desplazándose en un plano que para dar a entender mi pensamiento llamaré de objetividad subjetiva, todavía a partir de aquí siguió cayendo dentro de otro que para no apartarme del propósito de darme a entender que llevo dicho, llamaré de subjetividad subjetiva; vamos, fue dejando de soñar sobre objetos y empezó a soñar sobre sensaciones y sobre datos ya íntimos y últimos, imponderables.

Le parecía ir siendo envuelto por un hálito de soledad, por una respiración de ausencia, por un melancólico clima de destierro.

El cielo, el aire, los árboles, los sotos y las fuentes, qué diversos, qué extraños y cuán ajenos y lejos se encontraban de poder entregarle el sabor desconocido de aquello que, también sin conocerlo, sentía necesitar.

Si encontrara un asilo, le pareció sentir, y la impresión de asilo, eso que antecede a la formulación mental de una palabra, eso que a veces se convierte y a veces no alcanza a llegar a convertirse en la palabra asilo, se le convirtió, y a modo de rectificación fue en él sustituido por eso que antecede a la formulación mental de la palabra albergue, y luego en la misma forma, en lo que a la palabra gruta, y luego en la mención de la palabra cueva, y luego mentó hogar, refugio, seno y otras muchas, y aunque cada una de ellas le parecía próxima a no comprendía qué, inmediatamente tenía que rectificarla.

Sí, por ahí iba; asilo, celda, claustro, seno. No podía dar con el término preciso; pero estaba casi cierto que era uno muy semejante a todos estos que acababa de mentar, uno al que éstos se aproximaban mucho, mucho; con todo, ¿cuál sería?

Debo estar fatigado, dijo al fin, quizá si tomo asiento y llego a sosegar-me un poco logre hallar mi palabra.

Y diciendo esto, hizo girar sus ojos con apasionada calma en busca de una cama.

Se extrañó levemente de no encontrar ninguna, se extrañó de ello lo mismo que si en lugar de encontrarse en una plaza pública se encontrara en una alcoba.

Eh, qué pueblo más inútil, se dijo, qué pueblo más inútil y más mal atendido; parece ser que éste es su principal jardín, y no obstante no se ve en todo él ni tan sólo una cama. Tendré que conformarme con una de esas rudimentarias bancas. Yo quisiera sentarme; pero, pues no hay camas aquí, debo tener resignación y conformarme con poder ponerme de rodillas. Y luego que lo puso en efecto, se dio cuenta de que en una banca, tanto como acomodarse de rodillas, puede uno tomar asiento, y aun tan cómodamente como en la más genuina y bien perfeccionada de las camas. Y como mientras se movía para adoptar la posición que deseaba, estuviera sólidamente persuadido de que al sentarse iba a sentirse maravillosamente cómodo, todo se hizo bolas cuando se encontró con que, al sentarse, experimentaba todo lo contrario, y se sintió presa de un desasosiego extraño que le daba la impresión de no haber tenido principio y de que nunca jamás se acabaría.

¿En qué consistiría aquello, Señor, en qué consistiría? Ah, ya se daba cuenta. Sobre la banca había un dosel de ramas, las ramas de este dosel bajaban demasiado y ello era como si el ala de un sombrero le quedara excesivamente baja enfrente de los ojos. Como consecuencia, tendió otra vez su vista y no tardó en localizar otra banca bajo otro dosel menos colgado; pero ya acomodado en su nuevo asiento, comprendió que en éste las ramas se excedían en altura, y ahora era como si el sombrero, demasiado echado hacia atrás, fuera a resbalársele por la nuca. De modo que buscó otra, y en ésta que estaba del todo sin dosel se sintió demasiado a la intemperie. No tendría caso si sólo se sintiera como sin sombrero; el mal consistía en que sentía sobre el casco de su alma esa desnudez que siente en la cabeza el que, sin tener de ello costumbre, se ha pelado al rape.

Y quién había de creer semejantes niñerías en Fulán, quién había de creer que Fulán fuera capaz de amargarse la vida por tales niñerías. El caso es que en un tiempo no mayor del necesario para rezar un credo, Fulán ya había cambiado cuatro bancas, y en lo que se rezan dos, más de catorce, y en lo que se rezan seis, ya las había probado todas, inútilmente. Y desde que empezó a buscar descanso, desde que se sentó en la banca en donde se sentó la primera vez que se sentó, hasta que ya las había probado todas por dos veces, la pequeña, mínima, embrionaria desazón que empezara a amargarlo en un principio, acabó por convertirse en una sensación de descontento, colindante de la angustia y la desesperación.

Si nosotros lo hubiéramos seguido desde arriba, con nuestros propios ojos hubiéramos podido llegar a constatar que así como los primeros cambios los fue haciendo con lentitud humana y natural, y los segundos o de en medio ya un poco precipitadamente, los postreros ya con celeridad nerviosa, agitada, patológica.

Viéndolo levantarse de su última banca, cualquiera habría pensado que acababa de advertir un coche, que rodando a cien kilómetros por hora, viniera en dirección y amenazara atropellar a un niño descuidado. Así, con esta exacerbación se levantaba; pero no era que acudiera a salvar la vida de ningún pequeño, era que iba a averiguar si en otra banca encontraba algún descanso.

Válgame Dios. Y ¿qué es lo que tenía?, ¿qué es lo que le estaba sucediendo?, ¿qué es lo que le acontecía?

En seguida, y no por alfojamiento de la tensión de su espíritu, mas porque el cuerpo es carne y la carne es débil, desde que alcanzó un punto de celeridad que llamaremos máximo, porque de allí no pasó, se sostuvo un poco en la violencia de sus movimientos, y empezó a descender, también por grados.

Y allá, al fin de las mil y quinientas experiencias, quedó por fin rendido, sudoroso, con el presentimiento recóndito de una irremediable y próxima derrota. Y se paró indeciso entre dos bancas, anheloso y sin acertar a decidirse por una ni por otra. Y contó las losas de piedra que en diagonal marcaban un camino que iba a morir al pie de una de las bancas. Eran dieciséis. Y contó las losas de piedra que también en diagonal formaban un camino que iba a morir al pie de la otra de las dos bancas. Y eran también dieciséis losas.

¿Cuánto tiempo permaneció de pie, confuso, buscando un apoyo que lo decidiese a tener fe, o a suponer en cuál de las dos bancas encontraría por

fin algún reposo? No se sabe. Lo único que yo puedo decir, es que al cabo de una atentísima, fervorosa, sutil y cordial meditación, se estuvo con los ojos clavados en el cielo límpido del Este; pero no mirando al cielo, sino sin visión ninguna. Y lo que decidió fue sentarse, de aquellas dos bancas, en la que hubiera más personas sentadas.

No advirtió que la que acababa de tomar era una resolución plagada de excepciones. Y que era, por ejemplo, imposible sentarse en la banca en que hubiera tantas personas cuantas pudiera contener. Pues de este modo, ¿cómo se sentaría en ella?... Esto lo estoy diciendo yo. Él lo único que hizo fue tomar su resolución.

Ya se encaminaba, digo, ya encaminaba sus ojos hacia las bancas candidatas; pero, y he aquí otra excepción, percibió que la banca que quedaba a su derecha estaba sola, vacante, desocupada, inútil o sin gente. Pues miró hacia la otra y observó lo mismo; ni tan sólo una mosca se posaba en ella. Entonces vio hacia otra un poco más lejana, y estaba vacía, solitaria, tan abandonada como las dos primeras. Y lo mismo la cuarta hacia la que, todavía sin dar un paso, envió la vista. Ya las bancas a que desde allí, sin moverse, podía tener acceso con la vista se habían agotado. Por tanto, se echó a andar y a medida que iba revisando, constataba que una tras otra todas estaban solas, todas, hasta la última. Y de pronto, sucesivamente y por el orden en que se hace la enumeración, sintió frío, miedo, tristeza, desolación, angustia, mueca en embrión de lágrimas, y lágrimas. Y recordó que desde que entrara en el pueblo, ni en las calles, ni en las casas, ni en las tiendas, ni en los talleres, ni en las oficinas había visto alma viviente. Una quintaesenciada y concentradísima gota de algo más amargo y hondo que cuanto hasta entonces había sentido y conocido, lo golpeó con titánica fuerza, como una punta dura como de acero y fría como de nieve y de vacío, exactamente la mitad del corazón, la mitad de la memoria y el centro de los huesos. Y entendió que no había bajado a ciudad alguna, sino que había andado recorriendo su propio corazón. Y como suele sucederme a mí, que cuando me duermo y sueño, a veces, dentro del sueño comprendo que estoy soñando, y desde entonces se apodera de mí el espanto y deseo alejarme del abismo del sueño y recobrar el mundo de mi vida real, Fulán quiso retirarse de su propio corazón; pero como a mí el abismo de mi sueño, a Fulán no lo quería soltar el de su corazón. Todavía lo trajo por más calles y callejones desiertos, por más casa vacías, por más tiendas sin dueño, por más ángulos y parajes de abandono. Y cuando, por fin, merced a

un prolongado y penosísimo esfuerzo logró volver en sí, se vio en la ladera de una loma muy baja y de muy suave pendiente. Muy tendidos y abiertos sus ojos se volvieron hacia todas partes, y recogieron una íntegra y rotunda sensación de soledad. A unos cien pasos debajo de sus pies moría la suave pendiente de la loma. Seguía una llanura desigual; árboles separados, que no se acompañaban, surgían en muy contados y diversos puntos, y la superficie huía, huía hacia lo lejos hasta abogarse, en la borrosidad formada juntamente por la penumbra insuficiente de la hora y por la lejanía.

Sobre él, a tal distancia que pensó podría ser volada con el lance de un tiro de piedra, el filo de la loma colindaba con un cielo parejo, azul amarillento, cabalmente baldío, y tan remoto como se deseara; pero un poquito más, y siempre, siempre un poquito más, pues poseía la siguiente graciosa e inquietante propiedad.

A la vista, sin hacer pensamientos, parecía tan próximo como el accesible filo de la loma; mas al pensamiento, al primer pensamiento con que Fulán pretendió tocarlo, se hizo cual si elásticamente, aunque con encogimiento más puro, más ágil, más sutil que el de los cuerpos elásticos, para adentro. Sintiendo fracasado, Fulán acudió al recurso de un segundo pensamiento, y a fin de que llegara más lejos, lo tomó y lo lanzó desde más adentro. Y sí llegó más allá, bastante más allá que el primero; pero nada, el felino cielo aquel se encogió todavía otro poco, a lo don Segundo Sombra, de quien, por si el lector no lo sabe, diré que se complacía en afiligranar sus duelos, no atacando al adversario, sino sólo hurtando el cuerpo, y nunca más allá de lo milimétricamente calculado, de manera que siempre, de los tarrajazos que le enviaban, lo tocaba el aire pero no el machete, y fue a establecerse aún más lejos. Y de este modo aconteció con el tercero, con el cuarto, quinto, sexto, etc., pensamientos con que Fulán se encarnizó en alcanzarlo. Válgame Dios, se dijo, sin hallar cómo hablarse. Válgame. Y es que se sintió como soltado —esta sed no saciada— y como disuelto, como empequeñecido, sí, y sin suelo. Sintió que estaba como no puede estarse, como es imposible estar.

Hacia enfrente y frente a él se iniciaba y, doblándose serpeante, se absorbía a sí misma una árida cañada.

Y hacia atrás, también en seguimiento de otra de las redondas líneas con que se recortaba la loma por la parte en que se apartaba del llano, la misma llanura desigual y monótona que se tendía a sus pies; y al parecer rodeaba a la loma por tres de los cuatro puntos cardinales.

Silencios, extensiones, extravío. Ya el sol iba acercándose a la línea de su ocaso. Un vientecillo atardecido, rastrero y desolado bastaba apenas a plegar muy levemente los más endebles tallos, y discurría tan apagadamente, que sólo con despojarlo de su temperatura y restarle aún un poco más de su pequeña fuerza, ya habría resultado imposible distinguirlo del tiempo, así como si al tiempo se le despojara un punto de su movimiento, acabaría por confundirse ya con el espacio.

Casi letal quietud, vacío, abismo, soledades.

Fulán sintió en el alma necesidad inmensa de aproximarse a algo, de recargarse en algo, de reposarse en cosa que no, como una pared de viento o muro de cartón, se le abriera o tumbara a cada intento, indefinidamente; que todo se le iba. Se le iba el cielo, las llanuras huían hasta perderse, el viento tendía a tiempo, el tiempo a espacio, y el espacio a hambre, a abisal boca abierta.

Sin embargo, permaneció parado. Qué maravilla el mundo. Siempre, desde cuando él recuerda, no ha apartado sus ojos de mirarlo. Durante cuánto tiempo él, él y cualquier mínimo objeto se bastaron. Mas ahora acababa de entender que era sujeto, que había sido sujeto de alucinaciones, de lisonja y traición; que todo le faltaba, que nada le cumplía. Que su corazón estaba lleno, pero sólo con fantasmas; que había sido víctima de un fraude, de un truco de espejismos y de espejos, y que había pretendido realizar en sí una suerte de falacia, pariente de la quimera mecánica del movimiento continuo; que en sustentar la llama de su vida y en prestarla a las cosas se había ido consumiendo, y que en esto se había consumido, y que de esto provenía su tristeza. Porque quizá había llegado ya a ese punto en que la lámpara sin óleo empieza a carbonizar su torcida. La ciudad de su corazón, acababa de verlo, estaba llena, llena de árboles, de casas, de callejas, de fuentes, de flores y de nubes; pero también vacante, solitaria, y ¿qué es una ciudad sin gente?

Y sin pensar ya nada más, sólo atenaceado por su sed, echóse a andar. De treinta o cuarenta largos y poderosos pasos escaló el tramo de pendiente o cuesta que lo separaba de la mesa de la loma. Esperaba que desde allí dominaría cumplidamente, en toda su extensión, las tierras circundantes, y que percibiría, fuese una huella, o algún sendero, o pueblecillo, o casa, o al menos cosa que le diera indicios, tanto del sitio donde se encontraba, como del rumbo que debería seguir para salir de aquel destierro. Pero ni aún se había bien parado sobre la meseta, cuando vio que frontera a él se alzaba otra ladera con cuya mole se impedía la vista de lo que hubiese detrás.

Y descendió el hondón, y calculando ascender sin rodeos y por la línea más recta, ganó la otra mesa. Y desde lo alto y no muy lejos vio una cinta que semejaba de plata y era un río amarillento, y también un caminillo que naciendo entre un grupo de árboles cortaba el llano hasta cruzarse con el río, en un punto en donde lo salvaba por medio de un puente, y seguía más allá, y serpeando acababa enredándose con las desigualdades del terreno.

Derechito bajó al grupo de árboles, lo atravesó y se hizo del camino.

A su alrededor, y como emanando de su propio pensamiento, la sombra vespéral empezaba ya a extenderse. Todo empezaba ya a ser anegado, se iba disolviendo y tendía a confundirse y a unificarse con la pieza de un único manto de penumbra creciente.

Al rumor que sus pasos arrancaron al puente, que era de madera, respondieron unos ladridillos ridículos, superlativamente exagerados, sin duda de animal pequeño, de perrillo de esos que aunque se desgañitan y deshacen, todavía dejan conocer a quien los oye sin verlos, que son pequeños, que no son de cuidado, y que precisamente por no querer enterarse de que no valen la pena, tratan de engañarnos así como se engañan a sí mismos; pero en vano se esfuerzan en aparentarlo en sus ladridos y en sonar como grandes.

Sus ojos, a Fulán, se le habían adelantado, e iban ya allá en donde, como a unos trescientos pasos, el caminillo se enredaba y perdía entre los tallos de la raquíta vegetación y el desolado suelo. Y su espíritu calentadito con los inocentes alientos y la pueril embriaguez a que por temperamento era tan dado y fácil, no conforme con las tardas posibilidades motrices de su cuerpo, ni con los limitados alcances de sus ojos, ya estaba instalado, todavía un poco más adelante que sus ojos, en un supuesto paraje apenas a medio cuajar adentro de su fantasía, en donde una criatura humana se cruzaba con él, y él la advertía, estudiaba, miraba, descubría, penetraba y contemplaba y hallaba un gran remedio en hablar y ser oído, en preguntar y hallar respuesta, en mirar y ser mirado, recaudando de este modo por primera vez, en pago, una parte de la riqueza que había perdido mientras se había derramado en sólo cosas que no saben...

Y al son de los ladridos no esperados, sintió en un golpecito de sorpresa, cierto desprendimiento, acompañado de un momentáneo paro de inquietud y estupor. Era que su espíritu, al adelantársele, no se le había desligado enteramente, como con la muerte, y había salido atado con uno como hilillo de resorte sutilísimo, elástico, y al tronar de los ladridos, este hilillo elástico y

tirante fue herido, y tornó a Fulán su espíritu hiriéndolo con él como un botón puesto al extremo de una liga tirante que de pronto se encoge, y en seguida, y de modo semejante e inmediato, recuperó sus ojos.

La reacción consecutiva fue una moción de alerta en parte suspensiva, en parte interrogativa, y en parte provisoriamente defensiva. A su tiempo se repuso, y conjeturó que bajo el puente, dentro del cauce del río debía hallarse un perro, y quizá en su compañía una persona. Con una embrionaria impaciencia cargó sus pasos a la diestra, y fue a salir a asomarse por sobre las vigas de madera que hacían de barandal, casi al extremo del puente.

El río estaba casi seco, alimentado por una cinta de agua cuyo curso apenas hacían sensible algunas hojas que soportaba y arrastraba encima. Al pie del puente se arremansaba el agua en una lagunita ovalada no más ancha que dos veces los brazos abiertos.

Con ojos más abiertos de lo que se requería, extralimitados, sin incluir al perro, recogió en esta estampa impregnada por la indecisa calidad poscrepuscular del momento, la silueta de una mujer, al tiempo en que ella hundía su cántaro en las aguas.

De hecho la silueta era borrosa y parda, de entonación un poco menos honda que la de la arena, doblemente sombría por hallarse en cavidad y por estar mojada; pero en contraste con el agua que le servía de fondo, se percibía oscura. No obstante, a Fulán, que mantenía sus ojos abiertos hasta la violencia, las pupilas obturadas casi hasta el total desplazamiento del iris y todo el rigor de su alma contraído sobre sus retinas, lo mismo que hubiera acontecido a un tecolote o a cualquier otro animal nictálope de estos a los que la abertura de sus pupilas, por ser muy amplias, les permite ver aquello que para el hombre ya es sombra, le pareció de una materia iluminada, azulosa, láctea y de una consistencia astral y etérea como la de las nebulosas. Y así, sobrepujando el argumento de que ya era un punto menos que la noche, y de que ya casi no se veía, Fulán sí vio, no sólo cuanto se veía y era, sino un poquito más, y menos, y, además, también algo trocado.

Detrás de la figura, el agua recién herida se estremecía en espejos, y su agitación se hacía con un temblor muy semejante y acordado con otro que se inició en quién sabe qué parte del alma, o las entrañas de Fulán. Parecía como si el cántaro hubiera sido hundido en él, que el agua en que habían venido a hundir el cántaro, lo fuera él; sino que mientras el ondulante y múltiple centellear del agua era sólo de naturaleza óptica o visible, el cerebral, cordial,

dérmico o lo que fuese, de dentro de Fulán, era de una modalidad imprecisable, tal vez sonoro, tal vez vegetativo, tal vez táctil. Ya le parecía ser punzado asimétrica e innumerablemente por los vértices incontables de un estrelleo copiosísimo; ya, que era como un cóncavo teclado recorrido por mil manos y otros tantos piecillos de gato; ya, que era como la encordadura de un arpa, cuyas innumerables cuerdas eran heridas por otros tantos plectros; ya, que era como un tronco carcomido por una población de gusanillos; ya, en fin, como un terreno en el que hincaba sus raíces toda la vegetación de un monte.

Y paradójicamente, el epifoco de la palpitación era la, según Fulán, angelical figura, comparativamente quieta a los pesados ojos corporales. Cier-to que ya sacaba el cántaro, posábalo en la mesa de una piedra, esperaba a que la vasija se escurriera un poco, y en seguida, antes de acomodárselo en el hombro lo enjugaba con el delantal y ejecutaba otros actos ya incidentales, ya conexos, tales como sujetarse la pretina de la falda y terciarse el reboso, que implican *a fortiori* el fenómeno del movimiento; pero otra cosa eran el palpi-tar del agua y el estremecimiento que en sí mismo conmovía a Fulán. Para extraer su cántaro ella había curvado su cuerpo nada más una vez en el no bien cumplido término de escasos dos segundos, y el agua del charquito o lagunilla ya había, en el mismo tiempo, cambiado *n* veces doscientos mil espejos.

El espíritu del hombre está ordenado según tal disposición que sea atraído más por aquellos objetos que contienen dentro de la mejor armonía la mayor fuerza y la más grande grandeza, con la única, pero no por eso menos considerable limitación de las malas cuentas en que lo hacen caer en la medida de su propia debilidad las vanas apariencias.

Lo ordinario es que de dos cosas de las cuales una reposa y la otra se mueve, encadene más la atención la que está en movimiento. Y de dos cosas en reposo, la más grande. Sin embargo, esta vez fue mucho más poderosa la fuerza de atracción ejercida sobre Fulán por la figura que por el agua, e incluso, más perceptible todavía que su propio sobrecogimiento. Tal vez así como si en un amplio telón luminoso está una reducida mancha oscura, lo que llama más la atención es la pequeña mancha y lo que tiende a pasar inadvertido es el fondo, así la figura, aunque comparativamente quieta, se sobreponía a la de aquel fondo un punto menos que infinitamente tembloroso. Quizá, más bien, a causa de la fase de crítica exacerbación y la disposición ya suficientemente explorada por que atravesaba, le fue dado a Fulán un inusitado poder

de penetración, equiparable al de un paladar agrandado con tal capacidad de diferenciación gustativa que pudiera, haciendo a un lado el superficial amargor, llegar a percibir el azúcar profundo que hay dentro del corazón y bajo el cuerpo amargo de la sacarina; y en virtud de este poder pudo Fulán llegar a percibir la imponderable suma de energía que, concentrada en insuperado concierto, se contrae bajo el inaparente edificio de una criatura humana.

En fin, sea como fuere —que esto ya es mucho devaneo, vicio de analizar y amor de laberintos y de conjeturas, y parece ser que no es en la teoría en donde está el camino por donde Dios me llama—, el caso es que Fulán, aunque ni entonces se dio cata de ello ni jamás lo supo, diluido quizá por los espejismos de la luna que, pálida y poderosa aparecía, lunatizado acaso, o imantado, o arrojado por los volantes tensos ahora en crisis de su propio destino en movimiento, se exhaló de su cuerpo, se levantó del suelo y sobre su cuerpo, lo menos medio cuerpo, y se infundió en el aire, como vapor de marmita que a los ojos se pierde, y despertó a un mundo que yo no sé decir si fuera Marte, la margen de los cintos de Saturno, un meteoro estático, el halo evanescente, o las colinas de la misma luna, digo, le cantó el pajarito de la gloria.

Lindo, lindo nomás, señor...

Ella sabía, como un historiador sin otro oficio, la historia de Fulán de punta a punta, y como un confesor estaba en sus secretos, y desde su nacimiento, lo mismo que una madre, lo había ido siguiendo paso a paso. Conocía su inocencia, sus arrobos, la desolación que a éstos siguiera, su extravío ulterior, sus últimas visiones y su ilusión presente.

De manera que cierta, apercibida y con madura fianza lo esperaba, y cuando lo miró en el agua sin constancia, destrozado, hecho partes, cambiante sin fijeza, se sonrió comprensiva, complacida, sosegada, familiar, compañera. No se sorprendió como desprevénida, ni hizo extremos de aquellos en que se alzan los brazos, se apresuran los pies y se exclama: ¡Cuánto gusto de verte! Tampoco permaneció suspensa, silenciosa, sin hallar qué decir, con la lengua envarada de emoción; simplemente sonrió con sonrisa profunda y sosegada, demasiado cordial para excederse en choque, y como si fuera un globo o un cayado de humo, se desprendió del suelo y con levación directa y vertical, aterrizó en el puente.

Fulán le fue a decir: hermana, eso es: hermana: hermana, con dos puntos; y luego iba a decirle algo que era como el exordio de un discurso, y como

los antecedentes de una declaración que, acaso, jamás se acabaría. Pero le pareció, de pronto, poco, y en seguida mucho, y luego penosísima, y a la postre sin cuerpo y como ajena, y no exhaló palabras.

Ella le prestó tiempo, y como dicen: “no quise arrebatarle la palabra, y esperé a que terminara de hablar”, así ella no quiso interrumpirle su silencio, y esperó a que acabara de callar.

Y cuando ella entendió que ya Fulán había llegado al cabo —que no fue nunca, y sin embargo también lo fue inmediatamente—, le presentó su cántaro con un cordial silencio que no era la muerte, no el vacío, no el callar de la muerte, sino sonoridad ensimismada, y lo invitó a que bebiese.

Luego se sentó en el puente sobre el suelo, en cualquier parte, y apoyando abierta la palma de la mano en el punto del suelo más acercado a ella, le dio a entender que descansara allí, que allí estaba, y que aquel banco era el banco, aquel banco no solitario que él buscaba.

Y esta escena transcurrió en un instante, quizá no transcurrió, y sin embargo, todavía no termina, y Fulán y yo, y cada uno lo sabe, no importa que ninguno lo sepa.

Y junto con todo esto, y sin que esto sea falso, también es cierto que no ha sucedido nunca.

La realidad concreta, accidental, externa, transitoria, fue otra, y ya pasó, y una vez que pasó, es como si no hubiera pasado.

Volvamos al punto en que el perrillo comenzó a ladrar.

La acarreadora de agua, vecina, acostumbrada, hecha al lugar, enterada de que su perrillo ladraba a cualquier cosa, y a todo y por nada, y tan desaforadamente al desgajamiento de un rayo como al movimiento de una hoja, con la sola diferencia de que en los casos del tipo del rayo lo hacía reculando, y en los casos semejantes al de la hoja sosteniéndose en firme, y en casos hasta atacando, no sé cómo decirlo, pues no sé bien si se enteró o no, o si nada más se hizo la desentendida y no se dio por enterada.

He aquí, tenía una carita oval, o dicho con más exactitud, finamente ovooidal, porque en la frente era ancha, esférica y airosa, en tanto que hacia abajo se afinaba paulatinamente.

Sus cejas eran separadas, perfectamente separadas y muy altas, suspensas en el alza en que se ponen a la mitad de un suspiro, y la boca, ligeramente abierta, como cuando se está absorto.

Toda su figura era esbelta y acusaba tristezas habituales; su ropa, cam-

pesina, su color, trigueño, quizá heredado en mezcla con otros, de las razas indígenas.

Así era ella, y lo digo con objeto de ver si hay alguno que la reconozca, y de que la vea aquí en su mundo. Pues ¿qué fue lo que hizo? Nada, ya lo he dicho tres veces, cargó su cántaro, y desentendiéndose del escándalo que estaba armando el perro, se trasladó formando una curva paralela a la margen de la lagunita, pasó sobre la cinta de agua pisando sobre ciertas piedras distantes aproximadamente un paso la una de la otra. En seguida, y sin salir del cauce todavía, caminó un poco alejándose del puente hasta alcanzar una sendereada parte, hecha camino sólo a fuerza de pasajes por el punto en que estaba, y por allí ascendió, y salió al llano de la parte por donde Fulán había venido y se regresó hacia el puente. Y precisamente cuando venía entrando en él, Fulán tornaba mínimamente en sí, notaba que ya no estaba abajo y tendía sus ojos por buscarla en la extensión y al fin volvió a encontrarla cuando ya casi se cruzaba con él y terminaba de atravesar el puente. La siguió con los ojos, y cuando vio que iba ya algo delante, fue a su zaga además de con los ojos, con los pies.

Y la iba viendo doblemente, es decir, la iba viendo con los ojos, cómo se alejaba, y con la imaginación, cómo la había visto mirarlo, pues aunque ella había fijado en él sus ojos, sin pena ni gloria, y sólo porque había pasado muy cerca y no era inanimada ni ciega, él sintió recoger expresiones imponderables y sin número, y recibió una marca que se le estereotipó y que ya nunca jamás en él se borraría.

Ya era tal hora que empezaban a apuntarse las primeras estrellas y la luz de la luna a causar sombra. La de Fulán partía de sus pies y caminaba enfrente, y Fulán iba pisándole los pies, y no es que se lo propusiera, sino que no podía ser de otra manera. Ni siquiera se acordaba de su nombre. Insistía en dejarse y en adelantarse y en salir del lugar que ocupaba en el espacio.

Hubiera deseado ir junto a ella; llevarle el cántaro y llevarla a ella. La acarreaba en sus brazos, sin concupiscencia alguna, sin el menor deseo y sin la más mínima sombra de necesidad. Antes le parecía estar tan rico, que su actitud era la del que ofrece, y no la del que pide. Véase si no. En un brazo la llevaba a ella, y no lo gravaba más que lo que un pajarillo gravaría al corpulento brazo de una rama de roble, y en el otro llevaba el cántaro y todavía se le hacía un polvo. Si hubiera ido sin ninguna carga y, para extremar las cosas, totalmente desnudo, se hubiera sentido más pesado. No quería acariciarla, no que-

ría hablarle, no quería oírle hablar. No sentía ni la necesidad más nimia, la de ser comprendido. El único progreso que, sobre su actual posición podría haberse concebido, hubiera consistido en que se acreciera el servicio que le iba prestando. Por ejemplo, si ella y el cántaro de ella se hicieran más pesados; eso es, sólo si ella, y su cántaro se hicieran más pesados, conseguiría él sentirse más ligero. Sólo así, ella y el cántaro, en vez de pesarle tanto como un pajarillo pesa a la mole de una roca, habrían ascendido a pesarle tanto como al propio pajarillo le pesan sus alas, o como al mundo el humo que se va elevando.

Muy bien, le hubiera dicho. Estoy hecho una fuente de agradecimiento. Mi agradecimiento toca el cielo y con mi agradecimiento llego adonde no pude llegar ni con el pensamiento. Mira, hoy en la tarde quise lanzar mi pensamiento hasta el confín del cielo, y no me fue posible. Sin embargo, ahora siento que ya lo he alcanzado. Y no lo extraño. Ahora siento que el cielo no está lejos, que lo alcanzo con gran facilidad y sin ningún trabajo. Y no me extraña. Te lo digo porque el decirlo me da igual que el no decirlo. Si te parece hablo, y si quieres me callo, para mí es igual. Si quieres apega un poco más, o mucho más, tu cabeza en mi hombro. Y si quieres apártala, o si quieres vete, déjame para siempre. Piensa en mí, piensa en otro, en otros, cástate con quien quieras, quiere a quien quieras, yo pensaré contigo y de la misma manera que tú pienses, y busques el bien donde lo busques, con tal de que lo encuentres, me es igual.

No fue largo el tramo que necesitó andar para quedarse solo.

Mucho antes de lo que ninguno imaginara, al rodear el ángulo de un bordo de tierra, apareció un jacal, y detrasito otro; y próximo, una casa de terrado en la cual se hundió la muchacha con su cántaro.

Fulán la vio hundirse y oyó cerrar la puerta: adelante, le dijo, que tengas buena noche. Asegura tu puerta y descansa tranquila. Y con la misma paz, al mismo tiempo, y con el mismo acto se dirigió a su sueño: “adelante”, y continuaron caminando como antes sin preguntar a dónde.

Y ya no era un caso de enajenación mental en el que diera por cierto lo que no lo era, sino que abarcaba simultáneamente los dos mundos.

Ya no, con el gran deslumbramiento del complejo iluminario de su escenario íntimo, se apagaba a la realidad accidental del mundo externo.

Ya no, como acontece, era preciso que el día perdiera el sol para hallar sus estrellas, sino que así, como si por virtud de un milagro sucediera que el sol se presentara sin que se destiñeran los astros de la noche, así Fulán veía y

vivía lo que soñaba y era enteramente suyo, sin olvidar lo que le rodeaba y puede ser de todos, y no obstante era también sólo suyo.

No se concibe el estado de la fiel lucidez práctica dentro del estado de éxtasis. Es característica del visionario, que mientras él mira fijamente el aire en que se desenvuelven sus incorpóreas visiones, se tropiecen sus pies. De algunos se ha sabido que cayeron en tierra de plano, otros vienen a dar adentro de una zanja, y no ha faltado el que vuelve en sí ya en el fondo de un pozo.

No se concibe; con todo, la realidad ofrece ejemplos en que ya no sólo dentro del relativo arrobo del soñar, sino aun dentro de la más profunda enajenación que es el dormir, el sujeto se guía en sus mociones con tal pericia, que no es capaz de tanto mientras está despierto. Todos hemos oído hablar de los sonámbulos, realidad inconcebible que ninguno comprende. Habrá quien no crea en el fenómeno del sonambulismo, nada más porque es inconcebible. Pero yo digo, en este caso, para ser consecuente, no crea en nada, en nada, que si espulgamos un poco, acabaremos viendo que todo es prodigioso, espantable, inconcebible.

Contra hechos no hay argumentos. Vamos a ver, dormidos nos movemos, nos encogemos, nos estirarnos, damos vuelta: ¿quién va a saber entonces que el colchón está en alto y el pavimento en hondo, o que la cama acaba? Sin embargo, por millares y millares de horas hemos salvado la caída. Y yo sé de uno que dormía en un catre delicioso. No era más ancho que la dimensión que había entre sus hombros. Tendido boca arriba, le quedaba siempre un margen en el aire, y si se volvía de cúbito, sólo bien estirado tenía total apoyo, pues a poco que encogiese las piernas, ya estaban las rodillas des-terradas, sin soporte, en el vacío. Debo añadir que su pieza, antes de ser al-coba, había sido no sé qué cosa. Y para servir a los fines de lo que había sido antes, su pavimento era inclinado, bastante inclinado, de manera que algunas veces, al principio, llegó a darse el caso de que mientras él dormía, movía la cama, y ésta, con movimiento uniformemente acelerado, como dicen los físicos, se venía rodando a lo largo del cuarto, y hubo ocasión en que llegó a trasladarse todos los seiscientos veintiséis centímetros que separaban la pared cabecera de la de abajo, y el tipo llegaba al otro lado sin caer. Válgame Dios. Puso unas cuñitas en las ruedas; pero a veces venía la recamarera, y ya se sabe, no siempre anochecían las cuñitas, y vuelta a rodar. Con esto acabó por descuidar las cuñas, pero aprendió a revolverse en su lecho con tanta precisión, que por meses enteros la cama no rodaba ni tan sólo una vez.

Y hay que ver la preocupación con que dormía. Muy seguido venía un hermano comiendo plátanos, y tiraba las cáscaras aquí y allá, en cualquier parte del suelo; pues aunque él las juntaba, todavía en sueños veía que su cama, en vez de patas de cama tenía patas de caballo. Y que daba pataditas como suele un caballo amarrado, y que no siempre ponía la pata, al regresarla al suelo, en el mismo sitio exacto donde la posaba antes de levantarla; así que algunas veces pisaba sobre una cáscara y se resbalaba, y en ocasiones se despatarraba, menos malo, porque en otras se espantaba y se soltaba dando respingos.

Y yo creo que con todo esto llegó a formarse dentro de este hombre una actitud defensiva, y tras una secuela que no quiero seguir en pormenor, vino a adquirir una estructura sonambúlica de inusitada singularidad. Sin despertarse, allá a las altas horas de la noche, sumido en su sopor y las tinieblas, se alzaba de su lecho, se vestía, salía de su pieza y se echaba a andar, a veces por las calles, a veces por las azoteas, y en ocasiones se metía en vericuetos por donde un despierto no osaría. Y no exagero, que se dio el caso en que despertándose se hallara en parte que para llegar a ella necesitó venir por un camino de bardas y tejados que en estado de vigilancia no lograría volver a atravesar.

He creído preciso hablar de todo esto, porque me he creído incapacitado para seguir hablando de Fulán, ya que él sin dejar su ensoñación, sin preguntar a nadie, sin plantearse el problema, nada más andando sin fijarse en por dónde iba, llegó a la ciudad de donde había salido, y al mesón de mi abuela, de cuyo arrendatario era hijo, se metió en su cama y se quedó dormido.

Al día siguiente, desde que despertó, se sintió otro, enteramente curado de pesimismo y de melancolía, muy lleno de simpatía hacia todos, y rebosante de yo no se qué imperturbable paz.

V

POROS Y PENIA

El día en que, varios años más tarde, Fulán volvió a ver y conoció cumplidamente a Juana Andrea, se juzgó ante un abismo.

Iba mal el negocio en el mesón, que para hacer su tráfico, el padre de Fulán había arrendado a mi abuela. Partidas de rebeldes ocasionales y anóni-

mos, amparándose bajo el apelativo de revolucionarios, empezaban a bajar a los ranchos, a quemar las cosechas, a robar el ganado, a asolar los caminos.

Yo no sé si el lector contemporáneo tiene idea del estilo de tráfico que se hacía en un mesón. Un mesón era una hospedería de arrieros.

Allá al Bajío empezaron a llegar los coches automóbiles en el año de mil novecientos catorce; pero no se hicieron de uso corriente sino hasta dos o tres años después.

El primer automóvil que yo vi en mi vida fue el de mi tío don Nando. Uno de marca Chalmers, que si ahora apareciera por las calles entre los modernos, causaría maravilla por diverso y ridículo. Las ruedas traseras eran un medio tanto mayores que las de adelante. El diseño de su conjunto tenía más semejanzas con sus antecesores los coches de caballos que con los automóviles de hoy, sus sucesores. Y en vez de claxon tenía una corneta que se hacía sonar con un envión de aire que producía una bola negra de hule al ser apretada directamente con la mano, y su tamaño era el de una naranja grande, y estaba conectada a la corneta por medio de un tubo de anillos de latón en espiral, muy reluciente, doradote y vistoso. No podía ser dejado junto a la banqueta ni en ningún otro sitio de la vía pública sin cuidador, porque como era el único y primero que en aquella ciudad aparecía, a su vista se apiñaban los curiosos y todo lo tentaban.

Lo mismo pasó con el primer camión.

La célebre compañía de titeres apellidada de Rosete Aranda, que todavía hoy suele anunciarse y reaparece en los teatros esporádicamente, lo llevó. Se aposentó la compañía en una de las casas fronteras a la mía, y a la puerta pusieron su camión y allí estuvo de día y de noche a lo largo de todo el tiempo que entre nosotros duraron. Nos causó tanta novedad como el primer automóvil, pues considerábamos que se trataba de una invención distinta de la de los automóviles. Coches que caminaran solos, ya lo íbamos pasando; pero, ¡carretones! Y también éste tenían que cuidarlo. También lo rodeaba la gente, y cada uno quería también irlo tentando.

Más tarde llegó otro coche, después otro, y otros varios y la gente dejó de volverse al paso de un, lo que fuese, auto o camión.

Pero el tráfico de la arriería no empezó a morir exactamente entonces. El tráfico de la arriería empezó a morir un poco antes. ¿Sería en mil novecientos once? ¿Sería en mil novecientos doce? ¿Sería en mil novecientos trece? No lo sé. Sólo sé que a raíz de la inseguridad que pesaba sobre los conductos,

desde que los rebeldes comenzaron, como digo, a bajar a los ranchos, a robar las trojes, a recaudar animales, a asolar los caminos, empezó a decaer el negocio que el padre de Fulán tenía establecido.

Eutimio se llamaba este hombre. Era viudo, y Fulán fue creciendo con él, a la buena de Dios, sin real dirección. Porque Eutimio era un hombre de muy cortos alcances y no sabía ver más allá de sus narices.

No es difícil que sin tomar en cuenta las aptitudes ni la vocación de su hijo, sin plantearse siquiera el problema, sintiera como cosa natural, que lo natural era que a su tiempo lo sustituyera a él y trabajara en lo que él trabajaba.

Pero Fulanillo creció sin control, casi dentro de una completa libertad. Y cuando vino la Revolución, aunque lleno de mil habilidades, todavía no poseía oficio ni beneficio.

Y como el negocio se volvió incosteable, Eutimio se llegó a ver imposibilitado para pagar el arrendamiento, canceló de palabra el contrato que con mi abuela tenía hecho y se esfumó.

Fulán quedó entonces totalmente al garete. Ya dijimos cómo sabía hacerse útil, y cómo, además, siendo manso, jovial, agradable, no pesaba a ninguno.

Dio en venir con frecuencia a la casa de mi abuela a ver si se ofrecía algo. Se le encomendaba que tapara unas goteras que se hacían en el techo, que hiciera tal o cual mandado, que sacara agua del pozo hasta llenar la tina.

Él se excedía y regaba las macetas.

De este modo llegó a ser invitado algunas veces a quedarse a desayunar, a comer otras, y así, hasta que acabó instalándose en la piececita de la azotea.

Ahora se presentó también Juana Andrea.

Fulán había estado ausente varios días. Lo enviaron a que consiguiera no sé qué papeles que hacían falta quién sabe para qué. A su regreso se encontró con la tía Lina. La vio y se juzgó ante un abismo. No reconoció en ella a la muchacha de la tarde, del perrillo, del cántaro y del puente. En cambio, le pareció que estaba descubriendo su destino. Porque las huellas que de ella, en el atardecer de sus crisis recibiera, se le imprimieron tan hondo, tan hondo, que para llegar a ellas necesitaba de algo más que aquello con que se suele contar en los días ordinarios; pero desde lo hondo, obraban y producían efectos, condicionaron su sensibilidad, troquelaron su arquetipo, determinaron la imagen ideal que habría de perseguir.

Y a la presencia de Lina, a su figura, respondió hoy el duplicado que en lo hondo de su alma latía.

Así, el día en que Fulán conoció cumplidamente a Juana Andrea, se juzgó ante un abismo. Se quedó mirándola con la expresión de vértigo del que mira un abismo; pero Juana Andrea interpretó mal su mirada, se ruborizó, y si no hubiera sido porque vio que Fulán era tratado como un sirviente, se habría sentido ofendida.

De todas maneras, algo en ella se puso en guardia y en hostil vigilancia en contra de Fulán.

Pocas cosas habrá de tanta aventura y que corran tanto riesgo de no dar en el blanco, como ésta de externar opiniones y enjuiciar y sentenciar al prójimo. En rigor, no debiera efectuarse ni siquiera en las mientes. Pues, en efecto, ¿qué podemos nosotros decir que sabemos de los otros, si carecemos aun de lo necesario para dictaminar sobre nosotros mismos? “El que no tropieza con sus palabras puede tenerse por un varón perfecto.” Sin embargo —permítaseme declararlo—, yo creo que es hasta esta equivocada interpretación de la tía Lina hasta donde hay que retornar, para llegar a la raíz y poder determinar aunque no sea sino uno de los móviles que la arrebataron y engañaron, torciéndola hasta el casi paradójico desacierto de pensar que el ultrajante que se le había acercado la noche en que yo lo hice, era Fulán.

Entiendo que ésta, la deportivamente apellidada tía nuestra no era tía que, con todo y las circunstancias de excepción que según llevo dicho le correspondían, se hallara completamente libre de aquellas represiones de la sexualidad, condicionadas a fuerza de malicia y misterio, que nos afligían a nosotros.

Vio abismarse sobre ella los ojos de Fulán, vio a los ojos de Fulán asomar y echarse como desde una torre a plomo sobre ella, los vio desorbitarse en una transparencia a la cual ella aún no ascendía, y distender las alas de una llama que precisamente porque por su alcance alumbraba en donde ella, como tantos, temía abrir las ventanas, la sobrecogió, de modo que sin comprensión bastante la reputó llama ordinaria, hervor de juventud, lascivia usual, notó que en sí sentía —o la sintió sin notarla— una fascinación que a ella en su malicia la llamó a cosa vedada; sufrió crisis, montó guardia y prefirió proyectar contra Fulán el dictamen oscuro y soterrado que, de haber aflozado a su conciencia, habría caído y quedado pesando sobre ella.

Y tanto enredo sólo porque de lo relativo a las servidumbres de la generación jamás se nos permitió una vista leal, o franca, ni de ninguna especie.

Ahora, después de largas consideraciones e innumerables vicisitudes,

pienso que quizá debiera habérsenos enseñado a considerar lo irremediable como irremediable, lo triste como triste, lo torpe como torpe, etc.; mas no lo imperativo universal de las especies como escandalosa y excepcional monstruosidad.

Aquellos primeros trucos y engaños con que nos hacían creer que habíamos venido al mundo adentro de una caja de cerillos, en el cesto de ropa de la lavandera, o que nos trajo un monje o una cigüeña, se llevan fácilmente mientras no se pasa la edad que llaman de la inocencia, cuando no lo es sino de la ignorancia. Hasta aquí no hay problema; pero luego viene la época de los primeros atisbos, y lo primero que sabemos nos llega entre cautelas y silencios que provocan recelo y generan malicia y curiosidades insanas, tan vigilantes como encuevadas e hipócritas. Y, ¿qué conflictos no vienen a plantearse en el equilibrio de nuestra sensibilidad, cuando, así dispuestos por esta torpe táctica, llegamos al conocimiento de los antecedentes del nacer? ¿De modo que así nacemos, entonces... nuestros padres...? Y ya no digo más; que cada uno vuelva, retorne hacia el pasado y traiga a su memoria aquel momento en que en la escuela, en la casa de ciertos amiguitos, en donde haya sido, tal o cual rapaz, echándose las de listo, o hurtada y confidencialmente fue levantando la cortina de sus ojos.

No, yo no puedo estar de acuerdo con el ocultismo, que sobre ser enteramente inútil, exacerba la malicia, así como tampoco con su contraria la crudeza, que provoca desvergüenza e irresponsabilidad. Yo, a su tiempo, enseñaré a mis hijos y les responderé que esta hambre no es un crimen, que es una servidumbre triste, eso es, una servidumbre triste, como todas las que proceden de nuestra transitoria alianza con el polvo, y que quizá el único verdadero objeto de que las cosas sean así es nuestro bien, porque de otro modo, no teniendo continuamente enfrente un documento que nos obligara a recordar también frecuentemente nuestra debilidad, caeríamos en otra más verdadera y lastimosa culpa, esto es, en la soberbia.

“Castigaré la secreta lujuria con manifiesta soberbia.” ¿En dónde he aprendido esto? No lo recuerdo; pero ah, qué exacta, qué precisa, qué preciosa, qué inestimable admonición. Su contraria no es: hay que vivir descaradamente nuestra lujuria, no, no es esto lo que entraña; antes: premiaré la contrición y la aflicción nacidas del reconocimiento de las flaquezas propias de la carne, con copiosos frutos de buena condición y con íntima dulzura y mansedumbre.

Si en lugar de decirnos ¡malvado!, se nos dijera: conócete y humíllate y no confíes en ti, y se nos enseñara a despreciarnos y a luchar humildemente, y si nada más se nos diera como freno la consideración de los resultados de una existencia torpe, tales como el despilfarro de la vida, esa a manera de muerte que es el agotamiento y la desecación del ser, y se nos indicara además que el que engendra un hijo se convierte en padre y no podrá sin culpa dejar de otorgar amparo a este hijo y a la mujer en quien lo engendra, etc.; si dentro, repito, de la mayor franqueza y lejos del ocultismo y del escándalo se nos hiciera ver estos asuntos y se expusieran a la luz estos principios, se nos ahorrarían muchas angustias, muchas exacerbaciones, y se nos libraría de graves represiones, y mucha hipocresía, inhibición y soledad.

No culpéis a los pies por andariegos, ni al corazón culpéis por afanoso.

Por ahí andaba la tía Lina, por ahí andaba alzada, arisca, cerrera, escurridiza, cuidando de que no la contemplaran muy de cerca, cuidando de que no la examinaran muy de largo, temiendo, no comprendía bien qué, algo así como que fueran a leerle algo que en manera alguna le era dable precisar, en los ojos.

Con esto, a mi entender, tenían que ver también otras manías sintomáticas de la característica malicia inconfesada, ciertos actos que en el fondo no venían a ser sino resultado de una censura reprimida e inconsciente.

Cada vez que mis tías, mis tías por la rama materna, justo es esclarecerlo, sospechaban que alguno de los chicos había sido autor de determinada travesura, se las echaban en cierto modo de adivinas. Colocaban al chico, no frente por frente; le miraban la frente y le decían: “Si lo has hecho, aunque no lo confieses, va a aparecer escrito en tu frente”. O bien, lo daban desde luego por escrito, y demandaban: “A ver la frente”. Y el pequeño, creyendo que efectivamente tenía letras dibujadas, se daba por descubierto y confesaba. Pero después, más tarde o más temprano, acababa por adquirir el hábito de hacerse un maestro en el arte de conservar la frente impenetrable.

“¿Quién quebró la sopera?” Debe haber sido Chonita; quién sabe qué cosas como letras le estoy viendo bajo los cabellos. Y es que casi siempre, antes de proceder así, averiguaban de antemano la verdad; entonces se hacían disimuladas, hablaban como si no supieran cosas con anterioridad y daban el gatazo de no poder ser engañadas.

Recuerdo que en una ocasión, mientras se rezaba el rosario, que era para nosotros acto de soberano aburrimiento, Porfirio se distrajo y dejó de

contestar. “Eh, Porfirio, ¿por qué no contestas?” Y a Porfirio se le ocurrió hacerse el dormido. Nunca lo hiciera el pobre. Ya no se le dijo más, se continuó por los demás el rezo, y el tal Porfirio, por llevar adelante su ficción, siguió sin contestar durante todo el rato que duró el rosario. Pero éste se acabó y la solterona, que en honor de la verdad, era la peor de todas, y la más taimada y rencorosa, vino adonde el callado estaba, y acercándole la vela de cera y parafina que siempre para el rezo se encendía, dijo: “A ver, vamos a ver si en realidad está dormido”. Y añadió: “Si no está dormido, ni tampoco se ha muerto, tiene que tragar saliva”.

Se le había puesto tan cerca, que pienso que Porfirio le sentía el aire de la respiración. No pudo más Porfirio, se le paró el resuello, se le abrieron las fuentes de la saliva, se puso rojo rojo, y tragó un trago tal, que no daba más verse, sino hasta ser oído pudo.

La vida entre estas cosas, entre gentes que hacen estas cosas, desarregla el espíritu. Y Juana Andrea, como recién caída entre esto, aunque ya había adquirido la noción de que tenía que cuidarse, todavía no se adiestraba cabalmente en el arte de la simulación. En circunstancias normales habría caído víctima de un exceso de cautelosidad. Menos mal que para entonces atravesábamos un tiempo revuelto, en el que cada cual mantenía pendiente su atención de los riesgos y recesos que corrían o sufrían sus asuntos, y en que aun el simple vaivén de que “ya vienen éstos”, “ya se fueron aquéllos”, sostenía distraído el interés y la atención distante de escudriñar al prójimo.

Sin embargo, la situación tendía a serenarse, transcurría un intervalo de relativa calma. Parecía que lo político tendía a equilibrarse; más, por lo que ve al tiempo: había llovido un poco, después había soplado el viento, las nubes se habían ido y el sol se había visto en el caso de tener que bajar a los senos de su ocaso en medio de un alrededor completamente limpio, acompañado nada más de su propia, aquella tarde inusitadamente profunda y blanca, limpia luz.

“Quisiera —exclamó nuestro tío abuelo don José María, como hablando consigo mismo—, quisiera estar en la casa de tu rancho. Pocas partes conozco en donde puedan verse llanuras tan tranquilas y extensas.”

Juana Andrea era la única que le quedaba cerca. No respondió palabra.

Las yerbas de las macetas estaban empapadas. Cada día las regaban. No parecía probable que lloviera, no se pensó en ello, regaron las macetas, y todavía no acababan de escurrirse, cuando se presentó el chubasco repentino. Así que para las macetas, aquella tarde llovió sobre mojado.

El anochecer se fortalecía, maduraba la noche, su sustancia divina callaba transparente.

En el espíritu de Juana Andrea cayeron las palabras del tío abuelo don José María como granos de simiente en un seno de agua, en donde, por estar a la sazón algo turbado, no se advirtieron círculos ni ondulación alguna. Y como es natural que acontezca a los objetos que pesan más que el agua y caen en ella, allí se sumergieron y bajaron al fondo. Y cualquiera las habría dado por perdidas. Sin embargo, a su tiempo se hincharon, reventaron, expidieron ramillas, se fueron convirtiendo en yerbecitas.

No había Juana Andrea vuelto a pensar en las llanuras, en la yerba, en los árboles. Verlos, oírlos, tocarlos, encontrarlos a cada paso, había sido su vida; nunca le habían faltado. Luego, cogida por las circunstancias, había salido de entre ellos poco a poco, con un desprendimiento tan paulatinamente realizado que en verdad le había resultado imperceptible.

Desde siempre, hasta el día de la muerte de su madre, sus encantos habían sido, despertar, sentir el aire y aspirarlo, mas no analizando si olía a tierra, a yerbas, a flores o a animales campestres.

Cuando abría la ventana, no entendía hacerlo con propósito o sin él. Y cuando don Valente Palomino le decía: “¿Quieres venir al monte, Juana Andrea?”, se embargaba, pero no hacía conciencia de que la fascinaba el monte.

Y desde la desgracia, se recogió en sí misma, y aunque siguió viviendo entre sus campos, e iba al monte hasta con más frecuencia que antes, ya no les era próxima, sino que casi siempre se iba con el viento, con las nubes, o con los ríos de agua, a lugares tan vagos como el conocimiento que tenía de las guaridas del viento, de los puertos de las nubes, o de las tumbas de esos ríos de que no sabemos hacia dónde siguen después de salidos de los campos de nuestra visualidad.

Finalmente, ya sabemos cómo don Valente dio en hacer que su muchacha lo acompañara con frecuencia a la ciudad. Ahora vengamos a los días en que murió don Valente, mejor dicho, a los que después de éste vinieron.

Cada quien tiene sus limitaciones, no hay persona que sea capaz de abarcarlo todo con su pensamiento.

Durante una actualidad dada, cada cual piensa, preponderantemente, en lo que dentro de esa misma actualidad le es más importante, en segundo lugar en lo que sigue a esto en importancia, y así, hasta donde alcanza, exactamente hasta donde alcanza, ni un punto más allá.

A Juana Andrea la había embargado y habían bastado para absorberla todas las inquietudes y cuestiones que naturalmente asaltarían a cualquier muchacha que habiendo vivido siempre como hija apoyada en sus padres, en un momento dado se encontrara con el hecho de que ha perdido el apoyo y con el imperativo, no calculado de antemano, de que ahora tiene que enfrentarse con la vida. Entonces las cosas del mundo se le presentaron, más bajo el aspecto de cuestiones y problemas, que como objetos de contemplación.

Por ventura, la casa de mi abuela le fue brindada muy oportunamente, y así, aunque con visibles diferencias, volvió en cierto modo a la condición filial, a una condición muy semejante a la de hija de familia, por cuanto que, en virtud de este arrimo, la vida cesó de cargarse directamente sobre ella.

No era lo mismo, claro. Su padre, su madre, su casa, la vida de su casa, no eran lo mismo que mi abuela, mis tíos, mis tías. De modo que más tarde o más temprano tenía que acabar por padecer nostalgia de lo que había perdido; mas se precisaba tiempo, era necesario reponerse un poco, sobrepasar el estado de ánimo de la novedad; pero ahora, esta tarde, el tío abuelo don José María había dicho: "Quisiera estar en tu rancho; pocas partes conozco en donde puedan admirarse llanuras tan tranquilas y extensas". Y esto aceleró el proceso, y a ella empezaron a despertársele prematuramente y con una lentitud y firmeza que no me asombra, las vistas sepultadas, hundidas a una hondura tal dentro de ella que ya no le era posible percibirlas.

Bienaventurado aquel que rememora alguna vez las cosas que han bajado en verdad hondamente. Porque mientras más han bajado, más han podido empaparse e impregnarse y participar de nosotros mismos, de lo que es lo vivo nuestro, y así, cuando resurgen acarrear consigo más intimidad, más propiedad, más realidad, más esencia viviente. Y suelen desenterrar, anexo a esto, cosas sinceras, cosas que debiendo haber sido vividas, ya por engaño, o cobardía, o torpeza, en su hora no fueron consentidas, y ahora que aparecen con los objetos o temas del recuerdo, se viven bajo la especie de sentimientos que se sueñan, y desempachan el alma y le permiten fluir, ir hacia donde tiende, tender a lo que es.

He aquí a Juana Andrea convertida en un campo de tierra un poco seca, y un poco escueta todavía, y por lo tanto, todavía estéril y árida. El calificado que con más precisión juzgo que le correspondiera, es: inútil, inútil como campo, o inmóvil, que viene a ser lo mismo.

De pronto, esta tierra ha sido recorrida por un presentimiento. Algo des-

conocido y muy amable empieza a cuajar sobre ella, en el seno del aire, y bajo el cielo. Con esa suerte de tacto que permite a los ciegos advertir una presencia, y a los adormecidos el amanecer de su despertar, ella empieza a palpar que algo está cuajando bajo el cielo. Es que el aire se ha ido cargando de un vapor invisible, que en vano buscarían, si los tuviera, los ojos de la tierra, mas que la áspera corteza de su piel ya palpa con infinito ensueño y complacencia.

Ya esta carga empieza a ser demasiado grave para poder seguir permaneciendo absorta o en disolución adentro del cristal del viento. Ya empieza a condensarse bajo la apariencia de un candor indeciso que sigue condensándose hasta formar el cuerpo de una nube; primero es transparente, vaporosa, que no impide ni siquiera la vista de la luna del día, aunque ésta no es sino una uñita pálida que apenas se puede distinguir sobre lo azul, pero al final, blanquísima.

Y a esta inmaculada de encantadora nitidez, siguen otras que, a guiarse por el juicio de los ojos, se diría que van brotando de la nada, como por encanto.

Ahora, en total, más de la mitad del cielo está cubierta, las nubes son cada vez más gruesas, y ya no todas blancas; algunas pardean. Se ven hinchidas, ricas, llenas de una riqueza que quieren ofrecer.

Entonces la tierra se dispone, y sin pensar si es bueno o malo, sin juzgar, se entrega, y en actitud pasiva espera, abriendo hasta la desorbitación sus poros ciegos, el don que debe penetrar en sus entrañas.

El cielo entonces mira que ha llegado la hora, y se vierte, materialmente se vierte, hasta quedar exhausto, sobre la tierra dócil.

Y entonces la tierra en vela, ennoblecida, así justificada, consigue un gran descanso, pretende que no importa morir, y se sumerge en un sueño profundo, como el de la muerte. Cualquiera juzgaría que se ha perdido; pero a su tiempo empieza a sentirse hinchida por mil partes. Aquí un grano revienta, allí una raicecilla se profundiza, más allá un gusanillo seco se humedece y disuelve y empieza a incorporarse a la circulación de una caña que revive. Y a los días, una infinidad de despuntes y renuevos asoman con deleite y acuden a embellecer la tierra; y un pájaro errante percibe desde lejos la existencia de una mancha de verduras tiernas, y viene y pisotea la tierra, y escarba y saca gusanillos. Y la tierra reconoce que esto sí es vivir y se entristece por los días en que pensaba que las de las nubes son manchas que manchan y a las que hay que ahuyentar con contrición y escándalo.

Y esta tierra era la tía Lina, la propia Juana Andrea revelándose, entendiéndose, la mujer reprimida, sofocada y no reconocida, restituyéndose a su funcional naturaleza, por medio del ensueño.

Mas no pasó de aquí la audacia de su ensueño, porque acaso a mayor dosis de revelación, Juana Andrea ya no habría podido responder con inocencia, y las vivencias íntimas se fueron apagando y dejando lugar a lo exterior y a la objetividad.

La alcoba estaba oscura, casi a oscuras. Los ojos de Juana Andrea no encontraron otro punto a do asirse que una pequeña franja cuadrangular de cielo que se dejaba ver entre el dintel de la alta puerta completamente abierta y la línea superior de la pared del patio.

Entre la puerta y la pared frontera del patio, se elevaba un naranjo, y una porción del encaje de su no muy espesa copa, se recortaba en sombra con recorte muy nítidamente perfilado contra el claror nocturnal del firmamento.

En esta parte, pues, lo único iluminado, fijaba Juana Andrea sus descuidados ojos. En momentos, un envío de errabunda brisa despertaba el aire, y las hojas en silueta del naranjo se agitaban como palomitas negras o como corazoncitos musicales. En otros, una hoja mal sujeta se caía, y aquello, con ser nada, era suficiente para expresar profundamente la profunda presencia de la vida.

Una de las esquinas del célico cuadrángulo empezó a ser invadida por un fulgor astral, mejor dicho, este fulgor empezó a ser advertido por Juana Andrea en un momento dado, y ella, sin mirar bien lo que hacía, se adelantó unos pasos, con lo que creció el cuadrángulo, abarcó más espacio y permitió mirar una muy gruesa estrella, la cual era el núcleo del resplandor.

En seguida salió al patio para mirar más cielo, más extensión abierta y más estrellas.

Pero ahora el mismo patio, con no ser reducido, le pareció apretado, aprisionante, y deseó horizontes, anchuras, lejanías.

Así fue caminando hacia el corral, y así empezó a trepar por la escalera y llegó a la azotea. Y cuando no lo supo, a punto ya de tropezar con él, vio a Fulán, quien no la había visto, y encontrábase sentado en una caja de jabón, y teniendo la cabeza echada para atrás y materialmente apoyada sobre la espalda, miraba, sin pestañear jamás, hacia lo alto.

Juana Andrea quiso averiguar lo que Fulán miraba, calculó, pues, el sitio a que apuntaban los ojos de Fulán, y allá entre otras muchas, como un

carnero que centra su rebaño, descubrió una gran estrella redonda y palpitante, cuyo latir se comunicó a todo su ser; y en el preciso instante de esta coincidencia, percibió un tamborileo que se ajustaba a su pulso matemáticamente; eran los dedos de Fulán que sobre la tapa de la caja de jabón bailaban y habían acertado a sincronizar una tonada sin letra al ritmo de la estrella.

Con esto, Juana Andrea se transportó. Los ojos le crecieron, ilumináronse las pestañas, su sangre rodó hondo y se le hizo fresca y cristalina, sus huesos como nubes, como nave su aliento; resbalaba entre árboles, se mecía como rama, planeaba como pájaro, cantaba como insecto, zumbaba como río...

En corcel de suspiros, llorosa como huerto que se empapa al aire de la madrugada, fue llegando, llegando. Allí estaban los ojos de Fulán. ¡Ay, qué lejos moraban! Y qué honda, qué honda la mirada aquella con que se quedó mirándola la tarde en que por primera vez se conocieron, aquella en que se había sentido herida y se creyó ultrajada. Y le dolió haber ignorado durante tanto tiempo que unos ojos pueden relucir ardientemente, sin lascivia.

Tembló lo mismo que el que advierte y ve con claridad y con inteligencia lo que es cometer una injusticia. Habría sido capaz de pedirle perdón y de humillársele; pero aún no terminaba de madurar el tiempo adentro de ella enteramente, y como una piedrecita adentro del calzado, vinieron a hacer cojear la marcha de sus alas los recuerdos del reciente suceso de la noche, la creencia en que estaba de haber sido asaltada en su lecho por Fulán, y suspirando se lastimó a sí misma considerando la existencia de aquel muro que, a su parecer, el en verdad inocente, como a todos nos consta, de Fulán, había interpuesto entre ella y él con su conducta, que por cierto, a partir de este momento empezó a parecerle incomprensible.

Como cabal mujer, como mujer genuinamente femenina, no sabía razonar, no podía llegar a conocer las cosas a través de un entretejimiento de razones; pero para su sensibilidad existía oposición entre esta persona que solía gastar millares y millares de segundos en mirar una yerba, seguir, sin maltratarlo, los pasos de un insecto, echar brizna tras brizna con el objeto de ondujar el agua de la tina, desmenuzar el curso de las tornátiles fases de la luna y de tamborilear con los dedos sobre las rodillas, llevando así el compás, sea de un ruidito a que sólo él atendía, o de la pulsación de alguna estrella.

Era evidente, se imponía la duda, ¿cómo no lo había visto antes? Tal vez Fulán no había hecho aquello; pero, entonces, ¿quién?

Y se quedó luchando; ya quería comunicar, ni ella ni yo sabemos qué

cosas, a Fulán; ya, que él advirtiera su presencia y adivinara lo que le acontecía, ya, sacudirlo o hablarle con violencia; ya, llorando en silencio, retroceder por donde había venido; ya, refugiarse en el porvenir y en la esperanza; ya, en la paz de un convento.

Entre tantas batallas quedó lugar para que se retirara, y el bobo de Fulán se quedó en donde estaba; y cuando aproximándose la hora de cenar, por conducto mío le fue enviado el anuncio de que se presentara en el comedor, todavía lo encontré canta y canta, mirando para arriba, en suma, permítaseme la expresión, hecho un baboso.

Lo que después fui notando carece al parecer de significación.

En lo exterior y con respecto a Fulán, la tía Lina continuó observando la misma línea de conducta que hasta entonces. Empero, valiéndome de mil artimañas, llegué yo a cerciorarme de que proseguía ablandándose. Ya, cuando yo le insinuaba o refería cosas relativas a Fulán, o la encaminaba a mentarlo, no usaba para denominarlo el despectivo *ese*, remoliendo entre los dientes y los labios las dos primeras letras (*es*) y en especial la *e*. Por el contrario, empecé a darme cuenta de que se complacía en que le hablara de él.

—Caray, tía Lina, no te imaginas el susto que he llevado. Fíjate que por poco se cae Fulán de la azotea.

—¡No!

—Sí, tía. En un pelito estuvo. Había él clavado un clavo en la pared de su cuarto y venía tendiendo un mecate, de cuyos extremos, el uno estaba atado al clavo y el otro lo traía él entre las manos. Y, qué barbaridad, caminaba hacia atrás y no se dio cuenta de que ya llegaba al pretil. Topó con éste, se le doblaron las piernas, vino de espaldas y yo no pude ni gritar; sólo cerré los ojos. Afortunadamente, el tiempo que yo calculaba necesario para llegar a oír el ruido del encuentro de su cuerpo contra el suelo, transcurrió sin que se escuchara ruido alguno. Y yo, un poco recuperado, un poco sorprendido y tenuemente esperanzado en que alguna intervención de la providencia lo hubiera salvado, osé alzar los ojos, y lo miré suspenso y espantado, cogido del borde de la pared con las corvas, y cabeza abajo, como trapecista. No me explico cómo consiguió quedar así atorado, y ay, Dios santo, tampoco acierto a comprender cómo tuve fuerzas para mover la escalera y ayudar al pobre a salir de aquella postura y a recuperar su posición correcta.

Inventos como éste, con todo y ser un polvo para mi malicia, resultaban demasiada trampa para su ingenuidad. Nada más se me quedaba viendo,

me creía a pie juntillas, y no sospechaba la infinidad de documentos que yo obtenía de los gestos que iba haciendo con su cara durante el relato.

Y por lo que hace a Fulán, debo decir que también siguió en su idea y dando por hecho que la tía Lina lo despreciaba a causa de su poco lucimiento, y parecía avergonzarse de su gastada ropa.

Esto lo conocía yo en que él hacía hasta lo imposible por componerse un poco.

La mayor parte de su tiempo libre, que antes dedicaba a aquellos pequeños trabajos personales que en el fondo eran para él un esparcimiento, dio en gastarlo en, por ejemplo, repasar sus prendas de vestir. He aquí algo concreto. Tenía un pantalón de dril color verde aceituna. Los problemas que este pantalón le presentaba, eran dos. El más grave consistía en que por los asientos, había llegado a adelgazarse tanto, que sobrepasando los límites del adelgazamiento, estaba ya a punto de entrar en los de la rotura; y el segundo en que, como eran de dril, y el dril es de algodón, por muy grande que fuera el esmero con que los planchara, no duraban planchados ni siquiera un día. Este segundo lo resolvió sin gran dificultad. Lo que hizo fue plancharlo primero, muy cuidadosamente, y luego hacerle unas finas, impalpables, pacientísimas costuras, que corriendo paralelas y muy vecinas a los pliegues, impedían a maravilla que éstos se desdoblasesen.

Para resolver el otro, tropezó con dificultades más numerosas e incomparablemente mayores, pues no lograba encontrar, para el remiendo, tela de igual color. Cierta es que revisando entre sus guardados dio con algunos trozos de la misma tela, es decir, con los recortes que habían salido de aquella con que hiciera el pantalón; pero estos recortes por haber estado a la sombra y exceptuados del uso, conservaban su color original, en tanto que el de los pantalones había ido variando en tal medida, que entre todos los trapos que tenía no existían dos más diferentes. No obstante, Fulán no desmayó; seleccionó cinco fragmentos de los más extensos, los unió y de esta manera formó dos, uno para cada asiento. A continuación fue a lavarlos, a exponerlos al sol, a enlodarlos, a lavarlos de nuevo y a volver a enlodarlos y a exponerlos al sol cuanto fue necesario para que palidieceran. Mas no creo que deba dedicarme a enumerar todos los ingenios de que se valió; sería largo, sólo diré que, dentro de las circunstancias, bien puede llamarse éxito a lo que consiguió. Siempre limpio, rasurado, peinado, con botones completos; pobrecillo, no se veía tan mal.

Sin embargo, acaeció una desgracia.

Poseía Fulán una pequeña flauta de hojalata con que solía, en sus horas, ensayar tonadas que nunca le salían.

Alguno de los chicos vino, tomó la flauta, jugó con ella, y luego que la maltrató, desmemoriado, hecha una charamusca la dejó por allí.

Lina vio entre sus cosas aquel tubo chueco y lleno de abolladuras, lo reputó inservible y lo arrojó al corral.

Fulán supo esto en parte. Supo lo que había hecho Lina, y no lo que había hecho el chamaco, e intimidado como estaba, vio en aquello una nueva señal de animadversión o de desprecio, y cierto, nada dijo, ni intentó desquitarse, pero se ensombreció su espíritu.

Y en un arranque súbito, pero falso y falto de madurez, resolvió salir de aquella casa. Nada más que cuando entró a ver a mi abuela decidido a darle las gracias y comunicarle su determinación, era el momento en que una de las sirvientas —no de mi abuela, pues ya en alguna parte he dicho que ella no las tenía— nuestras, daba extremosa cuenta de que en toda la ciudad no había podido conseguir a ningún precio, una sola pieza de pan.

—Tendremos que seguir con las tortillas de harina. ¿Cuándo acabará esta situación? —se lamentó mi tía la soltera, que era en todo un acabado ejemplo de inconformidad.

Pero mi abuela se resignó diciendo:

—Menos mal que nosotros, aunque no sea sino harina y frijol, tenemos para bastante tiempo.

En efecto, el padre de mi padre era más bien ricacho. Entre otras varias propiedades, poseía unos terrenos a los que decían El Mezquitillo y que por significar muy poco para él, los tenía abandonados.

En vista de esto no tuvo inconveniente en acceder al ruego que mi padre le hizo de que se los prestara. Desde entonces, mi padre los había estado dando a sembrar a medias, y de las cosechas del año anterior le habían correspondido algún maíz, cierto frijol y determinada harina, y queriendo favorecer a su suegra y mitigar un poco su pobreza, se los había enviado casi íntegramente.

Bueno, pues a esta harina y a este frijol es a los que se refería la mansa viejecita. Y continuó:

—Ya quisiéramos que muchos estuvieran en condiciones iguales a las de nosotros.

Y en verdad que esta consideración era muy pertinente, ya que la revuelta había dado lugar a escaseces, no sólo con imposibilitar el laboreo de los campos, y con las arbitrariedades y latrocinios que cada día se cometían, sino además, con la emisión de aquel fantástico papel moneda de circulación forzosa. Esta moneda eran unos billetes sin ninguna garantía, impresos y valorizados por los propios revolucionarios. Había unos cartoncitos de cinco, diez y veinte centavos, y los billetes eran de cincuenta centavos, de un peso, de dos, de cinco y diez. Todos los milites los traían a montones, y con eso pagaban. Y al que se resistía a recibirlos lo castigaban con toda suerte de violencias, llegando incluso al fusilamiento. Y no sólo castigaban al que se negaba a recibirlo de los soldados; mas si alguno rechazaba esta forma de pago a algún particular y éste lo acusaba, también recibía castigo.

Era natural que esto terminara en que todos se negaran a vender, y que todos quisieran comprar.

En un principio, el pueblo, en su ignorancia, creyó haber encontrado una solución, aumentando el precio de las mercancías en una forma exorbitante; pero lo único que se logró fue que se redoblara la cantidad de billetes emitidos. Finalmente todos cayeron en la cuenta, y ya, como acababa de decir la sirvienta, era imposible conseguir a ningún precio una sola pieza de pan.

De modo que esto poco que Fulán oyó, bastó para que retornara a la realidad. Verdaderamente no era posible salir de la casa, pues ya una vez fuera, ¿qué iba a hacer? En primer lugar, no tenía dinero; en segundo lugar, no era ocasión propicia para conseguir trabajo; en tercer lugar, si lo conseguía, se lo pagarían con dinero que de nada le serviría. Era, pues, una verdadera locura lo que intentaba hacer. No, ni locura. Era imposible. Qué situación más humillante. Sin embargo, no había otra alternativa. Era preciso que se aviniera a sufrir con estoicismo y humildad, durante el tiempo que fuera preciso, todo lo que se presentara.

No me cabe a mí ninguna duda de que desde este momento Fulán anduvo padeciendo cruentamente.

Por lo pronto, desapareció, hundiéndose en su provisorio alojamiento y no salió de su cuarto en todo el día; no quiso bajar ni a la comida del mediodía; sólo en la noche bajó y accedió a tomar medio vaso de atole, un pedazo de telera y piloncillo. Y, con el menor pretexto, retornó a la azotea.

Al día siguiente, el primero que se levantó pudo ver la casa ya barrida, las macetas regadas, la lumbre encendida, atendidas las jaulas de los pájaros,

la tina llena de agua y el comedor fregado. Y el autor de todo había sido Fulán, y aún seguía trabajando.

Lo vieron descolgar la farola del zaguán, y ahora estaba limpiándola a conciencia, primero, con estopa y luego con agua y jabón, de modo que no sólo a la vista, sino al más minucioso examen hubiera resistido cuando volvió a colgarla.

Los alambres de que pendía, brillaban, la armazón estaba nítida, el techuelo sin una mota de tizne. En seguida tomó el largo plumero y no dejó en toda la casa un solo polvo ni telaraña, ayudó a hacer las camas, a preparar el desayuno, a aderezar la mesa, a lavar los trastes.

Todavía ahora me lo represento, insisto, no me cabe duda, durante todo el curso de la pasada noche debió durar velando. Juana Andrea, diría él entre sí, a tus ojos soy semejante a un pordiosero que vive de limosna, me has lastimado mucho y, sin embargo, yo hacia ti siento otras cosas. Todos mis pensamientos parten de ti, y hacia ti tornan. Si no fuera por ti, mi pensamiento no podría volar, yacería igual al sonido que dicen que no se despierta en el vacío, o descendería igual a un pájaro en un aire delgado que no ofreciera a sus alas apoyo suficiente.

Juana Andrea, antes de conocerte ya te conocía. Sin que acierte a explicártelo, siento que entre tu figura y mis ojos existe una amistad anterior a nuestro primer encuentro. Conocerte no fue una adquisición, o el aprendizaje de algo que no se poseía, fue una rememoración. Una cosa es, para el abandono de una casa, la llegada de un nuevo propietario, y otra, el retorno de un antiguo dueño. Mas tú arrojas sobre mí las cáscaras de alpiste que los gorriónes dejan; desperdicias mis lápices y aboyas y retuerces el inofensivo instrumento de mis ariscos, no logrados y escondidos cantares.

Juana Andrea, a mis ojos tú eres como el vislumbre en donde se me ofrecen reflejados balbuceos misteriosos de realidades que, aunque yo no acierto a descifrarlos, todavía me tienen en suspenso, enfervorecido, persuadido y lleno de inefables esperanzas.

En cambio, para ti, yo soy una a modo de yerba que exhala emanaciones negativas, tenebrosas y extrañas. Sí, así como un vacío objeto de indigencia, que chupa y empobrece al que se acerca, así soy yo para ti, y como un mendigo que vive de limosna.

Y es claro, yo mismo me avergüenzo, no te creas, me avergüenzo de mi sombrero, de mi pantalón, y lo único que no puedes echarme en cara es

mi calzado; porque, aquí sí, y no es que me las eche, he logrado realizar un trabajito regular.

Sí, así, y zurciendo expresiones de estos géneros, confundiendo todavía él mismo su indigencia material con sus aspiraciones vagas, me represento al Fulán conturbado e insomne de durante aquella noche. Y sólo así me explico que se haya levantado a quién sabe qué horas de la madrugada a trabajar, como ofreciendo un desquite a los demás de su pobreza, y a la acusación que, de zángano, le hacía, bajo el símbolo de Juana Andrea, la voz de su delicadeza en la lesión de su propia sensibilidad.

“Bien, después de un largo devaneo debió concluir él, soy un bruja; pero trabajaré, trabajaré hasta el punto en que todos reconozcan que se me sale debiendo.”

Después que terminó acá adentro, fue al corral, se dedicó a juntar las cosas esparcidas; primero, acomodó las piedras en un ángulo, luego alzó los papeles, las plumas de gallina, los alambres torcidos y los tepalcates; finalmente humedeció la tierra, emparejó los bordos, rellenó los hoyancos. Y entretanto trabajaba además con el magín y exprimía su pensamiento. De manera que aun antes de dar por terminado el aderezo del corral, ya había conseguido ocupación para en la tarde.

He aquí, para abastecerse de agua había en la ciudad tres expedientes: los pozos particulares, los hidrantes públicos y el ojo de agua. De los tres, el ordinariamente aprovechado era el segundo.

Llamábanse hidrantes unos surtidores empotrados en ciertos paralelogramos de mampostería forrados de cemento, un poco menos altos que los hombros de un hombre y tan anchos acaso como unos cincuenta centímetros. El agua que rendían no costaba más que una de dos: ir por ella a las esquinas adonde había hidrante, o pagar la suma de dos centavos por cada viaje de dos botes si se la encargaba al aguador.

Más barata y más próxima era la de los pozos de las propias casas; pero en tanto que la de los hidrantes era medianamente pasable para todos los usos, la de los pozos no servía más que para regar las plantas, rociar el suelo a la hora de barrer y otros usos de este orden, porque como era alcalina y gruesa no se podía beber ni servía para lavar, pues tenía mal sabor y no hacía hervir el jabón.

Más estimada que ambas, era la azul de La Piscina, nombre de un rancho situado, naturalmente, fuera, pero no muy distante de la ciudad, en

donde había un ojo de agua del que tomaba su nombre la hacienda a que pertenecía. Sin embargo, como era más escasa y más cara —costaba a seis centavos el cántaro— no se usaba sino para beber, y no todos los días, sólo a guisa de antojo; pues a su costo, había que sumar los trabajos en que era preciso meterse para encontrar en un momento dado a uno de los diez o doce aguadores que se dedicaban a acarrear esta agua.

Esto que digo, explica lo que explica, abarcando sólo lo que concierne a los días normales. Durante la revuelta no se presentaban así las cosas.

Es claro que, si en la paz no faltan nunca interrupciones y recesos en los servicios de aguas, menos van a faltar cuando la guerra. La verdad es que por el tiempo a que me vengo refiriendo, eran genuinamente excepcionales las ocasiones en que el precioso líquido se podía obtener. En consecuencia, gustáranos o no, nos la pasábamos bebiendo agua de pozo. Se hervía, es cierto, y se colaba; pero no era buena, no llegaba a gustarnos, la tomábamos por necesidad y no nos era posible dejar de padecer nostalgias, aun de la mediana agua municipal a que estábamos acostumbrados.

En esto se basó Fulán. Desde cuando vio que ya no le faltaba mucho para terminar aquí, pensó en que si no encontraba otra ocupación después de ésta, le quedaría la tarde vaga. Y como lo que necesitaba era, además de ser sobresalientemente útil, serlo tanto, que todos, y en especial Juana Andrea, lo percibieran con toda claridad, hasta el punto en que, sin que él mismo tuviera que hacérselos notar por medio de palabras, se vieran obligados a reconocer, al menos dentro de ellos, el error en que estaban, juzgándolo zángano, o mantenido, o endeudado que no llegaba a compensar los favores que se le dispensaban, se dio a buscar qué cosas faltaban, ya de hacer, de componer o de modificar.

No inmediatamente, después de un rato de esfuerzo, llegó a la conclusión de que con ninguna cosa podría agradarnos tanto como con proporcionarnos agua buena.

De este modo hizo el propósito de ir hasta el ojo de agua de La Piscina, con dos botes.

Pensar esto y olvidar sus mortificaciones, todo fue uno. Ya se le hacía que todos, incluso la propia tía Lina, le pedían disculpas y se rectificaban.

—Válgame Dios, Fulán, ¿cómo has hecho tal cosa? ¿Tú trajiste esta agua, y desde La Piscina? La verdad es que eres agradecido, trabajador, valiente y esforzado. Ninguno como tú. Si nosotros siempre lo hemos dicho.

Y dínos, ¿no encontraste carrancistas en el campo? ¿No corriste peligro? Te lo agradecemos mucho; pero la verdad es que no está bueno que te andes exponiendo, etcétera.

Eterno se le hizo el breve plazo que tuvo que durar todavía para resolverse a dar por terminado el aplanamiento del suelo del corral.

Quizá ya ni lo hizo con tanta perfección como se había propuesto. Nadie puede quitarme de la cabeza la opinión en que estoy de que sin la intromisión de éste que él convirtió en ensueño, de agasajarnos con dos botes de agua azul, hubiera sido un poco más exigente para dar el visto bueno al trabajo que hacía, y el corral habría quedado un poco mejor, todavía un poco mejor de lo que quedó.

Cierto es que este arreglo que hizo quedó bastante bien. No cabe duda que quedó bastante bien; pero no como los vidrios de la puerta de la sala, y menos que como la farola del zaguán.

Se aseó rápidamente, no esperó a que los demás comieran, se sirvió la comida por sí mismo, a efecto de ahorrar tiempo; improvisó uno de esos palos que los aguadores usan para acarrear el agua, allá llamados burras, se consiguió dos botes, y desapareció.

No fue casualidad, fue espíritu de espión lo que me llevó a darme cuenta de la ausencia de Fulán.

Ahora es cuando, dije entre mí, puedo poner en ejecución el deseo que tengo de esculcar sus cosas.

En efecto; sospechaba que entre tantos papelitos como él escribía, debía haber algunos que delataran, en mayor o menor medida, el giro, los sabores, o el tono de sus sentimientos.

Quién sabe cuántos, juzgándolo caso de casualidad harto excesivo para ser creído, no lleguen a crearme. Sin embargo, lo cierto es que casi un punto sobre otro acerté en las sospechas que tenía.

Adentro de una caja de jabón, convertida en baúl mediante un pequeño arreglo, entre una no muy abundante cantidad de objetos, encontré numerosos bloquecitos de papel, casi todos salpicados de ingenuos apuntes líricos escritos en su mayoría con lápiz tinta.

Para mí, que andaba muy vivo y muy personalmente enredado en la cuestión, no hubo allí palabra que no significara un mundo, mas no por eso dejo de entender que, si las transcribiera todas, desempeñarían aquí un papel pleonástico.

Teniendo en cuenta esto y, además, no conservando de ellas ya sino un menguado resto en la memoria, me es imposible acumular ejemplos de lo que allí encontré.

He aquí, pues, únicamente algunas composiciones que transcribo con indecisión harta acentuada, y después de haber sido asaltado por mil suertes de escrúpulos:

Allá cuando niño
soñé ser poeta,
y vino una musa
de blanco cubierta,
y otra enlutada.

La blanca era bella
cual copo de espuma,
cual jirón de niebla.
La negra era triste,
reposada y quieta,
un hondo misterio
tenía en sus ojeras
y su boca mustia
parecía de cera.
La blanca me dijo,
resuelta y ligera:
Yo soy la alegría,
mis besos no queman,
sí abrasan, sí encienden;
pero no incineran,
si quieres ventura,
fulgor, primavera,
cantos y sonrisas,
vente por mi senda.
La negra me dijo:
Yo soy la tristeza,
no tengo qué darte;
si quieres tristeza

seré tuya siempre,
seré tuya eterna.
La blanca reía,
lloraba la negra;
no sé qué cerrojos
las lágrimas cierran,
que atan a las almas
y las ponen presas.
Le dije, soy tuyo
y quedé por siempre
prisionero de ella.

No me llames, Señor, que todavía
no cumplo el cometido que me diste;
espérame otro día.
Ya presiento tu voz que me interroga:
¿Conseguiste su amor?
Yo habré de contestarte: no, Señor.
Perdida entre las aguas, grácil boga
mi frágil navecilla,
la frágil navecilla que me diste,
inclinada la quilla
y yo sobre ella, arrodillado y triste.
Ya todos los caminos conocen la plegaria
que mi angustia provoca,
y sale por mi boca,
como pájara ciega,
y rebota al volar de roca en roca.
Los versos de mi lira no valieron,
mis plegarias tampoco, ni mi llanto,
mi red de pescador no pudo nunca,
pescar en los abismos de su alma.
Una vez fui a tenderla, y al sacarla,
noté roto un hilillo,
querido he remendarla;
pero han sido, Señor, vanos empeños,

no he podido reatar el suelto nudo
de la red de mis sueños.

No me llames, Señor, que todavía
no cumplo el cometido que me diste,
aguárdame otro día,
otro día por merced,
quizá mañana logre atar los sueños
de mi deshecha red.

Se pierde a lo lejos chinita de risa
la faz luminosa y azul de la presa.
Yo me siento triste, mana la tristeza
y mi pena es humo que desvae la brisa.
Memorias... ensueños... era una princesa
de frágiles formas que ya son ceniza,
otra era zagala de labios de fresa,
hubo otra que nunca me dio su sonrisa.
Hubo otra muy pálida... ya todas partieron
al país de ensueño de donde vinieron.
De allá sus recuerdos me trae la brisa,
me siento muy triste y al ver mi tristeza
se pierde a lo lejos, chinita de risa,
la faz luminosa y azul de la presa.

¡Ay, qué cosas! Así se escribía en aquellos tiempos. No acierto a persuadirme de lo que pensará el lector de hoy. Para mí resulta una desgracia no recordar ya más composiciones completas de Fulán. Especialmente, porque estoy en la creencia de que no era tan malo como escritor; sino que la suerte ha querido que se me hayan olvidado de sus composiciones, precisamente las que más me placían. En un principio, cuando el transcribirlas no había pasado de ser sólo un propósito, imaginaba que podía rememorar lo menos quince o veinte; mas no ha sido posible. Y lo que más me pesa es que de las que más fiaba y me parecían mejores no he podido traer sino fragmentos.

Había, por ejemplo, una que comenzaba así:

Dormitad, ilusiones, la noche
 con su manto de sombras os guarda,
 y es tan triste vivir entre sombras.
 Mantened las pupilas cerradas,
 las pupilas de párpados tenues
 y tejidas con hebras de lágrimas.

Y otra:

Ya sé que no te importa lo que vengo a decirte;
 pero tengo que hacerlo, no quiero lastimarte,
 a mi despecho escribo cosas que van a herirte,
 mira, amarte no puedo, pero tampoco odiarte.
 Escucha de mis labios, de mis marchitos labios
 que han apurado el cáliz de todos los dolores,
 y aun guardan la amargura de todos los resabios
 de tus amargos besos y tus falsos amores.
 Escúchame, no intento causarte pesadumbre;
 sé que tu boca ríe, si mi pupila llora,
 ¿qué te importa mi abismo si vives en la cumbre?
 ¿mi noche, qué te importa, si vives en la aurora?

En fin, a qué seguir; lo único que consigo es desesperarme. Ya se me figura que voy a acabar por recordarlos; pero es un espejismo. Solamente trocitos y trocitos. De todos modos, no ha sido el mío esfuerzo totalmente perdido. Algo se ha salvado. Y como digo, éstos decían así; y otros, otras cosas; otras cosas que aunque más o menos disímiles coincidían en el fondo.

Y de entre lo que allí encontré, obtuve material muy por encima del que era preciso para determinar con perfecta evidencia los embargos que predominaban, por entonces, dentro de Fulán.

Un detalle, a juicio mío muy significativo, y más que suficiente para dar a entender que aquellos pininos literarios no eran sobre temas arbitrarios, sino que estaban dirigidos a un objeto real, consistía en que con mucha frecuencia aparecían dentro de las líneas de los manuscritos, unas palabritas, siempre dos juntas, tachadas.

Debo aclarar que algunas tachaduras eran inocentes. Éstas consistían en

una simple línea, sobre la frase o palabra que Fulán había querido suprimir. Y se notaba claro que lo había hecho sin ulterior propósito, sin otro fin que descontarla, porque bajo la línea se podía translucir, casi siempre, lo tachado. Pero las que digo, las otras a las cuales he llamado significativas, eran harto más sospechosas. No consistían ya en una línea, sino en un reiterado pasar y repasar del lápiz, con objeto de llegar a esconder las palabras por completo. Y esto, aparte de que las palabras tachadas de este modo eran dos invariablemente, la extensión que llenaban, y otras cosillas, no podían menos que inducirme a pensar que lo que había debajo de cada una de ellas era el nombre de Juana Andrea. Vamos, ya sé que se va a imaginar que estoy exagerando y tratando de acomodar las cosas a propósito; pero la verdad es que, además, hallé otras cuatro o cinco piezas, éstas de cartulina, con dibujos, por las que se veía que Fulán había ensayado dibujar el rostro de la tía Lina. Cierto es que en ninguna llegó a conseguir el parecido; mas en cada una estaban todas sus características. Fulán era medio dibujante, pero no había pasado de construir, después de mil tanteos, unas caritas reveladoras de lo que se había propuesto hacer, mas no buenos retratos.

Aquella en quien noté las primeras señales de haber notado, después de mí, la ausencia de Fulán, fue mi tía Gila.

—¡Fulán! —empezó a clamar—; ven, que se me quiere reventar la reata. Ven y ayúdame, que no puedo soltarla. Anda, córrele, ven pronto, que se desprende el bote.

Qué tales serían los gritos que lanzaba, que hasta allá arriba los oí. Y acudí a asomarme hacia abajo. En efecto, según todas las trazas, mi tía Gila no mentía. Hallábase sacando agua del pozo, aferrada con las dos manos a la reata tirante, y echando la voz hacia lo alto.

Entretanto fueron asomándose todos por ver qué sucedía. Mi tío el borrachito, que a aquellas horas andaba un tanto despabilado, adelantándose a todos, se acercó. Y todos creíamos que lo primero a que se dedicaría, era a tomar la reata de la parte que pendía del carrillo, cosa que podía haber hecho muy bien, pues el punto en donde se desenredaban los hilos que se habían roto, quedaba a mayor altura que el brocal; pero tal vez, queriendo vengarse de alguna adivinada que en su perjuicio había hecho la tía Gila, o simplemente queriendo hacer burla de su prima, se le quedó mirando, con un gesto muy especial de sorna.

—A ver, a ver, no te excites, a ver, tú que sabes predecir el porvenir, augúranos si la reata nos dará tiempo de sujetarla antes de que se reviente.

La prima, dicho en otras palabras, mi tía Gila, le lanzó una mirada con la que se lo quería comer, y le contestó:

—Ándale, payaso, toma de allí la reata, ¿no ves que ya está muy podrida y los hilos que están quedando enteros no van a alcanzar a sostener el bote?

—Bueno, pues tú dices que sí; pero yo te apuesto lo que quieras a que no se revienta. ¿Cuánto vamos?

A los otros que podían haber acudido a socorrer a la pobre, les empezó a caer en gracia el giro que el borrachito quería dar a las cosas, que no era de consecuencias tan leves como parecía, porque el bote con que se extraía el agua era extremadamente pesado, era nada menos que uno de esos botes de alcohol en los que caben veinte o veintidós litros, de modo que como el agua pesa aproximadamente a razón de un kilo por litro, lleno pesaba más de veinte kilos. Por tanto, si llegaba a zafarse, era casi seguro que la tía Gila se desprendería en seco y saldría disparada para atrás, quién sabe cuantos pasos, y estaba en peligro de caerse. Y aun suponiendo que no llegara a tanto, de todos modos se vería obligada a ejecutar movimientos dignos de risa.

—Además —le dijo el burlón de mi tío—, quién te mete a ti en estos trabajos de sacar agua, sabiendo bien que a duras penas puedes con el bote. Tú que andas siempre en contacto con los espíritus del otro mundo, llama alguno que venga y que te saque de este apuro.

—Anda, ayúdame, que se me va el bote.

—Sí, sí, ya voy, querida Gila; pero si quieres que te ayude, debes prometerme antes que no volverás a meterte a sacar agua.

En fin, tanto se dijeron que se llegó el tiempo en que la reata acabó de deshacerse; la tía Gila salió disparada para atrás, aunque no tanto como los más de los que estábamos allí hubiéramos deseado. Nada más tumbó una maceta yendo a chocar de costado contra ésta.

En seguida se dieron a sacar el bote, unos; y otros, a extrañarse de la ausencia de Fulán.

—¿Qué se había hecho? ¿Cómo se había salido en aquellas circunstancias y sin comunicarlo a nadie?

—A ver si no lo agarran de leva. Dicen que a todos los que encuentran por allí los obligan a incorporarse a filas.

—¿Y desde qué hora no está?

—Pues yo en toda la tarde no lo he visto.

—Yo no lo vi ni a la hora de comer.

—Válgame Dios.

—Válgame Dios.

—Válgame Dios.

Con el decurso de la luz fueron aumentándose las inquietudes. No faltó quien propusiera que algunos salieran a buscarlo.

No se llegó a este acuerdo, sin embargo, a causa de que según dijeron, no se sabía en dónde podía estar, mas yo creo que en el fondo tenían temor de salir.

Ya bien oscuro llamaron a la puerta. Era Fulán.

—Pero, hijo, ¿dónde andabas?

—¿Y esos botes?

Fulán no dijo nada. Penetró en la casa cual burro sin mecate, reservado, grandioso, sereno, muy seguro de sí mismo y como diciendo:

—Yo sé perfectamente lo que hago.

En procesión nos fuimos detrás de él. Lo vimos atravesar el patio, llegar al sitio en donde estaba la tinaja, descargarse de los botes, tomar la tinaja, arrojar al caño el agua que en ella yacía, y finalmente, verter el sorprendente líquido que traía en los botes.

Sólo después de ejecutar, eficaz y silenciosamente todos estos actos, se dignó hablar.

—Yo —dijo— no soy más que un pobre aguador. Esto que he puesto en la tinaja y que la noche no nos permite ver, es solamente un poco de agua, y que como ustedes verán cuando la tomen, es azul, fresca y tiene el sabor del campo. En suma, no es nada; es nada más un poco de agua de La Piscina.

—¿Hasta allá fuiste? —clamó mi tía la soltera que, como toda mujer comodina que no sabe esforzarse, consideraba como una hazaña caminar cinco cuabras—, ¿hasta La Piscina?

Y mi tío el borrachito, más sediento que todos, pegó un grito destemplado semejante a los de los juerguistas que ya no pueden más y se desbordan. El aprendiz, que tenía novia, se alegró también profundamente, y cometiéndolo un atropello de lesa conciencia de grupo, se expresó en el sentido de que iba a llevar una poca de aquella agua a su dulcinea. El tío don José María abrazó a Fulán. La tía Gila lo llamó valiente, y Juana Andrea se fue acercando, hasta ponérsele tan cerca que yo sentí amargura y me metí entre ella y él.

Entonces todos fueron yendo por vasos, y unos los alcanzaron, y otros tuvieron que conformarse con tazas o con ollas. Y unos se satisficieron allí

mismo y otros prefirieron irse a la alcoba de la abuela y allí se acomodaron alrededor de una mesa traída de la sala para poner los vasos, y estuvieron charlando y saboreando a pequeños sorbos el agua azul lo mismo que si se encontraran celebrando una de esas reuniones que ahora llamamos té.

Ahora vuelvo un poco atrás, reanudo mi narrar desde aquel punto en que revisaba los papeles de Fulán.

Realizado que hubo el escrutinio, es de suponerse que me quedara en paz; mas no fue así. Poco a poco se me fue despertando una maliciosa inspiración: enredar el asunto, complicar la incipiente posición de contacto en que se encontraban los espíritus de Fulán y Juana Andrea.

Lo primero en que pensé fue una trapacería muy gruesa: falsificar una declaración de amor y entregarla a la tía Lina en nombre de Fulán.

No por esto se me crea tan tonto, nunca imaginé ponerlo en práctica; nada más lo pensé, y desde luego comprendí que era ocurrencia muy torpe y muy falsa. Pero de esta concepción partí, la fui modificando hasta la perfección, y me puse en obra.

Empecé por releer los dos o tres libros de versos que había en la casa. Fue en vano, no encontré en ellos nada de lo que necesitaba, luego, viendo que no encontraba ninguna composición que reuniera las condiciones requeridas, traté de escribir una por mí mismo. Tampoco pude, porque, pues, francamente, no poseía la menor noción de cómo se hacen estas cosas.

De pronto y lo mismo que si el diablo me ayudara, vino a mi memoria el recuerdo de que mi propio padre durante su juventud se había dedicado a la poesía. Y creyendo, en mi ignorancia, que a base de enseñanzas podría llegar a escribir versos, fui y le dije:

—Papacito, yo quisiera que me enseñaras a hacer versos.

Mi padre se me quedó mirando como si dijera: ¿Y éste? Y era lógico; él no sabía de un solo antecedente mío que pudiera ser compaginado con aquella solicitud. Sin embargo, aun no entendiéndolo, quizá sorprendido por una remotísima ilusión, o quizá simplemente tolerante y bondadoso, empezó a decirme aquello de: prosa es esto y verso esto otro. La prosa es de este modo, y el verso así y así. Y no se metió en muchas honduras, supongo que tomando en cuenta mi corta edad. Pero yo le preguntaba, le inquiría y lo obligaba a que me dijese más. Y así llegué a conseguir que me tomara un poco en serio, y empezó, como dicen, a calentarse. Y como ejemplos e ilustración concreta de lo que iba enseñándome, me mostró algunas composiciones de las mismas

que yo ya había leído, algunas otras que en su memoria había, y aun llegó a recitarme alguna de las suyas propias. Y entre las que me dijo encontré una que me pareció de molde y bastante propia para lo que yo me proponía:

Bien sé que el triste acento que el náufrago te envía
de la distante playa do el viento lo arrojó,
destemplaná los tiernos acordes de alegría
que con sus plectros de oro te brinda la ilusión.

Y sé también que quiso sus íntimos pesares
dejar en el olvido y despertar su fe,
y enviarte el entusiasta cantar de sus cantares
más dulce que las notas de idílico rabel.

Mas ya cuando el santuario del alma se convierte
en ruinas bajo el peso amargo del pesar,
las liras enmudecen y al soplo de la muerte
la luz de la esperanza se apaga en el altar.

La verdad es que esta composición me suspendió, llegóme hasta no sé dónde, iba a decir, al alma; nada más que atendiendo a como yo era, no sé si me quepa algún derecho a referir que entonces la tenía.

Pedí a mi padre que me la repitiera, y en cuanto hubo ocasión, la transcribí, temiendo no fuera a escapárseme de la memoria.

Luego la trasladé en máquina, a hurtadillas; guardé para mí el original y maltraté un poco la copia; le arranqué una esquina, la doblé y desdoblé con frecuencia, la ajé medianamente, y así fui y anduve acechando el modo y la ocasión de inculcar en el espíritu de la tía Lina la idea de que Fulán había hecho para ella aquellos versos.

A la mejor cocinera se le va un tomate entero. ¿De dónde saqué yo que a todos interesa la poesía? ¿Cómo no se me ocurrió pensar que para mucha gente un poema tiene tanta importancia como para otros, pongamos, un tornillo enmohecido a una hora en que no lo ha menester?

Fui con la tía Lina, y le dije:

—Tiíta, ¿qué te parece esto?

Ella se volvió a ver la hoja, con tal semblante como el de aquel a quien

muestran un tornillo sobre el cual él no piensa, ni tiene por qué ni para qué pensar.

—¿Tú lo has escrito? —dijo.

—No, tía —le contesté—, los ha escrito Fulán.

—Pues no sé por qué me lo preguntas, no le veo al caso nada de particular, cualquiera escribe eso.

—No lo creas, tía Lina —me apresuré a aclarar—; yo he tratado de escribir unos y no lo he conseguido.

—Eso consiste en que tú todavía eres chico, mejor dicho, en que no te han enseñado; yo he visto hacer eso a chicos de tu edad.

—Entonces qué —le dije algo picado—, ¿tú podrías hacerlos?

—Cómo no —me aseguró—; muchas veces le ayudaba a escribir a mi papá.

—Ah, sí; pero es que éstos son versos.

—Da lo mismo, ¿quieres que te escriba éstos? Préstamelos.

Le dimos muchas vueltas al asunto y todo habría sido una conversación de sordos si ella, con dirigirse a la pieza donde la máquina de escribir estaba, y ponerse en actitud de ir a copiarlos, no me hubiera hecho comprender al fin lo que entendía por “escribir aquello”.

Palabra que hasta me dio coraje; pero me contuve y no le dije badulaque, con todas sus letras, únicamente por no comprometer el éxito de mi maquinación. Preferí contenerme, practicar la conocida, difundida y encarecidísima receta de contar hasta diez y aplicarme a explicarle que no estábamos hablando el mismo idioma.

—Mira, tía —le dije—; una cosa es copiar un escrito, y otra escribir unos versos. Esto que te estoy enseñando lo ha escrito Fulán, lo ha sacado de aquí, de su cabeza, sin haberlo visto, oído ni conocido antes. Es decir, éstos son versos, y lo que estos versos dicen lo ha pensado él. Hablaré más claro, supón que andas triste, que no tienes a quién comunicar tu tristeza, que te pones a pensar y a convertir en pensamientos lo que entonces sientes, que recoges los pensamientos que van surgiendo en torno de tus sentimientos, y que los apuntas, pues eso es lo que es escribir versos. Fíjate en lo que éstos dicen y fíjate también en lo lindamente que lo dicen —y se los leí, y cuando hube terminado le pregunté—: Eh, ¿qué te parece? ¿No te gusta esto? ¿Cualquiera puede hacerlo?

—A ver, a ver —me respondió—; me parece que ya te voy entendiendo.

No sé cómo decirte; pero, a ver, léelos de nuevo. Crees —me dijo luego—, crees que eso es como oír una canción. ¿Y dices que Fulán sintió y escribió esto?

—La verdad es que no lo sé; pero yo creo que sí los escribió Fulán. Si me prometes no echarme de cabeza, te diré por qué razones lo creo.

—Sí, te lo prometo. Anda, dime por qué.

—Pues por nada. El otro día fui y le esculqué. Tiene muchos versos. En cierta caja de zapatos tiene muchas libretas, muchas, llenas de escritos de su propia letra. Se conoce que en estas cosas se ha pasado largos ratos. También he notado que últimamente anda medio triste, habla solo; hasta parece un poco destornillado. La otra tarde subí a la azotea y lo oí hablar, en un momento en que no había nadie junto a él. Se encontraba tan ensimismado que no llegó a darse cuenta de que yo andaba por allí, y siguió hablando. Es difícil encontrarlo solo y en silencio. Generalmente canta. ¿Quieres que te diga lo que decía un canto que le oí?

—Sí, anda, dímelo.

—Yo la quise olvidar, y a las montañas,
entre barrancas solas y tranquilas,
me fui para olvidar que tus pupilas
claváronme el puñal de sus pestañas.
Y crucé por las sendas más extrañas,
bajo las tardes pálidas o lilas,
mas no pude olvidar que tus pupilas
claváronme el puñal de sus pestañas.
Pero la selva en que se esconde un trino
bajo cada ramaje en la maleza
me envolvió en su quietud y su grandeza,
sin matar tu recuerdo que es divino,
y hoy el recuerdo tuyo es mi tristeza
transfigurada en flor de mi camino.

Yo no sé cómo vino a mi memoria, para ayudarme a salir del paso, este deshechuradísimo soneto, tan extendido, no obstante, en aquellos días de ya falso y mendaz romanticismo. Sirvió como de molde. La tía Lina, rendida seguramente más que por la belleza de la composición, por el desbordamiento de lo biológico impedido que, de hecho por mí y fantasmalmente por

Fulán, había sido en ella despertado, y que tras un largo proceso de movimientos ocultos y traicioneros lazos escondidos empezaba a apoderarse de ella ya bastante más reconociblemente, se puso enternecida, tanto, que de momento llegué hasta a sentir celos. En un tris estuvo que me propusiera que la guiase a examinar los triques de Fulán. Se lo leí en los ojos, y también en el movimiento por medio del cual se reprimió.

Permaneció unos instantes silenciosa. Después se resolvió a interrogarme.

—¿Y qué más sabes tú de él? ¿Cómo es? ¿Tiene novia? ¿A quién le escribirá sus versos?

De momento, lo confieso, yo fui el que me ataranté; pero a pesar de que ya la envidia empezaba a hacerme arrepentir, falto de recursos, seguí el camino por donde había venido y llegué a persuadirla de que ella era la persona por quien Fulán sufría, y de que ella era también a quien él se dirigía en tan suspirantes versos.

No me cabe duda de que en aquel momento pasó por su mente el suceso de la noche en que ella confundió a Fulán conmigo, pues, ¿qué otra cosa pudo ser? Fue soltando sus párpados, su respiración se hizo más cargada y profunda. Tomó asiento. Se había soltado, suelta, había caído por azar —estoy persuadido de que no lo hizo de propósito— en el sofá, tan junto a mí, que me oprimía.

Con mucho tacto logré extraer el brazo que, cogido entre su costado y el mío, había quedado incómodo y opreso. Lo zafé hacia atrás, lo fui deslizando por la espalda hacia arriba, y al fin, haciéndome el inocente, le puse la palma de la mano bien abierta, encima del hombro del lado contrario al mío. Así me estuve quieto un momento, muy turbado por la inquietud en que quedé considerando, por un lado la ocasión, y por otro, el temor de que fuera a ofenderse. Sin embargo, se estuvo quieta. Luego, más que alentado, audaz, y resuelto a jugar el todo por el todo, acomodé un poco más mi mano, y la empecé a oprimir. Y al observar que ella se hacía desentendida, oprimí todavía un poco más; aflojé, apreté, volví a aflojar, la atraje contra mí. Ella cooperó dejándose atraer, acercándose otro poco, echándoseme aún un poco más encima.

Torné la cabeza a espiar sus ojos; ella también volteó los ojos a mirarme, y sostuve condescendentemente mi mirada.

Entonces le eché encima el otro brazo, materialmente la abracé, la oprimí, la atraje hacia mí. Sólo hasta cuando traté de besarla se defendió. No dijo nada; pero se levantó. Acaso había vuelto en sí, se había recuperado.

No dijo nada, no estaba disgustada; pero ya había pasado aquel mal rato, había llegado a serenarse, y ya no consentía.

Quedé yo, aquel día, después de aquello, mortalmente alegre. Por desgracia no supe delimitar mi condición, tomé la cosa demasiado en serio para mis años, y sin ponerme a reflexionar siquiera un punto sobre la incipencia de mi personalidad, no imaginé que para la tía Lina jamás podría ser, bien o mal apuntado, otra cosa que un chamaco endemoniado.

De cada una de las horas subsiguientes, reservé no menos de sesenta minutos para pensar en ella, ya con buenos y dulces, ya con dulces y malos pensamientos.

Oh, y cuán cierto es esto que dicen que las pasiones empañan nuestra inteligencia. A mayor apetito responde mayor insensatez.

En aquellos momentos yo hubiera podido jurar que la tía Lina era la criatura mejor y más amable de la tierra. Ahora ya calmado, tranquilo, sosegado, juzgo de ella lo mismo que juzgaba entonces; pero entonces, mi opinión descansaba en uno de los absurdos más notables que se hayan podido imaginar. Sentía que no podía nadie hacerme mayor bien que el que acababa de hacerme la tía Lina con dejarse abrazar.

Válgame Dios, todo lo daba ya por alcanzado, y donde no, con lo que había alcanzado ya, pensaba poder alimentar toda mi vida.

A no ser por la certidumbre en que estaba, de que nos lo tomarían a mal, me habría dedicado a comunicarlo a todo el mundo, dondequiera lo habría andado contando.

Chitón, con todo, cualquier día iba a salirse de la boca una sola palabra sobre todo aquello. Mis esperanzas me cubrían ni un punto menos que como cubren a un frondoso árbol sus exúberas frondas.

En ratos que me tocaba estar a solas, qué cosas no pensaba, qué de regustos no paladeaba, y siempre acababa yendo adonde estaba ella, y nunca acertaba a confortarme con otra cosa que con su vecindad.

Pero su actitud, ahora invariable y serena, me sorprendía y me desalentaba y casi me hacía rabiarse de incompreensión.

Qué, ¿no hacía, por ventura, menos de unas horas que se me había aproximado toda desvencijada y anhelosa? Entonces, ¿cómo ahora se hacía la inafectable, la inmune, la incontaminable?

No se acomodaba a ninguna de las formas en que se disponía mi entendimiento, el hecho de que ella no continuara enardecida, suspirando por lo

menos la mitad de lo que yo suspiraba, y anhelando la realización de por lo menos la mitad de las torpezas que anhelaba yo.

Me le acercaba, cual no queriendo, y como al descuido me repegaba a ella.

Ella clavaba sobre mí una mirada incompaginable con la de hacerse la desentendida que esperaba yo, una mirada de lo más apabullante, una mirada de tía, y con ello me obligaba, como no podría haberlo hecho ni con una ametralladora, a que me retirara, y a que desistiera, en fin, de mis intentonas.

Me daba a los mil diablos. Es que entonces yo no sabía hasta qué punto las mujeres son, incluso para los hombres más experimentados y concededores del corazón humano, un profundo misterio.

En fin, tanto insistí, que ella, lo mismo que la más inocente e incomplicada criatura de la tierra, y como si nunca la hubiera yo visto en otra actitud que la de una tía, me dijo:

—Sosiégate, o se lo voy a decir a tu mamá.

Verdaderamente se necesitaba sangre fría.

Yo, haciéndome entonces a su modo, y aunque ofendido y defraudado, le repliqué tan hipócrita y refrenadamente como me fue posible:

—¿Qué? ¿Qué cosas le vas a contar a mi mamá? ¿Qué te estoy haciendo?

—¿Pues te parece poco, muchacho atravesado, que no quieres quitárteme de encima?

E iba a replicarle:

¿Qué, ahora dices eso? ¿Y cómo es que no le vas a decir lo de ahora en la mañana?

Pero me contuve. Cierta oscuro instinto me dio a entender que no había que romper lanzas en aquella forma.

Entretanto, Fulán, que se había agenciado unas tijeras de cortar hojalata, se dedicaba a podar con ellas el único árbol que había en el patio, un naranjo de naranjas amargas y agrias. Y como la puerta no estaba totalmente cerrada, la tía Lina, con estirar un poco el cuello y volver hacia la izquierda la cabeza, podía verlo desde la silla en donde estaba. Y hacía este movimiento con más frecuencia de aquella que convenía para mi tranquilidad.

Yo me había apartado de su lado, fingía escarbar un cajón, cual muy necesitado de algo que debiendo estar allí, no estaba.

Pero, en realidad, mi atención estaba dirigida a los asomos de la tía Lina. Y empecé a dar por cierto que Fulán, mejor dicho, su visibilidad, junto

con el interés que por él ya se había apoderado de ella francamente, eran los que me estorbaban.

Era la hora en que el aire empieza a ensombrecerse dentro de las habitaciones. Yo lo noté por comparación. Hasta entonces, cuántas veces, lleno de despreocupación, más atento a otras cosas, divertido con cualquier estímulo, dejé de percibir el movimiento con que cada día se deshace la tarde. Pero ahora, convertido hacia mí mismo, rechazado, sin objetivo inmediato en que apoyar el alma, me parecía haber sido arrojado de un campo risueño, leve y luminoso, y empujado al exterior de no sé qué ambiente crepuscular, doloroso y marchito.

Mi sensación no me daba a entender que el ángel expulsor fuera la tía Lina, no; ésta era más bien el paraíso de donde había sido arrojado, y Fulán había ganado el sitio, o era, por lo menos, aquel para quien, despejándome, se había limpiado, para que lo ocupara él, el espacio del que yo pretendía adueñarme.

Favorecida por la seguridad en que la ponían las desiguales iluminaciones de la pieza en que estábamos, comparadas con las del patio, dicho en otras palabras, aprovechando que de dentro hacia afuera se podía ver perfectamente, y sólo muy mal de afuera hacia adentro, la tía Lina había acabado por levantarse y acercarse a la puerta, nada más con el fin de contemplar a Fulán.

Habría yo dado cualquier cosa por quitar a Fulán de por allí, y hasta llegué a desear adentro de mi imaginación, que se quebraran las ramas del naranjo y que Fulán cayese al pozo, y nadie volviera a saber ya nada suyo.

No me atrevía a irme, no es que no lo pensara, es que no tenía fuerzas suficientes para determinarme a irme. Tampoco podía seguir sufriendo el espectáculo de que la tía Lina lo contemplara así.

Finalmente, Fulán bajó del árbol, y la tía Lina, sin disimular ni tratar siquiera de disimular, a tiempo que iba por unos cerillos, me invitó a que fuéramos a beber una poca de aquella deliciosa agua azul que Fulán había traído el día anterior.

Y yo no supe hacer otra cosa que correr por dos vasos y ofrecerle uno, como dándole a entender que si Fulán había valido para ir a traer del ojo de agua, yo valía, al menos, para dominar mis celos y servirle en la medida extrema de mis posibilidades.

Fueron y vinieron horas. Y fueron y vinieron hasta formar la suma de uno, dos, tres, cuatro días, tal vez varias semanas.

La serpeante cuerda, o grueso de las agitadas líneas de beligerancia, tras haber llegado y pasado por sobre nuestro lugar, fue desplazándose, y nosotros recuperamos y volvimos a vivir días de normalidad y de sosiego.

Con esto no quiero decir que para entonces ya hubiese terminado o que estuviera a punto de terminarse la Revolución. Ni tampoco, pues no estoy nada enterado, intentaré ponerme a dar una idea ni clara ni confusa del desarrollo de aquellos acontecimientos. Me limito a declarar que de allá, de aquella región en que vivíamos, se fueron alejando las chusmas revolucionarias; que empezó a ser posible asomarse a la puerta, transitar por la calle, desempeñar algunos géneros de asuntos, hallar tiendas abiertas.

En consecuencia, habiendo cesado los motivos de nuestra convivencia, cada uno de los que estábamos allí en aquel conjunto de la casa de mi abuela refugiados, fuimos viendo llegarse la ocasión de despedirnos y volver a nuestras respectivas casas. Los de mi familia fuimos los postreros en salir. Primero salió mi padre, luego regresó y nos llevó consigo.

Naturalmente, desde entonces, ya a la casa de mi abuela no venía yo sino de visita y con una frecuencia rara vez mayor de una o dos veces por semana.

De boca de la propia tía Lina me enteré de que Fulán se había ido un poco más tarde que nosotros, y que ella se iba a quedar allí definitivamente.

Según colijo, Fulán, que imaginaba seguir siendo malquisto y persona no grata a la tía Lina, se había hecho el propósito de alejarse de ella, de desaparecer, de ignorarla y de que ella lo ignorase. Empero, no faltó quien se empeñara en averiguar qué era de su vida, ni menos, el que se encargara de proporcionar noticias.

Supimos ciertamente que había recaído a ser de nuevo un solitario, que vivía sin amigos, que estaba trabajando en una pequeña platería de los barrios, aprendiendo el oficio, y ganando para subsistir escasa, humilde y resignadamente, como pobre, sin ambiciones, sin premuras ni proyectos, lo mismo que el que ha acabado por perder todo interés en la existencia. Añadían, que desde el oscurecer erraba, y que era raro el día en que, durante las altas horas de la noche, no se le viera en torno, o enfrente, de la a esas horas hondamente dormida morada de mi abuela.

A la una, a las dos, a las tres de la mañana, lo habían visto: hoy, recargado en un poste de junto a la esquina próxima; ayer, sentado al borde de la banqueta, arrancando hebras del musgo que crece en el reborde, automática-

mente, mientras parecía ocupado en contemplar melancolías, y como hundido en calladísimas cavilaciones; otra ocasión, más tarde aún, apoyado de costado sobre la pared de aquella misma casa de donde había salido con el propósito de no tornar. Y como en alguna ocasión alguien lo saludara, y se le preguntara sobre qué hacía por allí a aquellas horas, él se había limitado a contestar:

—Nada, por aquí, matando el tiempo.

De día, pues, trabajaba, y de noche deambulaba solitario. Y esto es todo lo que se sabía de él; mas se ignoraba qué sentía, qué pensaba, qué quería.

Y nadie sospechaba la verdad, nadie, ni la propia tía Lina. Únicamente yo penetraba los secretos que lo movían a conducirse así.

¿Y qué imagen, qué impresión, qué representación me hacía yo de él por aquel tiempo?

Entiendo que me habría gustado hacer lo que él hacía, llevar una vida semejante a la que él llevaba. Ponía en mí el sabor de ser la personificación de lo romántico, el realizador de un tipo becqueriano, el receptáculo de un vivir intenso, sensitivo, dulce, triste, profundo y silencioso; me parece que en el fondo, si alguna cosa hubiera venido a determinar que me purificara un poco, tendría hoy el derecho de poder afirmar que Fulán representaba lo que yo entonces hubiera querido llegar a ser.

De hecho, sin alcanzar a percibirlo, lo admiraba, lo envidiaba y aun empezaba a hacer por dentro mis pininos de sentirme sentimental y triste, sin ninguna esperanza y sin ningún consuelo. Pantomimas, es claro, puras pantomimas de mi imaginación.

En realidad seguía siendo el mismo badulaque que hasta entonces. Bastaba que una sirvienta joven y medio regular entrara en la casa, para que yo volviera a pasar noches cenagosas, afanadas, y muy turbadas y llenas de fantasmas y de concupiscencia. Me pasaba las horas deseando intentar con la sirvienta lo que había intentado antes con la tía Lina. Sino que me había hecho todavía más cobarde que antes, y ya no osaba ponerme en camino para llevar mis designios a la práctica, aparte de que ya mi exaltación estaba enfocada hacia la tía Lina. Esto último lo creo porque, aunque ahora mis malos pensamientos empezaban teniendo por punto de partida la persona de la sirvienta, continuamente surgía y se interponía la ilusión de que a quien encontraría al ir a buscar a la sirvienta era a la tía Lina.

Asimismo, recuerdo que cuando por casualidad se ofrecía alguna oca-

sión para que la tía Lina pudiera preguntarme por Fulán, yo cuidaba con singular esmero, de que ella no sospechara que él la seguía queriendo, pues la sola idea de que llegara a establecerse entre ambos alguna inteligencia me producía amargura y me llenaba de recelo, abatimiento y sobresalto.

Un día de tantos, ya al oscurecer, yo pienso que acuciado por la simpatía, por un cariño entrañable que en el fondo jamás llegué a perderle, accedí a ir a la casa de Fulán.

Esa misma tarde había estado en la casa de mi abuela. No había nadie en la casa, aparte de la buena viejecita, mi madre, que había llegado antes que yo, y la tía Lina.

Cuando yo entré, encontré a mi madre con mi abuela; no vi a la tía Lina en la pieza y pensé que no estaba en la casa.

Después de los saludos y caricias de rigor, mi madre y mi abuela se atendieron una a otra y se desentendieron de mí. Yo quedé, pues, como al margen. No me acuerdo de qué hablaban, no llegué a interesarme en la conversación y salí al patio a merodear, a travesear, a ver qué se podía hacer.

Inopinadamente descubrí a la tía Lina. Malamente se levantó mi alma. La casa sola, mi abuela y mi madre olvidadas e inocentes sobre mí, la tía Lina, allí, de ociosa, limándose las uñas.

Permanecí mirándola, mirándola. No se había percatado de mi acecho. ¿Sería mejor llegar así, o de otro modo, o de este otro? Fui y vine por darme tiempo para trazar un plan. Me sentía nervioso, por un lado me era imposible renunciar, por otro, temía horriblemente no acertar a conducirme con tino y sufrir un descalabro. No me importaba tanto el descalabro en sí, sino el riesgo que, dentro de mi condición de muchacho y de hijo de familia, corría tras el desaire; pues hoy era de día y no quedaban posibilidades de que se me tomara por otro, como prodigiosamente había acontecido la otra vez.

Di una, y otra, y otra vuelta, con el objeto, tanto de aclarar mis pensamientos, como de serenarme y reforzarme en mi determinación; mas por más que fui y vine no lo conseguí completamente, y las dos o tres veces que fui a ejecutarlo me detuve. Al fin, lo de siempre, hice lo que menos me esperaba: llegué a ella por detrás, le cubrí los ojos con las manos, y como es uso, aguardé, a fin de que tuviera tiempo para pensar y ver de adivinar quién le hacía aquello.

Desde que empezó a palpar mis manos y mis ropas, se dio cuenta de que no era una mujer la que le hacía la broma y no dejó de extrañarse. Era

claro, ¿cuál, entre los hombres que allí había, o la trataban, o la conocían, se sentía con derecho para hacerle aquello? Pugnó, pues, por desasirse, y cuando lo consiguió y llegó a ver quién se lo hacía, aunque no dejó de parecerle mal, se tranquilizó relativamente, pues fuera como fuera, y hubiera sido como hubiera sido yo con ella, siempre le resultó más comprensible de lo que creía, ya que aún seguían considerándome como a chamaco. De modo que se limitó a decirme:

—No andes gastándome esas bromas, no me gustan.

Yo hice cara de que me cortaba, de que sus palabras me herían, y de que me parecía injusto que se portara así conmigo. Y le pedí perdón, poniendo en mis palabras un acento de pesadumbre un poco exagerado, guisado con algo de resentimiento e ironía.

Por fortuna no captó todo esto, se imaginó que nada más me había hecho apenar. Y como era extremadamente sensible, se movió tenuemente hacia el arrepentimiento, y me trajo hacia sí, y como por restañar la lesión que acababa de causarme; pero, al mismo tiempo, haciéndose traición, pues ya existían razones anteriores para que ella se formara sobre mí el concepto de que no era cabalmente inocente, añadió:

—No ves que pueden vernos.

—¿Y qué tiene que ver? —le contesté.

—No, es cierto, no tiene que ver nada; pero ya ves cómo son.

Quería dar a entender únicamente su temor de que el que llegara a vernos pensara mal de ella; pero al mismo tiempo sus palabras implicaban que ella misma sentía que un acto como aquél podía ser signo de mal. No era que en ella lo hubiera ya en aquel momento; su: “No ves que pueden vernos”, estoy seguro de ello, no significaba: “Si estuviéramos solos, accedería”, sino tan sólo: “A juicio mío, esto puede ser mal interpretado; yo, aunque quiero creer que lo hacemos inocentemente, temo lo que juzgaría el que llegara a vernos”.

Pero yo quise desentenderme, aprovechar la sutil coyuntura que la ocasión proporcionaba y provocar en la tía Lina unas migajas de sentimiento de complicidad.

—Y qué, no hay nada que temer —le dije—, en la casa no hay nadie, nada más mi mamá y mi mamá grande, y están muy ocupadas, en la primera pieza, conversando.

Acto continuo, tomé una silla baja, la puse a los pies de ella, tan cerca

como se pudo, y empecé a buscar conversación con ella, tan sencilla y naturalmente como me fue posible.

—¿Qué hay, tía, qué haces, cómo has estado? Fíjate, quién sabe en dónde perdí la navajita que me regaló el tío Carlos.

Y con la mayor franqueza puse mis dos brazos, cruzados, encima de sus piernas, apoyé el mentón sobre los brazos, eché los ojos hacia arriba, y me quedé observándola como en espera de contestaciones.

Quién había de pensar lo que me dijo:

—Mejor; los muchachos no deben de traer navajas, nada más las usan en ociosidades.

—Pero si yo ya no soy tan muchacho, ya estoy próximo a cumplir los quince años, y tampoco es ésta la primera navaja que he tenido.

No me podía quitar de encima la sensación de que pronto iba a faltarme asunto de qué hablarle, o de que, por lo menos, no iba a encontrar motivo que la interesase; pero quizá, precisamente este temor fue el que me hizo acogerme, como último recurso a un expediente que se me ocurrió de súbito, y que si no lo he cogido al vuelo y como de los cabellos, se me escapa. He aquí: recordé ser poseedor de un prendedorcito, corriente, sí, de plata, con un ópalo y dos piedras azules, que no hacía mucho había cambiado en la escuela, a un muchacho, por un reloj descompuesto que me había, como se decía entonces, aludiendo a los hurtos que cometía frecuentemente uno de los bandos revolucionarios, carranceado.

—Ah —le dije—, se me olvidaba, conseguí este prendedorcito, ¿no lo quieres? A ver, déjame ponértelo. Yo creo que se te va a ver muy bonito, porque, aunque no es muy fino, tu vestido es azul, y él tiene dos piedras azules.

—Oh, no —me contestó—; no me lo des.

—Bueno, si no lo quieres, no; pero desde hace días he estado pensando en regalártelo. No es nada, anda, déjame ponértelo, aunque en seguida te lo quites.

Y me puse en pie, tomé de su blusa los bordes de la abertura del escote y allí se lo prendí.

Me gustaba a mí aquel prendedor. No era verdad que hubiese pensado regalárselo. Es cierto que a mí de nada me servía; pero me gustaba y ya. Con todo, ya una vez ofrecido, no me pesaba dárselo. Por el contrario, estuve insistiendo en que lo recibiera con la mayor sinceridad, con todo lo que existía entonces de corazón en mí, que no era mucho ni cosa de que pueda ufanarme hoy; antes, cuando pienso en ello y lo cifro y cuantifico, me causo pena.

Yo, viendo que ella se sintió complacida, mas no olvidando que lo último en que estábamos era que si no lo quería no lo aceptase, haciéndome el que se da cuenta de lo poco que vale lo que ofrece, y por tal razón se humilla, continué:

—Realmente, no debería haberme atrevido a ofrecértelo; es tan insignificante. ¿Cómo pude pensar que ibas a aceptarlo? Pero, en fin, date cuenta de que lo llevo guardado para ti desde hace más de cinco días.

—Oh —dijo la tía Lina—, no lo tomes así. Si me opongo a que me lo regales es únicamente porque no deseo privarte de él. En realidad sí me gusta, es muy bonito, y aunque no sea muy costoso, tú sabes, un regalo se estima más por el afecto de que al ofrecerlo se dan muestras, que por lo que vale. Además, también siento escrúpulos de aceptarlo porque yo nunca te he regalado nada. Te lo agradezco mucho.

Y me hizo una caricia inocente, estoy persuadido de que fue inocente la caricia que me hizo en la cabeza alisando con sus manos mis cabellos.

Yo tomé su mano y no la solté; primero únicamente con una de las mías, luego con las dos.

Ella se había enternecido, le había agradado que le regalara el prendedor; no tanto por el prendedor en sí, sino muy singularmente por el hecho de que, desde que había quedado huérfana de padre, nunca más nadie había llegado a hacerle regalo alguno. Lo sé porque así me lo dio a entender.

—Ya hace tiempo, crees, ¿cuánto tiempo crees que hace que no me han hecho un regalo? Mira, ¿ves estos aretes? Es el último regalo que me han hecho. ¿Sabes quién? Mi papá. ¿Te acuerdas tú de mi papá?

A mí no se me conmovía el alma con facilidad. No bastó a purificarme ni siquiera un punto la limpieza que estaba sintiendo que había en sus sentimientos. La empujé a que de nuevo se sentase en la silla donde estaba cuando entré, y yo también volví a acomodarme como estaba, es decir, a sentarme en la silla baja frente a ella; mis brazos cruzados y descansados encima de sus muslos, y el mentón posado sobre mis brazos. Sólo que ahora, en vez de poner mis piernas a un solo lado, como antes, cuidé de que una quedara a un lado y la otra al otro de las de ella.

Simultáneamente, a fin de justificar aquella posición y no hacérsela sospechable ni embarazosa, le estuve platicando asuntos familiares, con la mayor despreocupación que supe simular.

—Sabes, mi tía... X —y ésta cuyo nombre hago incógnito era la menor

de las hijas de mi abuela, aquella a quien durante toda la relación he estado denominando la soltera— ha intentado quedarse con el prendedor algunas veces. Primero me pidió que se lo obsequiase, en seguida, es decir, la segunda vez, me quería dar por él treinta centavos, más tarde, un tostón, y finalmente, ayer puso en mi mano un peso duro; pero yo qué se lo iba a dar ni a vendérselo. Qué quieres, esa tía no me gusta, nunca ha acabado de gustarme, y además, se me había metido en la cabeza regalártelo a ti.

Mañosamente había ido sacando yo los brazos, estampado mi cabeza de perfil sobre sus muslos, y tomado, con ambas manos, bajo el codo, uno de sus brazos.

Empezaba a oscurecer, se había ido el sol, estaba húmedo el aire, se sentía calor; del patio llegaban emanaciones desprendidas del naranjo y de las plantas, y trascendía un penetrante y mezclado olor a tierra oscura húmeda, y a madera profunda, cargada, envejecida.

Hasta nosotros no llegaban siquiera los rumores que mi abuela y mi madre hicieran, en caso de que aún siguieran conversando. Los objetos iban haciéndose borrosos, hurtándose a la visibilidad; yo mismo no acertaba a comprender ya mucho; en consecuencia, torpemente acertaría a explicar lo que siguió, particularmente el momento, la forma, o el movimiento con que ella me atrajo. Acaso se sentía sola; tal vez desconociendo los verdaderos móviles, en cuya virtud Fulán —a quien probable y casi seguramente ya no incluía en sus cuentas— se había separado de la casa sin despedirse de ella, sufría desesperanzas y se sentía necesitada de compañía y ternura. No es incuestionable que, la hora, la quietud, la orfandad, quién sabe si solamente el húmedo bochorno, el caso es que aquella tarde, bajo la presidencia del lento golpear del reloj de pie, cuyo vaivén se deseaba un poco más nervioso, y necesitando que se acomodase, ya al ritmo de nuestro propio pulso, ya a otro individualmente deseado, se dejó acariciar pasiva, desmayada, desentendidamente.

Acerca de conductas de muchachas no se debe hablar aspirando a profundizar en demasía. Son como son, y los hombres no nos imaginamos cómo son. Son tan recónditas, tan secretas, tan concentradas, tan contradictorias, tan frágiles, tan contenidas, tan puras, tan inmundas, tan todo conjuntamente, que ni siquiera entre ellas mismas se conocen, se comprenden, se saben definir ni se sospechan.

Pues esta jovencita que sale hoy de la iglesia, que atraviesa la acera con

los ojos bajos, piadosos, humildes, recatadamente, no tiene que ver ni lo más mínimo, ni podría hallársele la más pequeña relación, con esta otra que, sin embargo es ella misma, cuando en alguna mala noche se duele de su soltería y deseando, en secreto, ardientemente un compañero, se revuelca en su lecho.

Y esta otra que anoche ha soñado los más inmundos sueños, tampoco tiene que ver nada con la que por la mañana se despierta y reza: “Bendita sea tu pureza, etcétera”.

Y ésta que ama a su marido con todo el corazón, que ha sido resignada en las pobrezas, prudente en los peligros, sincera en los momentos de desgracia, tampoco tiene que ver con esta otra que se derrite, se enardece y desea, en el secreto de sus pensamientos, el beso y los abrazos del fantasma de un hermoso ejemplar de varón en el cinematógrafo, ni con aquella a la cual se le velan los ojos y se le altera el pulso nada más que por un transeúnte que, inexplicablemente la fascina, se ha cruzado con ella por la calle.

Y aun muchas de las que han caído en culpa, no imaginan, no sospechan, no llegan a enterarse nunca de la sutileza del hilo de que cuelga que su hija, su hermana y aun su madre lleguen a caer también.

Así, nadie, lo juro, ni aun una mujer; vamos, acaso ni la propia tía Gila, imaginaría a Juana Andrea, capaz de dejarse acariciar tan ilegítimamente como me permitió hacerlo a mí en aquella ocasión.

Y yo mismo me llamo a humillación, a rendimiento, a incertidumbre, a polvo, a confusión.

Verdaderamente no es el hombre autoridad que pueda emitir juicios sobre el hombre.

Cuando anhelante, entorpecido, imbécil, con todos los entenebrecimientos del ardor, pasión y oscura fiebre de mis quince años le fui a buscar la boca, le encontré las mejillas tan mojadas que me quedé deshecho.

...Cabecita humillada, manos juntas, semblante contraído, cuerpecito lloroso, garganta lastimada, ¿cómo no os había visto?

—¿Qué te pasa, tiita, qué te pasa? —le dije hecho un no sondado témpano de asombro—, ¿qué te pasa?

Pero ella se limitó a extraer mis manos de debajo de sus ropas, a abrazarme muy tierna y silenciosamente, y como fin, buscó por mis bolsillos mi pañuelo, y se enjugó los ojos, se sonó la nariz, y murmuró:

—De hoy en adelante, tú y yo vamos a ser buenos amigos, vas a ver, vamos a ser buenos amigos.

Había oscurecido casi por completo, tibios silencios vivos, laboriosos, a semejanza de esos incansables animales que surgen en las casas por la noche, roían la oscuridad.

Quietud, tibieza, paz, misterio, y el lento metro en gotas, implacable, monótono, andariego, misterioso, indefinible del reloj.

Después nos separamos. Ruido como de pasos empezó a ser oído en la vecina alcoba. A poco hicieron luz. Yo me puse nervioso.

La tía Lina se alzó y tomándome por la canilla me obligó a hacer lo mismo. Así cruzamos la puerta y allí encontramos a mi tío el borrachito, ganamos la otra pieza y llegamos hasta la de mi abuela. La tía Lina me entregó con mi madre:

—Aquí está este muchacho, es bueno; pero para hacerse mejor necesita unos palos, unos extraordinarios palos.

De este modo quedó aquello cerrado, y como para siempre, y como si no existiera.

Y ya mi madre se disponía a salir, salimos juntos y quiso que la acompañara a alguna platería, a fin de que le compusieran un anillo al cual se le había ido aflojando una de las piedras.

Y qué casualidad, fuimos a dar precisamente a aquella en donde Fulán estaba. Y como ya era hora en que iban a cerrar, mientras entrábamos, Fulán se disponía a salir, y yo pedí a mi madre que me permitiera ir con él.

Llevóme él a caminar un poco. Luego me invitó a su casa.

Ésta era un pequeño cuarto que subarrendaba; largo, angosto, pintado de cal blanca, con una puerta al cubo del zaguán y una ventana por donde se veía la calle. Por muebles tenía un catre, una mesa de noche, una mesa cuadrada, dos sillas y sobre un cajón cubierto con tela corriente estaba el otro cajón en donde guardaba sus papeles. Ah, y también había una cómoda. Allí tenía su ropa y sus herramientas.

Lo primero que me hizo notar, fue un farol, diciéndome:

—Mira, he hecho un farolillo, a ver qué te parece.

Y como para mostrármelo, lo encendió.

Eh, qué gustos, dije yo entre mí, cuando lo vi encendido.

No era nada, simplemente un prisma cuadrangular, por arriba estaba descubierto y por allí entraba el foco; a los lados tenía vidrios lisos de color verde intenso, y por abajo uno morado no muy oscuro y también liso.

El resultado que daba era que hacia arriba proyectaba un cuadro de luz

amarillenta, y todo el resto del cuarto quedaba iluminado muy mortecina-mente con luz verde de un tono azuloso, y sólo hacia abajo arrojaba y ponía encima de la mesa luz morada.

Eh, qué gustos, repetí. ¿Cómo puede agradarle esta semioscuridad? Todavía tuviera un foco grande; pero con este que ahorita tiene, apenas puede verse. Sin embargo, comprendiendo que él estaba profundamente complaci-do con su obra, en lugar de darle a conocer mi sincera apreciación sobre ella, se la elogí un poco.

—Sí, mira, dijo él, con esta luz descansa uno mucho, se pone uno a pensar y viene un estado de ánimo de mucha paz, un poco triste, que sabe bien. Antes que éstos, digo, de recién que lo hice, le puse vidrios rojos; pero qué crees, la luz roja irrita, descompone, acalora, no se siente uno bien. Por eso se los he cambiado, y éstos sí me gustan.

Entretanto, yo iba revisando, y acabé por descubrir en la pared unos dibujos, había lo menos veinte.

—Oye, estos dibujos, déjame verlos, ¿los has hecho tú?

—Sí —dijo—, pero no valen la pena, ni los veas.

Me acerqué, no obstante. No me parecieron enteramente mal, se entre-tenía uno viéndolos. Entre ellos descubrí uno que me pareció ser la tía Lina. Éste era el más grande y era también el único que tenía yarda y vidrio. Los demás estaban desnudos. Había, simplemente, tomado los papeles y con cua-tro chinchas los había adherido al muro. En cambio, éste de la tía Lina era a colores, estaba como en el centro y tenía, como ya he dicho, su marco de yarda, su fondo y su cristal.

Recordé los esbozos que antes de hoy, el día que fui a esculcar sus chá-charas, encontré en sus papeles. Los superaba a todos. Se conocía que él había estado dale y dale, quién sabe desde cuándo, hasta que había, por fin, logra-do lo que se proponía. Consistía en la cabeza y una porción del busto. Sobre un fondo gris muy puro y claro, se desprendía la fina cabecita, ovoidal, alar-gada, fina. Arriba, la frente amplia, alta, abierta, era acusadamente, la mayor amplitud. Hacia abajo, el trazo ovoidal se iba adelgazando, hasta terminar en una barbilla aerodinámica, casi en punta. Los ojos, deliberadamente agranda-dos, se veían proporcionadísimamente situados debajo de las cejas en alto y muy sutiles y arqueadas; y en medio, la nariz; y abajo, la boquita un poco abierta; pero sin sombra de babosidad, antes llena de inocencia y despreocu-pación. Por encima, el pelo lacio, sin más tocado que una flor exageradamen-

te grande y casi detonante de tan roja; y el cuello, largo, esbelto, y la línea de los hombros, un poco de perfil y llena de suavidad.

En rigor, no era una calca de Juana Andrea, era una abstracción, una idealización, era la idea que Fulán tenía de Juana Andrea.

Le dije:

—Oye, ¿y esta cara de quién es? Se me figura a mí que la conozco.

—No es de nadie —aseveró Fulán—, se me ocurrió hacerla, no es de nadie.

—Pues cualquiera diría que es de la tía Lina.

Se amilanó un poco, no le gustó mucho que lo hubiera conocido. Al fin confesó:

—La verdad, sí es de ella. Es bonita, tiene un no sé qué, algo en que uno se reconoce desde luego, se llena de presentimientos, y evidencia el reencontro de cosas que como que se habían perdido. No se puede decir de ella que sea extremadamente hermosa, que congrega los atributos de la perfección, o que descuella entre las que la rodean. Al contrario, es apagadita, parece imperceptible; pero dentro de su aparente insignificancia, resulta para el que llega a descubrirla, muy significativa, muy expresiva, altamente elocuente. Tiene la gracia de despertar afecciones que duermen desconocidas, que existen como no existiendo, como enterradas, como a oscuras, como muertas... Ah, y te decía, ¿qué es lo que te decía? —me interrogó dejando traslucir que esta parrafada se le había salido con tanta espontaneidad, obedeciendo a tal necesidad y respondiendo a vivencias tuyas de tan pura y entrañable verdad, que una vez que había empezado ya no había podido detenerse, y por un momento llegó a olvidarse de que hablaba con un chico que no podía seguirlo. Luego añadió: —No pienses que estoy loco, sabes, así soy yo algunas veces; me quedo hablando solo. Tú no me preguntaste tanto. Lo que sucede es que quería explicarte los motivos que he tenido para hacer este dibujo. Debería ser menos suelto de lengua. En verdad, tú aún eres solamente un chamacco, no es imaginable que puedas seguir o interesarte en ciertas sutilezas, y modos de considerar las cosas.

No sabía él que, si bien tenía razón en decir que yo no me hallaba en situación de representarme sus finos y sutiles sentimientos, todavía tenía mis motivos personales, no sólo para llegar a interesarme en lo concerniente a la tía Lina, sino además, en lo que concernía al propio Fulán, ya que por una parte, empezaba a considerarlo en cierto modo como mi contrincante, y por

otra, empezaba a polarizar mis pensamientos en la dicha tía Lina, de modo menos pueril y acaso un poco más sinceramente de lo que a mis felicidades convenía.

—Pues a poco tú eres muy viejo —le contesté por contestarle algo.

—No —dijo él—, tampoco quiero decir que sea yo un viejo; pero no es lo mismo Catito que Fulán. Desde luego, te llevo de ventaja lo menos once años, en seguida, yo he vivido solo, casi desde que nací, en cambio, tú no vives como quieres ni como puedes, sino como quieren tus padres. Si tienes una enfermedad, ellos te cuidan, si se te presenta un problema, ellos te lo resuelven, en tanto que yo tengo que enfrentarme directa e inmediatamente con la vida. Y no pienses, por ningún caso pueden significar lo mismo tus trece o catorce años, que los veintisiete que yo voy a cumplir en este año.

Me resentía yo de que la conversación fuera desviándose, y aunque estaba precisamente en esa edad en que uno se desazona al ver que no consigue ser tratado como persona formal, y aunque en circunstancias ordinarias y más simples habría reaccionado ofendiéndome de que se me tratara como a un niño, como me interesaba más el otro punto, la tía Lina, y averiguar la disposición en que actualmente Fulán respecto a ella se encontraba, con el fin de encaminar el diálogo hacia el curso que me interesaba, le dije desatinadamente, lo percibo con toda claridad, un poco desatinadamente:

—Tú qué sabes, no todos somos ajustados por el mismo rasero. En confianza y aunque me juzgues un adelantado debo decirte, que yo también siento un cariño muy especial por la tía Lina.

Por ventura, Fulán no me entendió. ¿O sería por desgracia?

Se conocía que no llegaba a tomarme en serio, que se encontraba a dos mil leguas de llegar a comprender mi realidad. ¿Qué pensáis que hizo? Abrió el ropero, sacó unas pastillas de caramelo y me las ofreció, diciendo: “¿No te gustan los dulces?” También sacó un cuaderno con estampas de animales, y lo puso en mis manos con el mismo ademán con que se pone un juguete en las manos de un niño para que se entretenga. Con esto, en cierto modo se sintió libre de la obligación de atenderme y se dedicó a contemplar el retrato de Juana Andrea, con una atención que no es la del artista que se complace en su obra, sino la del que está prendado del objeto que su obra representa.

Pobrementemente lucía a la luz entintada de verde, tanto por perder variedad y matices, cuanto porque el reflejo, siendo débil, lo presentaba apenas. De modo que cuando vi a Fulán subir sobre la mesa, pensé que su propósito era

descolgar el farolillo, con el doble fin de que el retrato se le hiciera un poco más visible, y el de procurarme a mí una poca de más luz; pero contra mis suposiciones, en lugar de bajarlo, lo alzó, consiguiendo que el foco se hundiera dentro de él un poco más, y sobre ello, con un papel *ad hoc*, cubrió la cara superior, con lo que la pieza se oscureció todavía más, y la luz que se filtraba por los vidrios, como ya no se mezclaba con la desnuda que antes rebotaba del techo, pareció completamente verde hacia los lados, y del todo morada la que caía encima de la mesa.

—¿Qué te parece ahora?, ¿cómo te gusta más, como está ahorita, o como estaba antes? Si quieres, allí tengo otro farol más o menos como éste, nada más que es azul, y en vez de ser vidrio es de celuloide transparente; naturalmente se ve menos fino que éste; pero produce un efecto más bonito.

—Oh —le dije yo—, no me des a mí el farol, ¿no ves que ni siquiera tengo en donde ponerlo?

—No le hace —insistió—, llévatelo, lo pones en tu pieza aunque no sea más que por unos días.

Con esto terminó nuestra entrevista. Me comunicó que ya era hora de que me volviera a mi casa, pues yo era todavía demasiado chico para que pudiera irme sin compañía más tarde, y se empeñó en que me llevara, lo mismo el farol que el cuaderno de estampas de animales y los dulces.

En la puerta me hizo volver los ojos a mirar la luna.

—Mira —me dijo— qué luna tan rara, tan de color de rosa.

Efectivamente, era notable lo muy de color de rosa que se veía la luna, yo nunca había visto una luna del color de aquélla. Y como no ocultara mi extrañeza, él sonrió y, bromeando, me declaró el fenómeno.

—Oh, no es nada, es que así ven la luna los que están enamorados.

—Pero si yo no lo estoy.

—Desmemoriado, todavía no hace unos instantes, me dijiste que tú también querías de un modo muy especial a la tía Lina. Dale gracias a Dios de que la ves tan sólo sonrosada; si la miraras de color de sangre, sería signo de que tus amores son sin esperanza. Cuídate, Catito, cuídate.

Fue tanto lo que me embaracé, que se apiadó de mí, y todavía riendo, y en son de despedida, se desdijo:

—Anda, tonto, anda que se te hace tarde. No es que estés enamorado, lo que sucede es que la luz que hay en mi cuarto es verde, y ahora que has salido, ves, por cansancio, en la luna el color complementario. Anda, vete, ya

verás cómo, cuando cuelgues en tu alcoba tu farol azul, y después de estar adentro un rato, salgas, vas a mirar las otras luces de color de naranja.

VI
SEMIFINAL

Fueron y vinieron horas; no me extraña, digo, ahora, ahora no me extraña.

Estoy tratando de expresar algo inefable: fueron y vinieron, ¿qué? horas. Es decir, algo inefable, difícilísimo de definir, irreductible. Y de ese algo indefinible, inefable, irreductible, ciertas secciones, en rigor convencionales, arbitrarias, en absoluto fuera de toda realidad, unas iban, otras venían. Me explicaré más claro: una que estaba, a poco ya no estaba, e inversamente, algo que no estaba, que no era, que no existía, empezaba a estar, a ser, a existir.

Como antes lo dije, ahora ya se ve, estoy queriendo decir cosa que no puede estar concorde con el entendimiento. Sin embargo, así fue, como digo, así fue, y sin embargo, ahora no me extraña.

Ya he navegado un tanto, y, la costumbre, la repetición, en suma, la constante experiencia, han acabado al fin por adaptarme.

¿O es que existe alguien, que alguna vez ha existido alguien, a quien haya sido dado ver jamás otro jaez, estilo, o modo de existencia?

¿Quién es el que puede ir clamando: Eureka, eureka, y decir que en su reloj se encuentran hoy las manecillas en la misma vuelta que ayer, o al menos, que ahorita están en donde estaban hace una cienmillonésima de instante?

Siempre que me he puesto a observar, he topado con esto. En vano buscaremos un lapso de otra especie, el momento que no se conduzca de este modo, el momento que permanezca dos, que llegue, permanezca y no se aleje como soplo de paso,

Tanto he vivido así, tanto he estado en tantos sitios en que siempre es así, que no obstante seguir sin entenderlo, he acabado por acostumbrarme, por hacerme al molde, por aceptar lo absurdo, y ya ahora no me extraña. Pero esto es ahora, ahora que ya estoy fatigado, deprimido, acomodado, y como dicen, hecho al pulque; mas quiero hacer constar que la primera, desgarradora vez, en que volví los ojos a buscar algo que estaba, y vi que ya no estaba, se me partió la mente, mi entendimiento se hizo dos, dos atónitas, dos inconciliables, dos doloridas, dos espantadas partes...

Fueron y vinieron horas...

“Fulán Peralta se complace en invitar a Ud., y a su familia, a la ceremonia de su matrimonio con la señorita Juana Andrea Palomino, que tendrá lugar el día... en el templo...” decía en síntesis el pliego silencioso que al entrar en la alcoba silenciosa de mi madre, ya entonces en reciente posesión del instante que permanece dos, encontré sobre una mesilla de centro silenciosa...

“Fulán Peralta invita a Ud. y a su familia...”

Usted, muy bien, usted, era mi padre, mi padre, unos pelitos más que una sombra que no veíamos ya casi nunca a la luz. Pero, y ¿“su familia”?

Padecíamos varios lutos acumulados y recientes. Pienso que del último aún no habían transcurrido ni siquiera los nueve días de receso que arbitrariamente se usa fijar como término de reclusión, y para recibir esquelas de condolencia y visitas de pésame.

En sólo los cuatro últimos meses, habían fallecido sucesivamente y por orden en que los enumero, mi tío el borrachito y holgazán, aquel a quien casaron por remendar el de otro modo irremediable suceso de un mal paso, mi abuela, una de mis hermanas y mi madre. No entraré en pormenores; pero es cierto que la esquila nupcial palpitaba allí irónicamente; había venido a caer en un vacío y a establecer un inmisericorde término de desemejanza y de contraste.

No creo que ni para mi padre ni para mis hermanos haya significado algo. Para mi padre, debió ser lo que para un árbol que acaba de perder dos vivas ramas, el paseo de una mariposa en una mata de tomillo, próximo, sí; mas no perteneciente al ruedo de terreno que abarcan sus raíces, y para mis hermanos, todavía menos, porque en primer lugar esta historia casi no les concierne, y en segundo, porque ellos, a su vez, tampoco conciernen casi a esta historia —no lo digo por mal, acaso algún día escriba otra en que ellos intervengan—; pero para mí, fue tanto como el frío traidor de un deshielo incorpóreo e inesperado.

¿Por qué tenía que acordarme tanto de la pobre boquita casi siempre entreabierta de Juana Andrea?

Paraíso perdido, fruto de prohibición, dulcísima y costosa fruslería, espina al mismo tiempo que corola, dura como la sombra, suave como la seda... Juana Andrea, ¿por qué tenía, por qué tengo, por qué tendré que acordarme siempre de tu pobre boquita casi siempre entreabierta?

Día y noche estuve viendo sin poder evitarlo, sin siquiera poder querer

evitarlo, un árido paisaje, por donde, hacia el destierro, me alejaba. Atrás, el paraíso, a mi alrededor el páramo, y en medio, digo, entre yo y las rosas, la esquila de desahucio, el pliego de las nupcias, desplegado como una mariposa, e infranqueablemente abierto como un ángel del abismo.

Y ni con quien hablar; sólo conmigo mismo, a solas, desterrado, miré ir aproximándose la fecha del día tantos de mil novecientos tantos.

Y todo aconteció. Desde el coro del templo, solitario, encima de la multitud, sin nadie ya conmigo, los miré, digo, a Fulán y a Lina, después de la ceremonia, muy dichosos abandonar el templo.

Por la noche, yo no sé si dormido o despierto, me aconteció que siendo ya por filo la hora en que el sol errabundo va rodando más lejos de nosotros, y mientras yo consumía mi existencia velando sin ventura en un sombrío aposento húmedo y desolado, rasgando la alta noche de la desierta torre, irrumpió circundada de mañana, juventud y sonrisas, Juana Andrea.

—¿Siempre te vas —le dije—, siempre te vas al baile?

A ella no le importaba; se sentía alegre, alegre, contrastaba conmigo y con mi aposento, lo mismo que un amanecer claro y florido, con un atardecer lluvioso de invierno. Iba y venía alocada, dichosísima, y como a un árbol muy cargado, efusivo y saltarín, se le caían continuamente hojas y flores.

—¿Siempre te vas —le dije—, siempre te vas al baile?

Abrió su bolso, y de dentro sacó nueve cepillos blancos y tres cepillos negros. Los negros los arrojó al espejo, de los nueve hizo uno muy compacto y muy fino, y finalmente me dijo:

—Me voy, tengo que irme, mi alegría es de una fuerza incontrastable. Cepíllame esta mancha.

—¿Siempre te vas —le dije—, siempre te vas al baile?

—Pues allá hay mucha luz. Aunque mi mancha fuera más pequeña que el negro de una uña, allá sería advertida. Asómate, mira el cordón de coches, mira cómo se apresura. Cepíllame esta mancha, que tengo que llegar.

Qué triste. Ante lo irremediable, tomé el doble cepillo y empecé a cepillar su blusa por la parte en que la espalda se une con el hombro.

Con la pura puntita de las cerdas, con suma suavidad, la estuve cepillando.

De pronto, me di cuenta de que la parte de la tela que estaba cepillando, poco a poco se iba haciendo transparente.

¿Cómo resistirse a comprobar, ávidamente, si, por la cruz bendita,

acontecía otro tanto en la porción de tela en que la espalda se une con el otro hombro? Después lo hice en la espina, y luego en la cintura, y finalmente en la amplia falda.

—¿Pero es que verdaderamente tengo tantas manchas?

—Espera, ya sólo queda una en esta manga.

Así estuve cepillándola hasta poco antes del tercer canto de los gallos; y ella se fue de mí sin enterarse de que yo la había visto, sin comprender que iba vestida con sedas ya invisibles.

Quedé solo de todo lo de ella. Hasta su mancha, alzándose del suelo, había partido aleteando torpemente como una mariposa cegatona que no encuentra el camino.

Ay, qué sabor tan triste, qué oscuridad tan sola, qué soledad tan hueca y cenicienta.

“Pues allá hay mucha luz”; ella tenía razón. En cambio, aquí caía una lluvia apagada y cenagosa.

De pronto, desvelado, enrojecido como la mirada de unos ojos irritados por el insomnio, entró en el aposento un nocturno haz de luz que venía de muy lejos.

Yo estaba recargado en la pared. La luz, penetrando por la puerta, tendía en el suelo, como un tapete, su silenciosa franja, y en seguida, trepando un poco, se suspendía en el muro como un cartel.

Y como yo estaba situado precisamente en esta parte, también era bañado por la luz; pero ésta llegaba nada más hasta la altura de mis ojos.

Y desde acá, allá a lo lejos, en el confín del valle, se veía la otra puerta, la puerta del salón en donde se celebraba el baile. Se veía ciertamente, aunque estaba tan lejos, en el confín del valle.

Y ni el viento, ni el aire no movido, ni el chiflón de la luz, ni mi intensa tristeza lograban conectarme con la música. Mas se sentía el compás, el ritmo, sin mezcla de rumor. Si yo hubiera sido sordo y ciego habría creído hallarme cerca del corazón quemado del silencio.

Entonces, una sombra que venía desde allá resbaló sobre el muro, y como una palpación la sentí deslizarse recorriéndome, como un soplo amoroso, pero triste, por proceder de otro lugar de otros días.

Era que Juana Andrea, en un giro de su baile, había pasado danzando tras la puerta de allá, y la sombra de su cuerpo, al proyectarse, midiendo todo el valle se había deslizado sobre mí.

Y así, yendo y viniendo, pasando con frecuencia uniformemente acelerada, me rozaba la sombra, hasta que...

Y volví en mí, víctima de la más desolada, sombría y sollozante de las gratificaciones.

Por un momento que giró en su rueda sin llegar a cuajar sobre su eje con giro bien cuajado; que yo sentí que no alcanzaba a arder, ni llegó a consumarse plenamente, ahogado y desvaído, frustráneo, nebuloso, de presencia imperfecta, perduré retenido en las tinieblas que pueblan las visiones y se extienden detrás, adentro o debajo de los párpados. En seguida, brotando desde la fuente que enjuta mana antes del punto a partir del cual hasta las propias sondas de la vida se vuelven impalpables, con invasión reptil y sigilosa de enredadera a rastras, la flor de mi atención fue derramándose por mi extensión somática. Percibí, por principio, y poco a poco, el animal vaivén de mis pulmones, el aire sofocado y sin sabor, que vanamente y sin causarme consuelo penetraba en mi seno; recogí el lubricado contacto que se hacía entre mis ojos y sus cuencas, el sarmentoso par de animales de cinco patas, sin ojos, y sin hojas ni frutos, de mis manos tan ciegas, tan ciegas, que no obstante haberme acompañado siempre en mis pruebas de noche y descarrío, todavía hoy no me valen ni aprenderán jamás a encaminar a un ciego; las otras formas también ciegas y torpes, los apagados topos desnudos, sin ojos, sin cejas y sin seso, de mis pies; el costal de mi espalda, mi paladar, mis piernas y la infinita atmósfera sensible que se enclaustra bajo la reducida y fúnebre cajuela de huesos de mi cráneo.

De cierto estaba viudo, viudo como al morir. Nadie se me acercaba, ninguno me entendía, nadie exclamaba: "No está bien que esté tan solo, démosle compañía".

Qué soledad, Dios mío, qué soledad.

Para entonces ya no estaba dormido; antes, tanto era lo que me había despabilado, y tanto y tan abiertamente enfrentaba mis ojos a la sombra, que me era dado poder palpar los fillos, el hilo de los rayos, la irradiación de estrella de tinieblas sin latido de mis propias pestañas. Mi corazón tampoco osaba parpadear, y yo no sé si con éste o con mis ojos, sino sólo que con algo muy mío que se hallaba extendido y abierto como un ojo, contemplé las siguientes instantáneas y plásticas imágenes: Visto por fuera, como desde el centro de la cruz de dos calles, el ángulo exterior o esquina de cierta vulgar casa de este actual estilo liso, inexpresivo y frívolo. Y en su interior, y gracias a la transpa-

rencia de los vidrios de sus dos ventanas, se veía un patinador entregado en cuerpo y alma a la airosa actividad de su ejercicio.

Eran dignas de verse, y merecen ser encarecidas por igual, sendas ligerezas de que con señal contraria daba muestras, por abajo con sus alados pies, y por arriba con su ingrávido casco. En virtud de la primera —de signo positivo— se deslizaba, ondulaba, giraba y se mecía muy lindamente, y por debilidad de la segunda —de signo negativo— lo hacía, no percatándose, o por lo menos conduciéndose como si no se percatara de que lo hacía allí en aquella sala, pues cabalmente era de éstas en que parece ser que si no han puesto más encajes, vidrios y porcelanitas, se debe sólo a que materialmente ya no supieron cuáles ni encontraron dónde.

No hay duda de que la humildísima y recóndita sabiduría que informaba la disposición del centro de que procedía el orden expresivo de la composición, juzgándose o incapaz o indigno de aclaración más franca, tuvo a bien cortar su informe en ese punto y sustituir la escena dicha por otro cuadro que apareció de golpe. Y el motivo de éste era una ventana sola, tocada de no sé qué inmensidad, bañada en tampoco sé explicar qué hondura; lo sensible era que en sus vidrios estaba esa tersura y esa tonalidad que da razón de que la calma de unas aguas procede de muy hondo.

La vidriera era simple, simple, simple. No consistía en más que cuatro vidrios inmaculadamente planos, que patentemente sin yarda alrededor, parecían hundirse y estar empotrados sin intermedio de ella, directamente en el muro. Una varilla vertical y otra horizontal, haciendo cruz justamente en el centro, constituían toda la armadura que prendía la vidriera. Mientras estuvo limpia, la impregnó hasta el extremo de no permitir ver que estaba totalmente vacía, la significación simbólica que se entraña en la cruz. La armadura no significaba tanto, almacén de vidriera, como mención de cruz. Todo lo demás que tenía, y todo lo que todo lo demás pugnaba por significar, desempeñaban allí una función de objetos únicamente correlativos o accesorios y subordinados. Sólo la hondura de los vidrios tranquilos y la señal serena de la purificada ausencia, el duelo irreparable, la, para unos, esperanza por lo desde este mundo todavía inaccesible, y, para otros, el sello contra el cual vanamente se rebelan las almas soberbias y, para todavía otros más, el descanso en su extremo, la manecilla quieta, el manto imperturbable de la impasibilidad que permanece y donde el cielo resbala entre los astros con anchura, silencio y mansedumbre de agua eterna.

De pronto, y con aparición de soplo que se condensa en nube, y nube que se ordena y se resuelve en forma, en el cuarto de vidriera que emplazaba el vidrio superior de la izquierda del espectador, una mancha recién concebida se convirtió en nave que marchaba y se hundía lenta e indefinidamente sobre calmadas ondas. Y después que ésta acabó de hundirse, la ventana volvió a quedar vacía, y luego de no mucho más que un parpadeo, hizo acto de presencia un loro, color verde, sí; pero no tan detonante como suele serlo el de los demás individuos de su especie, sino apagado y seco.

Y el animal permanecía estático, parado en sus dos pies sobre su estaca, y no se revolvió, ni hacía alharaca, ni daba la impresión de ser un charlatán, sino que de su apostura y continente se desprendía más bien una expresión que en seguida hacía pensar en la figura cavilante, meditabunda y llena de problemas que caracteriza al búho. Finalmente esto desapareció, y ya no vino a sustituirlo otro que una última imagen; cierta calavera impertérrita, serena, irrevocable, que no con la mirada, pero con la ceguera que se desbordaba desde lo más profundo de las cuencas de sus ojos, vanas, mantenía en suspenso y como fascinada, la carátula plana, inexpresiva del pálido reloj.

Ah qué cosa más plena de señales, qué lenguaje más fino y más exacto; pero, al mismo tiempo, más blando y más piadoso.

No pretendo insinuar que desde luego y sin ulterior esfuerzo capté lo que entrañaba. Toda autorrevelación es demasiado dura para que pueda ser posible desvelarla mientras es presente el estado de ser que manifiesta; únicamente implíco que, a mi juicio, muy pocos deben ser los sueños o imágenes de éstas que los tratadistas llaman oníricas e hipnagógicas, en que se manifieste más llana y patentemente su significación.

Porque, a ver, ¿quién podría ofrecer un símbolo que expresara más condensadamente la suerte de mis ligerezas, el estilo de mis superficialidades, mi irresponsabilidad, mis despreocupaciones, e incluso la índole de mi talento a que caracterizan las dos contrapuestas notas de la vivacidad y la falta de fondo, que un patinador fungiendo en una sala materialmente atestada de miriñaques, encajes, vitrezuelos y porcelanitas?; ¿y quién, paralelo a la vida, más exacto que una nave que recibe su forma de una nube aparecida a un soplo, y que desde que aparece empieza a retirarse, a retirarse, y no para de huir hasta perderse?; ¿y dónde encontraríamos una alusión a la presencia de una aflicción moral, más inteligible, más universal y más piadosa que una cruz?; ¿y el loro con participios de búho, no sintetiza el trance en que una oropeles-

ca elocuencia, merced a la lección de una congoja, va trocándose en seso?; ¿y la calavera que ha detenido el péndulo?

No obstante, me dormí nuevamente; y en un segundo sueño reconocí palmariamente que el mundo que habitábamos era diminuto. Fuera extremo referir que lo era tanto como ojos de aguja, o equivalente a un globo de hule de estos con que hoy juegan los niños; mas no está mal decir que tampoco era tan grande que no cupiera adentro de una mediana alcoba. Pero estaba en el aire, en el espacio libre. Sobre su superficie ocupábamos nosotros un dulce continente; pero de tal incapacidad para contenernos que no nos podíamos apartar de su centro más allá de once medidos pasos sin ser embestidos por el sereno oleaje del mar que lo ceñía.

Los otros continentes estaban asimismo por tal cifra repletos, que vegetales, bestias y hombres, habían acabado por tener que resignarse a vivir siempre de pie, como cigarros, con amplitud de todo punto relativa, y se podía mover, no más holgadamente que como podrían hacerlo unos diecisiete cigarros en el recinto de una cajetilla con capacidad para veintiuno.

Y los moradores del continente nuestro éramos por suma dos familias; la mía compuesta por mí, por mi mujer y por tres niños y una niña; ya la de Fulán que estaba constituida por él, por su mujer, que era también la misma mía, desdoblada en dos cuerpos, mejor dicho, imágenes surgidas de ella misma, y otros tres niños y una niña.

Vivíamos, como he dicho, muy estrechos, y nuestra estrechura se hacía singularmente sensible a la hora que debíamos acomodarnos para dormir durante nuestras noches que duraban de diez a once minutos; pues a pesar de que usábamos como lecho la extensión exterior de la llanura, todavía era preciso que alguno permaneciera de pie, o a lo sumo, sentado en pinganillas.

Por tanto, hube de acercarme a Fulán y decirle —harto hipócritamente:

—Viejecito del alma, tú mismo ves y puedes ser testigo de que aquí no cabemos, y de que ya no nos es posible vivir en compañía en este mundo. En consecuencia, es cosa irremediable, o tú o yo hemos de marchar e ir a otro mundo a buscar el lugar que aquí nos falta. Echemos suertes, veamos a quién le toca.

Yo no pude dejar de pensar en hacer trampa; sin embargo, él, con toda inocencia y buena fe sacó la piedra oscura. Entonces se paró en la peña y yo toqué su espalda y lo arrojé al vacío, y sobre la misma peña me quedé ignorando el mundo y sitio a donde iría a parar.

Desventuradamente, desde que lo arrojé se me vació el pecho, mi corazón quedó dismantelado y seco como el cráneo de un tonto, y comprendí que había obrado en vano, y que no se había aumentado un ápice el monto de mi felicidad.

La sombra de Fulán moraba entre nosotros, con esa irremediable manera de presencia con que perduran en nuestra memoria aquellos a quienes hemos dañado a traición e injustamente. Advertía ciertamente que esta sombra ocupaba ahora, entre nosotros, más espacio que antes aquel cuerpo.

Y empecé a conmovirme, y tomé fibra de diferentes céspedes y esparto, y con éstos torcí una cuerda honda, muy honda, tan honda como la extensión de los abismos, y a su extremo até una argolla en que pudiera entrar y permanecer sobre su asiento, como trapecista, un hombre, y la arrojé al abismo, con el espíritu sin esperanzas de que Fulanillo, llegando a advertir, por los puntitos blancos del tamaño de un disco de confeti, que el jirón que pendía de la argolla pertenecía a la imagen de la blusa de la Juana Andrea que le correspondía por mujer, se acordara de nosotros, y entendiera que éramos nosotros quienes, por medio de aquella cuerda, andábamos sondeando en busca suya los abismos; pues ya a deshora se me había ocurrido que todo podría remediarse, ya fuera acrecentando el mundo por medio de obras mágicas, o reduciendo proporcionalmente, por los mismos medios, el volumen de nuestros propios cuerpos.